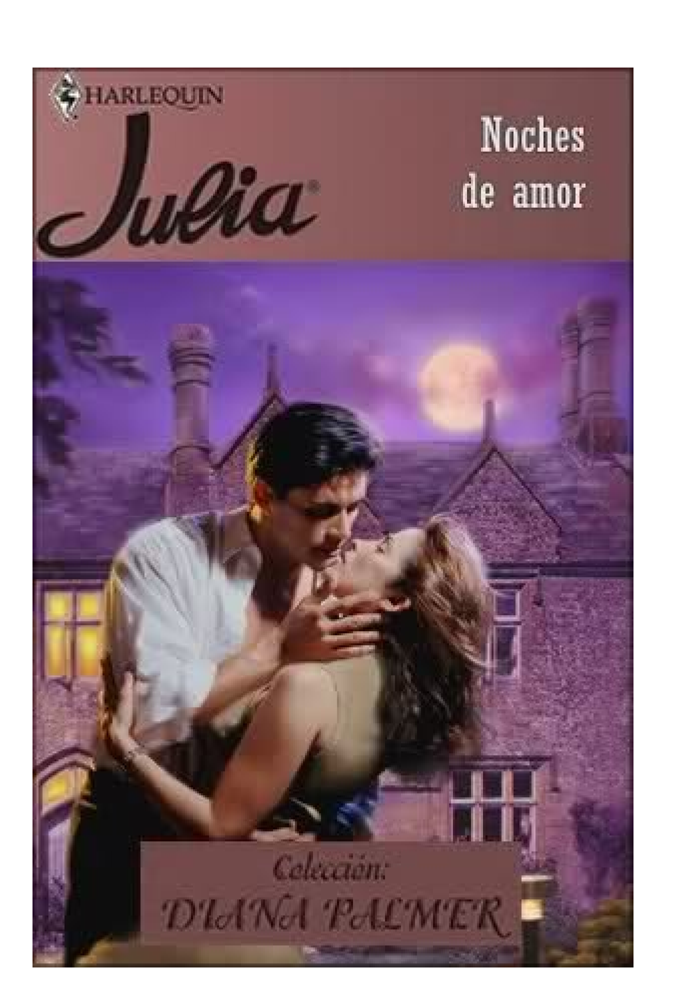

HARLEQUIN
Julia
Noches
de amor
Colección:
DIANA PALMER

Una vez Steve había entregado su amor a Meg, pero ella lo rechazó para iniciar una vida en la que él no tenía cabida. Por lo tanto, no le importó que hubiera vuelto a la ciudad: había aprendido la lección del modo más duro. Ese soltero no pensaba volver a quemarse por mucho que Meg le hablara de circunstancias que no podían controlar. Él sí controlaba su vida, y no tenía la menor intención de permitir que ella reavivara la antigua llama…



Diana Palmer

Noches de amor

Deseo - 578

Noche de amor - 1

ePub r1.0

Prólogo

Steven Ryker paseaba por su despacho de Ryker Air fumando un cigarrillo que odiaba y sin dejar de murmurar. Un capítulo de su vida que había estado cerrado durante cuatro años acababa de abrirse de nuevo dejando al descubierto sus heridas.

Steven no reconocía su propio miedo. No era una condición que soliera asociar con él. Pero las cosas habían cambiado. Cuando Meg lo dejó para iniciar una meteórica carrera en Nueva York, pasó por una época de dolor y se consoló con una mujer detrás de otra. Pero en el fondo, estaba solo con sus dolorosos recuerdos. Y la culpa de aquel dolor la tenía Meg. Quería que sufriera como había sufrido él. Quería ver sus hermosos ojos azules llenos de lágrimas, ver dolor en aquel rostro exquisito bordeado de cabello rubio. Quería vengarse del infierno que le había hecho pasar al marcharse sin una palabra después de haber prometido que se casaría con él.

Apagó el cigarrillo. Fumar era un hábito, como amar a Meg. Y odiaba ambas cosas: el tabaco y el recuerdo de ella. Nunca antes lo había dejado plantado una mujer; claro que tampoco le había pedido a ninguna que se casara con él. Se contentó con vivir solo hasta que Meg lo besó para darle las gracias por el regalo que le compró al cumplir los dieciocho años. Aquel beso cambió su vida.

Los padres de ambos se habían asociado cuando Meg tenía catorce años y su hermano David pocos más. Las familias llegaron a estar muy unidas. Steven y David no tardaron en hacerse amigos y ambos consideraban a Meg como una molestia. Pero la molestia se convirtió en una mujer hermosa que consiguió derretir el hielo que rodeaba su corazón. Le ofreció a Meg todo lo que era y todo lo que tenía.

Pero no fue suficiente.

No podía perdonarle que no lo hubiera querido. No podía admitir que su obsesión por ella había estado a punto de volverlo loco. Deseaba venganza. Y deseaba a Meg.

Se juró que encontraría el modo de hacerle pagar por todo. La joven se había lesionado un tobillo y no podría bailar durante una temporada. Pero la compañía de ballet en la que trabajaba atravesaba un mal momento económico. Si jugaba bien sus bazas, quizá conseguiría pasar con Meg esa noche mágica con la que llevaba años soñando. Pero esa vez no sería por amor, sino por venganza. Meg había vuelto. Y él iba a conseguir que pagara por lo que le había hecho.

Capítulo 1

Meg estaba ya de mal humor cuando fue a contestar al teléfono. Estaba en la barra de ejercicios y no le gustaban las interrupciones. Una lesión la había obligado a descansar temporalmente en la casa de su familia en Wichita, Kansas. Ejercitarse con un ligamento del tobillo lesionado le resultaba ya bastante duro. Y su humor no mejoró al coger el teléfono y oír a una de las mujeres de Steven Ryker al otro lado de la línea.

Steven, el presidente de Riker Air, había estado jugando al tenis toda la tarde con David, el hermano de Meg. Era evidente que había pedido que lo llamaran a la casa y a la joven le irritaba tener que hablar con sus amigas. Consecuencia, quizá, de que siempre se había sentido muy posesiva con él, desde mucho antes incluso de dejar Wichita para estudiar ballet en Nueva York.

—¿Está Steve ahí? —preguntó una voz femenina.

Meg pensó con furia que se trataría de otra más de sus amantes y decidió actuar.

—¿Quién llama, por favor? —preguntó con picardía.

Hubo una pausa.

—Soy Jane. ¿Quién es usted?

—Soy Meg —replicó la otra, esforzándose por no reír.

La voz vaciló un momento.

—Me gustaría hablar con Steve, por favor.

Meg enroscó el cable en torno a su dedo y bajó la voz.

—¿Querido? —preguntó—. Oh, querido, despierta. Es Jane y quiere hablar contigo.

Oyó un respingo al otro lado de la línea y reprimió una carcajada. Sus ojos azules brillaron en su rostro ovalado, enmarcado por el cabello rubio que llevaba cogido en la parte alta de la cabeza.

—No puedo creerlo —explotó la otra voz en su oído.

—Pues debería probarlo —la interrumpió Meg, suspirando con dramatismo—. ¡Es tan maravilloso en la cama! Steven, querido…

La otra colgó el teléfono. Meg se llevó una mano a la boca y colgó a su vez. Estaba satisfecha de sí misma.

Se volvió y entró despacio en la estancia que David había preparado como cuarto de prácticas para su hermana. No la usaba mucho, ya que pasaba la mayor parte del año en Nueva York, pero le parecía muy considerado por parte de David. Su hermano, al igual que ella, tenía acciones en Ryker Air. David era además vicepresidente de la compañía. Pero el grueso de la fortuna familiar había sido sacrificado por su padre poco antes de morir en un intento de hacerse con la empresa. No lo consiguió y la compañía estuvo a punto de hundirse. Lo habría hecho de no ser por la astucia de Steven Ryker. Él sacó las castañas del fuego y logró que volviera a ser solvente. En la actualidad, era el dueño principal.

Meg sabía que se lo merecía, ya que fe había dedicado muchos años de esfuerzos.

Mientras hacía ejercicio, empezó a sentirse mal. No debía haberle causado problemas con su amante actual. Hacía cuatro años que ya no estaban prometidos y ella no tenía ningún derecho a sentirse posesiva con él.

Cogió la toalla, pensativa, y se la echó por el cuello, sobre los leotardos rosa. Miró con lástima sus zapatillas de baile. Eran tan caras que se veía obligada a utilizar las viejas para practicar y cualquiera que la viera con ellas estaría convencido de que no tenía ni un duro. Aquello, por otra parte, era casi cierto. A pesar de sus acciones en Ryker Air, la compañía que fundara su padre con el padre de Steven, se podía decir que era pobre. No era más que una bailarina de segunda clase en la compañía de ballet de Nueva York, a la que se unió un año atrás después de tres años de estudios con una antigua primera bailarina, que poseía un estudio en Nueva York. Todavía no había bailado en solitario. Presumiblemente, cuando pasara ese escalón, le pagarían más y empezaría a estar más solicitada. A menos que perdiera el paso, claro, como le había ocurrido una semana atrás. Si no controlaba su torpeza, no llegaría a ningún sitio. Además, tenía que preocuparse de ejercitar el tendón lastimado. El ejercicio y la fisioterapia la ayudaban, pero trabajar

esos músculos era un proceso lento y doloroso. Algo que tenía que hacer con mucho cuidado si no quería dañarlos todavía más.

Volvió a sus ejercicios con una sonrisa de determinación en su rostro. Intentó concentrarse en la fluidez de los movimientos y dejar de pensar en el enfrentamiento inevitable que tendría con Steve cuando éste se enterara de lo que le había dicho a su chica. Él había formado parte de su vida desde los catorce años. Su padre lo adoró desde el principio. David también. Pero Meg lo odió en cuanto lo vio.

Los primeros años se peleó incesantemente con él, sin molestarse en ocultar sus sentimientos. Pero la víspera de su dieciocho cumpleaños, todo cambió de repente. El joven le regaló un delicado collar de perlas y ella lo besó con timidez. Pero un movimiento inesperado hizo que lo besara en la boca en lugar de en la mejilla.

Para ser justa, él pareció tan sorprendido como ella. Pero en lugar de apartarse y tomarse el incidente a broma, se besaron de nuevo; y el segundo beso fue apasionado, casi desesperado. Cuando terminó, ninguno de los dos dijo nada. Los ojos plateados de Steven brillaron peligrosamente y salió del cuarto sin pronunciar una sola palabra.

Pero aquel beso cambió la relación entre ellos. De mala gana, casi como si no pudiera evitarlo, Steven comenzó a invitarla a salir y, menos de un mes después, le propuso matrimonio. Meg deseaba tanto bailar que, a pesar de lo mucho que deseaba y quería a Steven, se sintió dividida entre el ballet y el matrimonio. El joven pareció notar sus vacilaciones e incrementó sus caricias amorosas que, en una ocasión, estuvieron a punto de terminar en relación sexual. Steven perdió el control y su ardor asustó a Meg.

Siguió una discusión, en la que le dijo cosas muy crueles.

Aquella misma noche, después de la pelea, Steven salió públicamente con Daphne, su antigua amante, y al día siguiente apareció una foto muy expresiva de los dos en la columna de sociedad del periódico.

Meg se sintió destrozada. Lloró hasta quedarse dormida. En lugar de enfrentarse a Steven y luchar por defender su relación con él, optó por marcharse a Nueva York a estudiar ballet.

Salió huyendo como una cobarde. Pero lo que había visto hablaba por sí solo y tenía roto el corazón. Si Steven podía salir con

otra mujer con tanta rapidez, es que no era el tipo de hombre que sería fiel después de casarse. De todas formas, se había mostrado tan ardiente con ella, que era un milagro que siguiera siendo virgen.

Todos aquellos hechos le suscitaron muchas dudas, la principal de las cuales era la sospecha de que sólo quería casarse con ella para que las acciones siguieran en la familia. Todo el mundo sabía lo ambicioso que era y su padre y él no habían recibido bien algunos de los cambios que quería hacer el padre de Meg en la época del compromiso.

Meg se fue a Nueva York en el primer avión, donde la recibió una de las amigas de su madre. La mujer la instaló en un apartamento pequeño cercano al estudio de la bailarina con la que iba a estudiar.

Nicole, mientras tanto, fue a tomar café con Steve y le explicó que Meg se había marchado de la ciudad. La joven se enteró más tarde de que Steve se emborrachó aquel día por primera y última vez en su vida. Una reacción extraña en un hombre que sólo había querido casarse con ella por sus acciones y que la había echado de su vida. Pero Steven no la llamó ni le escribió y no aludió nunca al breve período en el que habían sido pareja. Su comportamiento en la actualidad era tan frío como el hombre en el que se había convertido.

En los últimos cuatro años, jamás la había tocado con las manos, pero sí con los ojos. Menos mal que pasaba la mayor parte del año en Nueva York. De no ser así, podía haberse visto tentada a acostarse con él. No habría podido resistirse y él tenía experiencia de sobra para notarlo. Se había asegurado de mantener las distancias. Pero la pasión que sentía por él no había desaparecido con los años. La había enterrado para que no pudiera interferir con sus sueños de convertirse en una primera bailarina. Había elegido no luchar por su amor y se esforzaba por creer que su vida desde entonces había sido feliz.

Steve seguía yendo a la mansión Shannon para ver a David y las familias se reunían en el picnic anual de la compañía y en varias ocasiones más. En la actualidad, las familias se habían reducido a Steven y su madre, David y Meg, ya que los padres de ésta habían muerto.

Masón Ryker, el padre de Stephen y John y Nicole Shannon

murieron durante los años que pasó Meg en Nueva York; Masón, de un ataque al corazón y John y Nicole, al estrellarse el avión privado en el que viajaban el mismo año que Meg salió de Wichita. Amy Riker quería mucho a Meg, pero vivía en West Palm Bcach y sólo volvía a casa cuando era absolutamente necesario. Steven y ella nunca habían soportado muy bien la compañía del otro.

Por lo que le contaba a Meg cuando iba a Nueva York a verla bailar, Steven tenía mujeres de sobra. No iba en serio con ninguna y jamás había vuelto a prometerse desde que rompiera con ella.

La joven, por su parte, se había entregado a su trabajo. Vivía sólo para el baile. Las horas diarias de entrenamiento, la dieta especial y el rígido estilo de vida que llevaba hacían sus relaciones difíciles, si no imposibles. Pensaba a menudo que debía ser una mujer fría. Desde Steven, nadie más había vuelto a amenazar su inocencia. Había salido con otros hombres, claro, pero era demasiado consciente de los peligros para arriesgarse a llevar la vida fácil que habían llevado en otro tiempo los bailarines más viejos. En esos días, una aventura de una noche podía acabar en tragedia. Además, Sleven era el único que la había hecho desear el sexo. Sus recuerdos de él le dolían todavía a pesar de la pasión violenta que le demostró la última vez que estuvieron juntos.

Estiró sus doloridos músculos y pensó en la misteriosa Jane que llamara por teléfono. ¿Quién diablos sería? ¿Y qué buscaba Steven con alguien que tenía una voz tan altanera? Se imaginó una rubia platino con una figura voluptuosa y se estiró todavía más.

Se disponía a examinar el asado y las patatas que había metido en el horno para la cena cuando entró David ataviado todavía con ropa de tenis y tan jovial como de costumbre, Tenía el mismo color de pelo y ojos que ella, pero era algo más bajo y grueso.

Le sonrió al verla.

—He pensado que deberías saber que estás en un buen lío. Steve ha recibido una llamada mientras estábamos en su casa y se ha puesto furioso.

La joven se quedó inmóvil al ver a Steven Ryker entrar detrás de su hermano. Steve medía más de un metro ochenta y era muy moreno. Le recordaba a los actores que interpretaban a los mañosos, porque solía mirar con el mismo aire amenazador e incluso tenía una cicatriz profunda en la mejilla. Pensó con rabia

que debía ser obra de alguna mujer celosa, pero lo miró con osadía.

Hasta sus ojos eran poco corrientes. Una mezcla de azul hielo y gris oscuro que, cuando miraban como en ese momento, daban la impresión de poder cortar la piel. Los pantalones cortos que llevaba dejaban al descubierto sus poderosas piernas bronceadas. Una camisa blanca hacía lo mismo con sus brazos. Estaba en muy buena forma para ser un hombre de treinta y cinco años que se pasaba todo el día sentado.

En aquel momento, ataviado con la ropa de tenis, tenía un aire muy informal, y eso era lo más engañoso de él. Steve no era nunca informal. Siempre jugaba para ganar, incluso en el tenis. También era el hombre más sensual que había conocido nunca. El mero hecho de mirarlo bastaba para que le temblaran las rodillas. Ocultó, como siempre, la reacción que le producía.

—Ah, Steven —suspiró—. Me alegró de verte. ¿Se ha muerto una de tus mujeres o hay alguna razón más sencilla para que nos honres con tu presencia?

—Disculpadme un momento, por favor —musitó David con una sonrisa, disponiéndose a salir.

—¡Cobarde! —le gritó su hermana, antes de que cerrara la puerta.

—Si aprendieras a mantener la boca cerrada, no necesitarías protección, Mary Margaret —dijo Steven, sonriendo con frialdad—. He pedido que enviaran aquí mis llamadas mientras jugaba al tenis. Jane no podía creer lo que ha oído, así que ha llamado de nuevo a mi casa. Daba la casualidad de que David y yo nos habíamos detenido allí para ver un cuadro nuevo que he comprado.

La joven lo miró con furia.

—Ha sido culpa tuya. No hay ninguna razón para que tus mujeres te llamen aquí.

Los ojos de él se iluminaron aún más.

—¿Celosa, Meg? —preguntó con burla.

—¿De ti? ¡Dios no lo permita! —dijo ella, con una sonrisa forzada—. Claro que recuerdo vivamente las cosas maravillosas que puedes hacer con tus manos y labios, querido, pero ahora soy mucho menos fácil de impresionar.

—Cuidado —le advirtió él con suavidad—. Puedes ser más vulnerable de lo que crees.

La joven retrocedió un paso.

—Bueno —murmuró—. ¿Por qué no le llevas a esa tal Jane a cenar y consigues que le perdone?

—Jane Dray es la tía soltera de mi madre —dijo él después de un momento; observó divertido la reacción de ella—. Tal vez la recuerdes del último picnic de la compañía.

Meg la recordó con horror. La anciana era una solterona que probablemente seguía llevando corsés y maldecía los transportes modernos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—Le horroriza que su sobrino nieto favorito se acueste con la pequeña Meggie Shannon, que solía ser una niña tan dulce e inocente.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Meg, apoyándose contra la pared.

—Sí. Y está dispuesta a ir corriendo a decírselo a tu tía abuela Henrietta, quien se sentirá obligada a escribirle a mi madre a West Palm Beach y contarle que eres una mujer perdida. Y mi madre, que siempre te ha preferido a ti antes que a mí, naturalmente asumirá que te he seducido yo, no lo contrario.

—¡Maldición! —musitó ella—. Todo esto es culpa tuya.

El hombre se cruzó de brazos.

—Te lo has buscado tú misma. No me culpes a mí. Estoy seguro de que mi madre se escandalizará con tu comportamiento, en especial después de todas las molestias que se ha tomado para intentar compensarte por la pérdida de tu madre.

—Me mataré —dijo ella con dramatismo.

—¿Puedes preparar antes la comida? —preguntó David, asomando la cabeza por la puerta de la cocina—. Estoy muerto de hambre. Y Steve también.

—Entonces, ¿por qué no os vais los dos a un restaurante? —preguntó ella.

—Una mujer sin corazón —suspiró su hermano—. ¡Y yo que estaba impaciente por probar el asado de carne y patatas que huelo en el horno!

La miró con aire lastimoso y Meg le devolvió la mirada con furia.

—Supongo que puedo darte de comer. Pero no creo que a ti te haga mucha falta.

—Soy un homenaje andante a tus habilidades culinarias —argumentó David—. Si supiera cocinar, no adelgazaría cuando tú no estás aquí de vacaciones.

—Esto no son exactamente unas vacaciones —murmuró ella, preocupada—. La compañía de ballet para la que trabajo está ahora de descanso entre dos compromisos y como no hay dinero ni para pagar la factura de la electricidad, no podemos mantener el teatro abierto. Nuestro director está buscando ayuda financiara.

—La encontrará—la consoló David—. Es una compañía de ballet bien establecida y tiene un asesor financiero. Deja de preocuparte.

—Vale.

—¿Tenemos tiempo para ducharnos y cambiarnos de ropa? —preguntó su hermano.

—Desde luego—. Yo también tengo que hacerlo. He estado trabajando toda la tarde.

—Te esfuerzas demasiado —señaló Steve con frialdad—. ¿Vale la pena?

—Por supuesto —sonrió agraviada—. ¿No sabes que las bailarinas son el adorno ideal de los caballeros ricos? —añadió con burla—. Yo conocí a uno que se ofreció a mantenerme.

No añadió que el hombre estaba pensando en adoptarla, no en seducirla, y que era el administrador de su bloque de apartamentos.

Los ojos de Steve comenzaron a despedir chispas.

—¿Y qué le dijiste?

—Que yo me mantengo sola, claro —se rió ella. Se agarró a la barandilla de la larga escalera y se inclinó hacia adelante—. Te diré una cosa, Steve. Si juegas bien tus bazas, cuando llegue a la cima y empiece a ganar lo que de verdad merezco, yo te mantendré a ti.

El hombre intentó no sonreír, pero sus labios se curvaron ligeramente.

—Eres imposible —se rió David.

—Pero he conseguido hacer sonreír a tu taciturno amigo —añadió ella. Miró a Steve con ojos brillantes—. No creo que supiera hacerlo hasta que llegué yo. Y también puedo hacerle enfadar.

—Ten cuidado de que no me enfade demasiado —le advirtió Steve con calma.

La joven se echó a reír, pero era porque la mirada de los ojos de él la ponía nerviosa.

—No te provocaré, Steve —dijo—. No soy tan valiente —cambió de tema—. Siento lo de la tía Jane —añadió con sinceridad—. Si quieres, puedo explicárselo.

—No es necesario —repuso él con aire ausente y la mirada fija en el rostro de ella—. Ya me he ocupado de ello.

Como de costumbre. Meg estuvo a punto de hacérselo notar, pero no lo hizo. Steven no se dormía en los laureles. Sabía reaccionar siempre con rapidez, lo cual era una de las razones de que su compañía siguiera siendo solvente mientras otras muchas se habían arruinado. Meg se encogió de hombros y subió la escalera. Sintió los ojos de él sobre ella, pero no se volvió.

Cuando se hubo duchado y puesto un traje pantalón blanco, volvió abajo. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño, ya que sabía que a Steve no le gustaba verlo así. Sus ojos azules brillaban con malicia.

Steve también se había cambiado y regresado ya de su casa, a dos manzanas de distancia. Llevaba un pantalón blanco con un suéter azul claro y parecía elegante y estirado. Meg vio su espalda ancha y recordó sin querer lo que sentía años atrás al acariciarla mientras él la besaba. Un vello suave cubría su pecho y estómago. Durante su breve relación, descubrió con placer los contornos de su cuerpo. El podría haberla poseído en cualquier momento de aquel mes de compromiso, pero siempre se había retirado a tiempo. Meg se preguntaba a veces si lo lamentaría; ella sí. Nunca desearía a nadie como había deseado a Steve. De haber sido amantes, tal vez sus recuerdos fueran todavía más dolorosos, pero al menos podían haber llenado el vacío que sentía. Su vida estaba dedicada al ballet y ella se sentía muy sola. No la tocaba ningún hombre, excepto sus compañeros de ballet, y ninguno de ellos la excitaba.

Steven la había excitado siempre. Eso no había cambiado. Las dos últimas veces que fue a visitar a David, el deseo que sintió por su ex prometido resurgió de repente, hasta asustarla. La asustaba aquel hombre con su amplia experiencia con las mujeres y su modo intenso de mirarla.

Al verla entrar en el cuarto, se volvió con un cigarrillo en la mano. Dejaba de fumar periódicamente, a veces con más éxito que otras. Era nervioso y los cigarrillos parecían calmarlo. Afortunadamente, la casa tenía aire acondicionado y, a instancias

de Meg, David le había incorporado un sistema de filtros. El olor del humo no se notaba.

—Un mal hábito —murmuró, mirándolo con furia.

El hombre inclinó la cabeza con una sonrisa de burla.

—¿Tu tía abuela Henrietta no fuma en pipa?

La joven suspiró.

—Sí. Te pareces mucho a tu padre —añadió.

El hombre negó con la cabeza.

—El era más bajo.

—Pero igual de serio. No sonríes nunca, Steve.

Avanzó hasta el salón, una estancia decorada con muebles modernos en tonos blanco y negro dispuestos sobre una gruesa moqueta color miel suave.

—Sonreír no va bien con mi imagen —replicó él.

—¡Vaya imagen! —murmuró ella—. El otro día sorprendí a uno de tus vicepresidentes escondiéndose en el hangar al verte a ti en la pista. Tu modo de andar hace que todos sepan cuándo vas a perder el control. Entonces andas muy despacio, como un tigre al acecho.

—Pero da resultado —replicó él, lo que demostraba que era consciente de ello y lo utilizaba a su gusto—. ¿Has visto una hoja de balances últimamente? ¿No te interesa lo que haga con tus acciones?

—El dinero no me interesa mucho —confesó ella—. Me interesa mucho más la compañía de ballet en la que trabajo. Tiene problemas.

—Vete a otra compañía —dijo él.

—He pasado un año tratando de subir en ésta —replicó ella—. No puedo volver a empezar. Las bailarinas no tienen mucho tiempo. Voy a cumplir veintitrés años.

—¿Ya eres tan vieja? —la miró a los ojos—. Estás igual que a los dieciocho. Aunque más sofisticada, claro. La chica a la que yo conocí se habría muerto antes de insinuarle a una desconocida que se acostaba conmigo.

—Creí que era una de tus amantes —murmuró Meg—. Dios sabe que tienes demasiadas. Apuesto a que te ves obligado a llevar un archivo para no olvidar sus nombres. No me extraña que Jane no dudara de que yo era una de ellas.

—Podías haber sido una —le recordó él con brusquedad—. Pero

yo fui muy noble y me aparté en el momento cumbre —se rió sin humor—. Creí que tendríamos tiempo de sobra para eso después de casarnos. ¡Qué tonto fui! —se llevó el cigarrillo a los labios y la miró con frialdad.

—Yo era muy inexperta entonces —le recordó ella con lo que esperaba fuera una sonrisa sofisticada—. Te habría decepcionado.

Steven exhaló una bocanada de humo.

—No. Pero yo a ti sí. La última noche que estuvimos juntos te deseaba tanto, que podría haberte hecho daño.

Aquella fue la noche en que discutieron. Pero, antes de eso, estuvieron tumbados en el sofá de cuero negro de él, donde se abrazaron hasta que ella le suplicó que la soltara. Cuando se lo pidió, no tenía miedo, pero él no la soltó. Las sensaciones que cruzaban su cuerpo al recordarlo la hacían ruborizarse todavía.

—No creo que me hubieras hecho daño —dijo. mirándolo—. Además, te deseaba tanto que no me habría importado que me lo hicieras. Estaba loca por poseerte. Olvidé todos mis miedos.

Steven apartó los ojos.

—No lo bastante para casarte conmigo.

—Tenía dieciocho años. Tú tenías treinta, además de una amante.

El hombre se puso tenso.

—Lo sabes de sobra —dijo ella, incómoda—. Mi madre te lo explicó la mañana en que me marché.

Steven se acercó más a ella con expresión inescrutable.

—Explícamelo tú —dijo.

—Tu padre me contó lo de Daphne —musitó ella—. Era la mujer con la que saliste la noche que discutimos; la mujer con la que te fotografiaron. Tu padre me dijo que ibas a casarte conmigo por las acciones. Tu madre y él se preocupaban por mí, quizá más que los míos. Cuando me dijo que tú siempre volvías con Daphne, pasara lo que pasara, me entró miedo.

Steven se había ruborizado. Parecía atónito.

—¿El le dijo eso? —preguntó con voz ronca.

—Sí. Bueno, mi madre también sabía lo de Daphne.

—¡Oh, Dios! —se volvió. Se inclinó para apagar el cigarrillo con ojos ausentes.

—Sabía que no eras célibe, pero descubrir que tenías una

amante fue algo traumático, en especial después de llevar más de un mes saliendo contigo.

—Sí. Supongo que fue traumático —miraba el cenicero sin moverse—. Sabía que tu madre era contraria al compromiso. Estaba empeñada en ayudarte a convertirte en bailarina. Ella había fracasado y estaba decidida a que tú tuvieras éxito.

—Ella me quería.

Steven se volvió y la miró a los ojos,

—Tú saliste huyendo, maldición.

Meg respiró hondo.

—Tenía dieciocho años. Y razones para huir que tú no conoces —bajó la vista hasta el pecho amplio de él—. Pero creo que comprendo tu comportamiento conmigo. Tú tenías a Daphne. Por ese te resultaba fácil contenerte cuando nos abrazábamos.

El hombre cerró los ojos y se estremeció. Movió la cabeza para alejar la rabia que sentía contra su padre y la madre de Meg.

—Todo eso es agua pasada —dijo ella, mirándolo sorprendida—. ¿Steve?

El aludido respiró hondo y encendió otro cigarrillo.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no esperaste a hablar conmigo?

—Era inútil —repuso ella—. Ya me habías dicho que saliera de tu vida —añadió.

—En aquel momento, probablemente hablaba en serio —replicó él—, pero no duró mucho. Dos días después, estaba más que dispuesto a empezar de nuevo, a volver a intentarlo. Vine a decírtelo, pero te habías marchado.

—Sí.

Se miró las manos finas y desnudas de adornos, mientras recordaba en su mente lo desgraciada que se sintió al partir de Wichita. El miedo que terminó por derrotarla. Y él no sabía...

—Si hubieras esperado, podría habértelo explicado —dijo él.

La joven lo miró con tristeza.

—¿Qué podías decirme, Steve? Era evidente que no estabas dispuesto a aceptar un compromiso de verdad aunque sí tuvieras motivos para casarte conmigo. Y yo tenía miedos que no podía afrontar.

—¿En serio? —apartó el cigarrillo de su boca y miró al vacío—.

En aquel momento, tu padre y el mío estaban enfrascados en una lucha sutil por el poder. ¿Te lo dijo alguien?

—No. ¿Por qué iban a decírmelo?

—Por nada —replicó él con amargura—. Por nada en absoluto.

A Meg no le gustaba verlo así. No podía ser que lo ocurrido en el pasado siguiera molestándolo todavía. Aunque su orgullo había sufrido y quizá eso lo explicara todo.

Se acercó a él sonriendo con gentileza.

—Steve, eso fue hace siglos —dijo—. Ahora somos personas diferentes y lo único que hice yo al marcharme fue ahorramos cierta vergüenza por la ruptura. Si tanto me deseabas, podías haberme seguido.

El hombre frunció el ceño. Sus ojos plateados buscaron los de ella y la miraron con angustia.

—¿Estás segura de eso? —musitó.

—Desde luego —dijo ella, con suavidad—. No fue para tanto. Has tenido docenas de mujeres desde entonces y tu madre dice que no te tomas a ninguna de ellas más en serio de lo que me tomaste a mí. Te gusta la soltería. Si yo no estaba lista para el matrimonio, tú tampoco.

Steven sonrió con frialdad.

—Tienes razón —dijo—. No fue para tanto. Una o dos noches juntos nos habrían curado a los dos. Tú, con tu cuerpo inocente y tus ojos grandes, eras una novedad. Yo te deseaba, sí.

Meg buscó en su rostro algún rastro de ternura. No lo encontró. No le gustaba verlo de aquel modo sombrío y remoto. Enarcó las cejas con picardía.

—¿Todavía me deseas? ¿Te apetece experimentar? ¿Tu cama o la mía?

El hombre no sonrió. Sus ojos echaron chispas y uno de ellos se entrecerró un poco en señal de peligro.

Se llevó el cigarrillo a los labios y guardó silencio hasta que ella consiguió sentirse como una tonta por lo que acababa de decir. Lo observó inclinarse para apagar el cigarrillo en el cenicero. Tenía unas manos hermosas: morenas, de dedos largos y gráciles. Sobre el cuerpo de una mujer, eran como una varita mágica.

—No, gracias —replicó él al fin—. No me gusta hacer cola.

Meg enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

El hombre se enderezó y metió las manos en los bolsillos.

—¿No deberíamos mirar el asado? ¿O crees que David y yo no tenemos ya bastante carbón en nuestra dieta?

Meg se acercó a él con gracia.

—Steve, me disgusta mucho lo que acabas de insinuar —lo miró sin miedo, con ojos muy abiertos—. No ha habido ningún hombre. Ni uno solo. En mi vida no queda tiempo para las emociones que provocan las relaciones. Las perturbaciones emocionales afectan mi modo de bailar. He trabajado demasiado para buscar ahora complicaciones.

Empezó a volverse, pero las manos fuertes de él la cogieron por la cintura.

—Tu sinceridad, Mary Margaret, te traerá problemas algún día.

—¿Para qué mentir? —preguntó ella.

—¿Para qué, sí? —musitó él con voz ronca.

La atrajo hacia sí, apoyó su barbilla en la cabeza rubia de ella y a la joven le latió con fuerza el corazón.

—¿Y qué pasaría si cediera a tu provocación? —susurró él, acariciándole la espalda.

—¿Qué provocación?

Los dientes de él mordieron con suavidad el lóbulo de la oreja de ella.

—¿Tu cama o la mía, Meg? —susurró.

Capítulo 2

Meg se quedó sin respiración. Ella había hablado en broma, pero Steve parecía ir en serio.

—Steve,.. —susurró.

El hombre le miró los labios; al oírlos pronunciar su nombre, se puso rígido.

—Una boca corno un pétalo de rosa —dijo con voz ronca—. Una vez estuviste a punto de ser mía, Meg.

La joven vibraba como un alambre tenso.

—Tú me apartaste —susurró.

—¡Tenía que hacerlo! —musitó él, enojado—. ¡Estúpida imbécil! ¿Todavía no sabes por qué?

Meg no lo sabía. Lo miró con curiosidad.

Steven lanzó un gemido.

—¡Meg! —jadeó y apartó sus manos de ella. Se las metió en el bolsillo y la miró largo ralo—. No, no lo comprendes, ¿verdad? —dijo con intensidad—. Creí que a lo mejor habías madurado en Nueva York —frunció el ceño—. ¿No decías antes que un hombre se había ofrecido a mantenerte?

La joven sonrió con timidez.

—Es el administrador de mi bloque de apartamentos. Quería adoptarme,

—¡Santo Cielo!

Meg apoyó los dedos en los brazos de él, sintiendo su fuerza. Se inclinó hacia él con gentileza, con un placer que se incrementó al ver que sacaba las manos de los bolsillos y las posaba en sus hombros.

—En mi vida no hay lugar para complicaciones —dijo con tristeza—. No sería inteligente —forzó una sonrisa—. Además, estoy

segura de que ya tienes a todas las mujeres que necesitas.

—Claro que sí —asintió él, mirándola con curiosidad—, pero hace mucho tiempo que te deseo. Empezamos algo que no llegamos a acabar nunca. Quiero conseguir que dejes de atormentarme de una vez por todas, Meg.

—¿Has pensado en contratar a un exorcista? —empujó el pecho de él con aire juguetón—. ¿Por qué no le pegas una foto mía a una de tus amantes?

Steve la sacudió con gentileza.

—Cállate.

—Además —prosiguió ella, suspirando y echándole los brazos al cuello—, probablemente me quedaría embarazada y habría un escándalo. Mi carrera estaría acabada, tu reputación arruinada y tendríamos un hijo al que ninguno habría querido.

Pensó con vaguedad que era raro que la amenaza del embarazo no la aterrorizara ya como antes.

—Mary Margaret, estamos en el siglo veinte —murmuró él, riendo—. Hoy en día las mujeres no se quedan embarazadas a menos que lo deseen.

La joven levantó la cabeza para mirarlo con ojos muy abiertos.

—Vaya, señor Ryker, es usted muy sofisticado. Supongo que tendrá un cajón lleno de preservativos.

El hombre soltó una carcajada.

—Así es.

Meg sonrió.

—Deja de atormentarme —dijo—. No quiero acostarme contigo y estropear así una hermosa amistad.

Hace mucho tiempo que somos amigos, Steve, aunque sea a distancia.

—Amigos, enemigos, pareja —asintió él.

Su sonrisa dio paso a una mirada fija, en la que brillaba la emoción. Su pecho se elevó y cayó con fuerza y él llevó una mano a la coleta de ella y la agarró de repente. Le sujetó la cabeza con firmeza y empezó a inclinarse hacia ella.

—Steve… —protestó ella, insegura.

—Un beso —susurró él—. ¿Es eso mucho pedir?

—No deberíamos —murmuró la joven.

—Lo sé.

Su boca rozó la de ella con lentitud, de un modo sugestivo. Su cuerpo fuerte se quedó inmóvil y su mano libre subió hasta la garganta de la joven, que acarició con ternura. Le rozó el labio inferior con el pulgar para abrirlo.

Las manos de ella apretaron con fuerza la camisa de él. fascinada por el calor, los músculos y los latidos de corazón en su pecho. No conseguía apartarlo.

—Mary Margaret —suspiró él. Y la besó.

—¡Oh, Dios mío! —gimió ella, estremeciéndose.

Se sobresaltó como si se hubiera lanzado de repente a un lago de agua helada. Un fuego extraño recorrió sus venas y la hizo quedarse rígida de placer. Steve era mucho más experto que cuatro años atrás. Su lengua se abrió paso con gentileza en la oscuridad de la boca de ella y Meg dio un respingo ante aquella invasión. La lengua de él sabía a humo y a menta y su boca era dura.

Mientras hacía acopio de valor para resistirse, el hombre la cogió en brazos y la levantó en el aire, aplastándola contra el muro de su pechos mientras sus besos la hacían olvidar todo lo que no fuera el deseo. En el centro del mundo estaba Steve y su necesidad, y ella se encontró haciendo lo posible por satisfacerlo, con sus brazos en torno al cuello de él.

El hombre apartó la boca para respirar y ella se quedó quieta, con los labios hinchados, los ojos muy abiertos y la respiración jadeante.

—Si no te detienes —dijo con voz temblorosa—, te arrancaré la ropa y te poseeré aquí mismo, en la alfombra.

A pesar de su deseo, el hombre se echó a reír, como siempre con ella. No había habido nunca otra mujer que pudiera hacerlo reír, hacerle sentir tan vivo.

—¡Oh, Dios! ¿No puedes callarte ni cinco minutos? —preguntó entre risas.

—Es cuestión de defensa propia —se rió también ella—. ¡Oh, Steve! Besas de maravilla —gimió.

El hombre movió la cabeza, derrotado. La depositó en el suelo, lo bastante cerca como para que ella percibiera lo que le había ocurrido.

—Lo siento —musitó Meg.

—Sólo contigo, cariño —dijo él con intensidad. Le sujetó los

brazos un minuto con fuerza y luego la soltó con una sonrisa y se volvió a encender otro cigarrillo—. Esa reacción es extraña. Con otras mujeres, necesito un poco más de tiempo. Pero contigo nunca ha sido así.

Hacía años que Meg no pensaba en aquello. En aquel momento lo hizo y comprendió que tenía razón. Sólo tenía que tocarla para excitarse. Se había convencido a sí misma de que él no la deseaba, pero su memoria no era tan mala que hubiera olvidado el tamaño y la fuerza de su excitación. La primera vez que ocurrió tuvo miedo de él, aunque él le aseguró que ambos eran compatibles en todos los aspectos, especialmente en aquél. No le gustaba recordar su intimidad con él porque le dolía todavía pensar en cómo había terminado todo. Al mirar para atrás, le parecía imposible que hubiera podido irse con Daphne después de su discusión con ella. A menos...

Se quedó rígida al recordar con cuánta desesperación la deseaba. ¿Estaba tan desesperado que necesitaba apagar su deseo con otra persona?

Steve —musitó.

—Lo que has dicho antes —dijo ella con lentitud—, ¿Te resultaba muy difícil contenerte conmigo?

—Sí— su expresión cambió—. Al parecer, eso no se te ocurrió hace cuatro años —añadió con sarcasmo.

—Hay muchas cosas que no se me ocurrieron hace cuatro años —replicó ella. Sentía un miedo nuevo que no quería explorar.

—No te esfuerces mucho por recordar —se burló él—. ¡Dios no permita que tengas que reconsiderar tu posición! Además, sería demasiado tarde.

—Ya lo sé. Tendría que olvidarme de mi carrera.

—Tu carrera —asintió él. Pero había algo desconcertante en su modo de decirlo, en su modo de mirarla.

—Será mejor que vaya a vigilar el asado —murmuró ella.

Steve examinó su rostro con interés.

—Será mejor que te retoques el carmín si no quieres que David haga algún comentario embarazoso.

—David me tiene miedo —le informó ella—. Una vez le di una paliza delante de la mitad de sus compañeros de clase.

—Me lo dijo, pero ha crecido.

—No demasiado.

Se tocó la boca, ligeramente dolorida por la presión de los labios de él. Después de cuatro años, no había esperado descubrir tanta pasión en él,

—¿Te he hecho daño? —preguntó Steve—. No era mi intención.

—Siempre fuiste algo brusco cuando me besabas —recordó ella con una sonrisa de nostalgia—. Y nunca me importó.

Los ojos de él brillaron y Meg se apresuró a retirarse a la cocina antes de poder leer la expresión de su rostro. Estaba demasiado cerca y no podía permitirse mantener una aventura con él. No se atrevía a intentarlo. Después de haberlo perdido una vez, sabía que no podría sobrevivir a otra tragedia semejante. Steve la deseaba todavía, pero eso era todo. Quería acabar con ella algo empezado tiempo atrás y había algo en su actitud hacia ella que la desconcertaba. No era tanto una pasión no satisfecha por su parte, como una venganza largo tiempo acariciada.

Pensó que sería bueno que volviera pronto a Nueva York. Un solo beso conseguía que le temblaran las rodillas y que apenas pudiera andar. Si intensificaba más sus caricias, no podría resistirse a él. El deseo que sentía ya casi le resultaba imposible de contener. Era una mujer y reaccionaba como tal. Mala suerte que el único hombre que la excitara fuera el único al que no se atrevía a entregarse. Si Steve le guardaba rencor por haber roto su compromiso, entregarse a él sería una invitación al desastre.

La cena fue más bien silenciosa; Meg se mostró callada y Steve taciturno. David intentó llevar solo el peso de la conversación.

—¿Es que no podéis decir nada ninguno de los dos? ¿Una palabra de vez en cuando mientras trato de disfrutar de este asado? —gimió, mirando primero al uno y después al otro—. ¿Os habéis vuelto a pelear?

—No nos hemos peleado —repuso Meg, inocentemente—. ¿Verdad que no, Steve?

El hombre miró su plato y cortó un trozo de carne sin responder.

David levantó los brazos al techo.

—Nunca conseguiré entenderos —murmuró—. Voy a buscar el postre —dijo, poniéndose en pie.

—Yo no quiero nada —gritó la joven detrás de él.

—Sí quiere —añadió Steve de inmediato—. Estás demasiado

delgada. Si pierdes un kilo más, no te quedará nada de carne.
—Soy bailarina. No puedo bailar con un cuerpo gordo.
Steve sonrió.
—Eso es. Llévame la contraria —musitó.
—Alguien tiene que hacerlo —replicó ella—. Toda esa atención femenina te ha estropeado. Tu madre dice que adondequiera que vas hay una cola de mujeres esperándote.
El hombre contempló su taza de café y frunció el ceño.
—¿Eso dice? —preguntó con aire ausente.
—Pero que nunca tomas en serio a ninguna de ellas -se rió ella, sin humor—. ¿No has pensado nunca en casarte?
Steve levantó la vista.
—Claro que sí. Una vez —dijo con hostilidad.
Meg se sintió incómoda.
—No habría salido bien —comentó con rigidez—. Yo no te habría compartido con nadie, a pesar de tener dieciocho años y ser una ingenua.
Steve entrecerró los ojos.
—¿Crees que soy lo bastante moderno como para estar al mismo tiempo con una esposa y una amante?
La pregunta le molestó.
—Daphne era hermosa y sofisticada —replicó—. Y yo era muy inexperta. Muy inhibida. Te avergonzabas de mí.
—Jamás —musitó él con violencia.
Meg lo miró curiosa.
—Es cierto. Tu padre me dijo que por eso no me llevabas nunca en público.
—Mi padre. ¡Qué personaje! —se llevó la taza de café a los labios—. Entre tu madre y mi padre hicieron un buen trabajo, ¿eh?
—Daphne era un hecho —replicó ella, testaruda.
Steve respiró hondo.
—Sí, lo era, ¿verdad? Tú lo viste en el periódico.
—Desde luego que sí —su voz sonaba amarga y no le gustaba descubrir sus sentimientos, así que forzó una sonrisa— Pero no ocurrió nada irreparable. Yo tengo una carrera brillante por delante y tú eres varias veces millonario.
—Así es. Me miro al espejo dos veces al día y me digo lo afortunado que soy.

—No te burles.

El hombre miró su reloj de pulsera.

—Tengo que irme —dijo, apartando su silla.

—¿Tienes una reunión de negocios?

Steve la miró un momento sin decir nada.

—No —repuso—. Tengo una cita. Como te dijo mi madre —añadió con una sonrisa fría—, estos días no tengo problemas en encontrar mujeres.

Meg no supo cómo fue capaz de sonreír, pero lo consiguió.

—¡Qué chica más afortunada! —suspiró.

Steve la miró con furia.

—Tú no cedes nunca, ¿verdad?

—¿Es culpa mía que seas tan seductor? No me extraña que las mujeres se enamoren de ti. Yo también lo hice.

—No por mucho tiempo.

Meg miró su rostro con curiosidad.

—Debería haberte hablado de Daphne, en lugar de salir corriendo.

—Deja el pasado en paz —dijo él, con voz ronca—. Ya no somos los mismos de antes.

—Uno de nosotros desde luego que no —musitó ella secamente —. Antes no besabas así.

Steve enarcó las cejas.

—¿Esperabas que me mantuviera casto cuando te marcharas?

—Claro que no —replicó ella, apartando la vista—. Eso habría sido imposible.

—La fidelidad sólo tiene cabida en una relación de compromiso mutuo —dijo él.

La joven se miraba las manos, no a él. La vida le parecía muy vacía últimamente. Ni siquiera bailar llenaba el espacio vacío de su corazón.

—A ti no te habría importado tener una relación de compromiso —murmuró—. Dudo mucho que hubieras sido capaz de serle fiel a una sola mujer. Y yo no soy una belleza como Daphne.

Steve se puso tenso, pero su rostro no mostró ninguna reacción. La miró.

—Buen intento, pero no da resultado.

Meg levantó la vista, sorprendida.

—¿El qué no da resultado?

—Tu aire de víctima —se estiró y los músculos tensaron su suéter—. Te conozco demasiado bien —añadió—. Siempre has sido muy teatral.

La joven lo miró sin parpadear.

—¿Te hubiera gustado que fuera a tu casa como una fiera después de veros a Daphne y a ti fotografiados en el periódico?

—No —admitió él—. Odio las escenas. Pero eso no te da derecho a mentir sobre la razón por la que querías romper nuestro compromiso. Le dijiste a tu madre que bailar era más importante que yo. que tenías miedo y salías corriendo. Eso fue lo que me dijo.

Meg estaba confusa, pero pensó que tal vez Nicole había decidido no mencionar a Daphne.

—Supongo que pensó que lo mejor para todos era hacerte creer que me marchaba a causa de mi carrera.

—Eso es. Lo decidió tu madre —los ojos de él brillaban con frialdad—. Ella decía algo y tú te apresurabas a obedecerla. Siempre le tuviste miedo.

—¿Y quién no? —murmuró la joven—. Ella era muy decidida y yo una niña muy protegida. No sabía nada de hombres hasta que te conocí a ti.

—Sigues sin saberlo —comentó él—. Me sorprende que vivir en Nueva York no te haya cambiado.

—Uno es lo que es, viva donde viva —le recordó ella. Bajó de nuevo la vista, enfadada con él—. Yo bailo. Es mi profesión. Es lo único que hago. He trabajado mucho para lograrlo y ahora empiezo a obtener la recompensa. Me gusta mi vida. Así que probablemente fue algo bueno que descubriera a tiempo lo que sentías por mí. Escapé por los pelos —añadió con amargura.

Steve se acercó a ella lo suficiente para hacer que se sintiera amenazada, para que fuera consciente de él y levantara la vista. Sonrió con crueldad.

—¿Y tu buena suerte te compensa? —preguntó con sarcasmo.

—¿Por qué?

—Por saber la cantidad de mujeres a las que les gusta yacer en mis brazos en la oscuridad.

Meg sintió que iba a perder la compostura.

—¡Maldito seas! —gritó.

Steve se dio la vuelta riendo.

—Eso es lo que pensaba —hizo una pausa al llegar a la puerta—. Dile a tu hermano que lo llamaré mañana —entrecerró los ojos—. Cuando tu madre me devolvió el anillo que le habías dejado, te odié. Tú fuiste el mayor error de mi vida. Y, como tú has dicho, escapaste por los pelos. Los dos lo hicimos.

Se marchó y sus pasos resonaron por el pasillo antes de que se abriera y cerrara la puerta de salida. Meg se quedó donde estaba, dolorida por dentro. Le había dicho que la había odiado en el pasado, pero el odio seguía presente en sus ojos cuando la miraba. A pesar de haberle sido infiel, no le había perdonado su abandono. Si era él el que había obrado mal, ¿por qué la culpaba a ella?

—¿Dónde está Steve? —preguntó su hermano, entrando en la estancia.

—Se ha ido. Tenía una cita —musitó ella, entre dientes.

—¡Qué suerte la suya! El sí que sabe atraer a las mujeres. ¡Ojalá tuviera yo la mitad de su... ¿A dónde vas?

—A la cama —repuso Meg desde la escalera. Su tono de voz no invitaba a hacer más preguntas.

Le hubiera gustado tener algún otro sitio al que ir, pero por el momento estaba atrapada en Wichita. Atrapada con Steven cerca, arrojándole a la cara sus nuevas conquistas. Cojeaba a causa del accidente y, aunque los tendones se estaban curando, eso no ocurría con tanta rapidez como ella había esperado. El médico no fue capaz de decirle si el problema desaparecería por completo y la fisioterapeuta a la que acudía tres veces por semana, no se comprometía en absoluto, limitándose a recomendarle que hablara con el médico. Meg, no obstante, no quería hacerlo, ya que sabía que no estaba haciendo muchos progresos y tenía miedo de descubrir la razón.

Aparte de su lesión, tampoco hubiera tenido trabajo en ese momento. Su compañía de ballet no podía actuar sin fondos y, si no conseguían reunir pronto algunos, se quedaría sin empleo. Era una lástima desperdiciar tantos años de su vida en una apuesta de ese tipo. Le gustaba el ballet. Si hubiera sido lo bastante rica, habría financiado personalmente a la compañía, pero los dividendos de sus acciones no bastarían para lograrlo.

David tampoco tenía tanto dinero, pero Steve sí. Hizo una

mueca al pensar en ello. Steve tiraría el dinero o lo quemaría antes de prestárselo a ella. Se prometió que, de todas formas, no se lo pediría nunca. Era demasiado orgullosa para hacerlo.

Intentó una vez más no dejarse llevar por el pánico ante la idea de no volver a bailar. Se consoló con un sueño propio: abriría una escuela de ballet allí, en Wichita. Sería agradable enseñar a bailar a niñas pequeñas. Después de todo, ella misma había practicado ballet desde los cuatro años. Poseía la experiencia necesaria y le gustaban los niños. Era una opción que no había tomado en serio hasta entonces, pero en la que pensaba a menudo desde su lesión. La ayudaba a seguir adelante. Si fracasaba en un área, todavía le quedaría la otra. Sí, tenía posibilidades de futuro.

A la mañana siguiente estaba lloviendo. Meg miró por la ventana y sonrió, ya que la lluvia que golpeaba la hierba y los árboles sonaba acorde con su humor. Estaban a finales de primavera, había muchas flores y, gracias a Dios, no se esperaba ningún tornado. La lluvia, aunque inesperada, era agradable.

Hizo sus ejercicios, malhumorada por el estado de su tobillo, que seguía doliéndole después de seis semanas de trabajo paciente. David estaba en su despacho y, sin duda, Steve también, si no se había cansado demasiado la noche anterior. ¿Cómo se atrevía a arrojarle sus conquistas a la cara y hacer comentarios sarcásticos y dolorosos al respecto?

No era la misma persona que había conocido a los dieciocho años. Aquel Steve era un hombre callado, sin la crueldad del hombre nuevo que utilizaba a las mujeres y luego las dejaba de lado. O quizá siempre había sido así y ella lo había mirado con los ojos del amor, sin notar sus muchos fallos.

Después de su intercambio la noche anterior, no esperaba volver a verlo, pero David la telefoneó justo antes de salir del despacho para transmitirle una invitación a cenar de parte de Steve.

—Acabamos de firmar un contrato con un potentado de Oriente Medio —le dijo—. Vamos a llevar a su representante a cenar y Steve quiere que nos acompañes.

—¿Por qué yo? —preguntó ella con amargura—.Soy un regalo especial para ese cliente o está pensando en venderme como esclava? Tengo entendido que las rubias son muy apreciadas allí.

David no percibió la amargura de su voz. Se echó a reír, tapó el

auricular con la mano y murmuró algo.

—Steve dice que no es mala idea, y que te vistas como una mujer del harén.

—Dile que ni pensarlo —murmuró ella—. No sé si quiero ir. Supongo que Steve conoce mujeres de sobra dispuestas a ayudarlo a divertir a sus clientes.

—No seas difícil —se burló su hermano—. Una noche fuera te vendrá bien.

—De acuerdo. Estaré lista cuando llegues a casa.

—Estupendo.

Meg colgó y se preguntó por qué se había dejado convencer. Seguro que Steven había invitado también a una de sus mujeres y quería pasarle por las narices a su última conquista. A ella la echarían en brazos del árabe. ¡Pues si pensaba que iba a tomar parte en su plan, lo esperaba una sorpresa!

Cuando David abrió la puerta principal, encontró a Meg ataviada con un traje que había comprado para una fiesta de Halloween: un vestido negro que la cubría desde las orejas hasta los tobillos, complementado por un ancho cinturón plateado y zapatos del mismo tono. A causa de su tobillo, no podía llevar con facilidad zapatos de tacón. Su cabello iba recogido en un moño discreto y no llevaba maquillaje. No se daba cuenta de que su belleza rubia hacía superfluo el maquillaje de todos modos. Tenía una piel cremosa exquisita con tonos rosados propios.

—¡Guau! —silbó David.

Su hermana lo miró con rabia.

—No tienes que dar tu aprobación. Esto es una rebelión. Un traje revolucionario, no un vestido de sociedad.

—Yo lo sé y Steve también lo sabrá —sonrió y la cogió del brazo —, pero le gustará, créeme.

Capítulo 3

Meg no comprendió el comentario de David hasta que la escoltó al restaurante donde estaban sentados Steve y un árabe alto muy moreno, ataviado con un traje caro europeo. Ambos se pusieron en pie al verlos acercarse. La mirada del árabe era de aprobación. Meg comprendió entonces por qué a Steve no le molestaría el vestido.

—Recuerda que Oriente Medio no es precisamente un territorio muy moderno —susurró David—. Vas vestida muy correctamente para la velada.

—Vaya —musitó ella, enfadada. De haberlo sabido, se habría puesto un vestido transparente.

—Encantado, señorita —dijo el extranjero cuando los presentaron.

Sonrió y su bigote moreno se estremeció. Era un hombre increíblemente atractivo, con ojos enormes y casi negros. Se mostraba encantador sin parecer condescendiente ni ofensivo.

—Tengo entendido que es usted bailarina.

—Sí —musitó Meg. Le sonrió—. ¿Y usted es el representante de su país?

El hombre enarcó una ceja y miró a Steve.

—Así es.

—Hábleme de su país —preguntó ella con genuino interés, ignorando por completo a Steve y a su hermano.

El hombre lo hizo, olvidando los negocios hasta que Steve empezó a mirarlos con rabia al llegar a los postres. Meg se removió incómoda bajo su mirada y Ahmed se fijó también en él.

—Steven, amigo mío —sonrió—. Perdóneme. Pero la señorita es una compañía tan agradable, que consigue que me olvide por completo de los negocios.

—No importa —se apresuró a replicar el otro.

—Lo siento —dijo Meg, con sinceridad—. No quería distraerlo, pero encuentro fascinante su cultura. Sabe usted muchas cosas.

El árabe sonrió.

—Oxford, promoción del 82.

La joven suspiró.

—Quizá debería haber asistido a la universidad en lugar de intentar estudiar ballet.

—Pero hubiese sido una pérdida muy triste para las artes, señorita. Historiadores hay muchos, pero los buenos bailarines son como los diamantes.

Meg se ruborizó ante aquel cumplido.

Steven cogió con fuerza su tenedor y lo miró con fijeza.

—Respecto a los nuevos reactores que vamos a venderle, Ahmed… —insistió.

—Sí. Tenemos que hablar de ello. Me he dejado distraer por un rostro encantador y un corazón amable —sonrió a Meg—, pero mi deber no me permite olvidar más tiempo el propósito de mi visita aquí. ¿Nos perdona que hablemos ahora de negocios, señorita?

—Por supuesto —replicó ella con suavidad.

—Muy amable por tu parle —murmuró Steven.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti —replicó ella.

La velada le pareció larga y corta a la vez. Cuando quiso darse cuenta, se encontró con que David iba a acompañar al árabe a su hotel mientras Steve la acomodaba a ella en el asiento delantero de su Jaguar.

—¿Por qué siempre tiene que ser un Jaguar? —preguntó la joven, con curiosidad, cuando el hombre puso el motor en marcha.

—Me gustan los Jaguars.

Sacó el vehículo al centro de la calzada.

—Deja en paz a Ahmed -dijo sin preámbulos.

—Ah. Esto es una advertencia —asintió ella—. Es evidente que me consideras una mujer intrigante, capaz de extraer información secreta a un hombre y venderla a los agentes enemigos —frunció el ceño—. ¿Cuál es ahora nuestro enemigo?

—Tú no eres Mata Hari.

—No me insultes. Tengo potencial.

Adoptó una pose exagerada, con la mano suspendida detrás del

cuello y el perfil vuelto hacia él.

—Con un poco de entrenamiento, podría resultar muy seductora.

—Con un poco de entrenamiento, podrías acabar oculta en un barril de petróleo flotando río abajo hasta Oklahoma.

—No tienes sentido del humor.

Sleve se encogió de hombres.

—No hay mucho en estos tiempos que invite a la risa. Al menos en mi vida.

Meg apoyó la mejilla contra la piel suave del asiento y lo observó conducir. Era raro que siempre se sintiera segura con él. Segura y excitada hasta un punto increíble. El mero hecho de mirarlo bastaba para hacerla temblar.

—¿Qué estás pensando? —preguntó él.

—Que siento que no me hayas hecho nunca el amor —repuso ella con sinceridad.

El coche hizo una ese y el rostro de él se endureció. No la miró.

—No hagas eso.

Meg respiró hondo.

~¿No lo sientes tú? —preguntó.

—Tú podrías ser adictiva. Y no me gustan las adicciones.

—Por eso fumas —asintió ella, mirando el cigarrillo que tenía en la mano.

Steve la miró con rabia.

—Yo no soy adicto a la nicotina. Puedo dejarlo siempre que quiera.

—¿Y por qué no ahora mismo?

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de no poder pasar sin él? —lo presionó ella.

Steven bajó la ventanilla, arrojó el cigarrillo a la calle y volvió a cerrarla.

Meg sonrió.

—Dentro de unos segundos empezarás a temblar —le predijo—. A temblar y a buscar colillas por el suelo. A suplicar a los desconocidos que te den un cigarrillo.

—Eso es poco inteligente, Meg —dijo él.

—¿El qué? ¿Burlarme de ti?

—Puedo decidir buscar otro modo de ocupar las manos —dijo él.

La joven dejó caer los brazos a los costados y cerró los ojos.

—¡Adelante! —dijo con dramatismo—. ¡Viólame!

El coche se detuvo de súbito y Meg abrió los ojos y lo miró horrorizada.

Steve enarcó una ceja al verla cubrirse el pecho con las manos.

—¿Te ocurre algo? —preguntó—. Sólo me he detenido para dejar paso a la ambulancia.

—¿Qué ambulancia?

Las sirenas y las luces rojas pasaron a su lado y se desvanecieron con rapidez en la distancia. Meg deseó que se la tragara la tierra.

Steven colocó un brazo sobre el respaldo de su asiento y la examinó en la penumbra del coche.

—Te gusta farolear, ¿verdad? —se burló—. ¿No te advertí que si seguías jugando conmigo acabarías teniendo problemas?

—Sí —dijo ella—. Pero a ti te ha ido muy bien estos cuatro años sin mí.

El hombre no respondió. Bajó la mano hasta la garganta de ella y jugueteó con un mechón de pelo que se le había soltado del moño, rozándole la piel hasta que el pulso le comenzó a latir con fuerza.

—No hagas eso —susurró ella con voz ronca. Le apartó la mano.

—Déjame excitarte —replicó él.

Se acercó más. Posó su boca sobre la de ella y comenzó a acariciarle de nuevo la garganta mientras su aliento penetraba en la boca de ella.

—Igual que la primera noche que salimos juntos. ¿Te acuerdas? —preguntó con voz profunda y acariciadora—. Después de cenar, aparqué el coche en la puerta de tu casa y te acaricié así mientras hablábamos. Tú eras entonces más impulsiva, mucho menos inhibida. ¿Recuerdas lo que hiciste, Meg?

A la joven le costaba trabajo respirar y hablar al mismo tiempo.

—Era muy joven —dijo a la defensiva.

—Eras apasionada —separó los labios y rozó la boca abierta de ella, mordiéndole el labio con suavidad hasta que la oyó gemir—. Me desabrochaste la camisa y metiste tu mano en el interior hasta la cintura.

La joven se estremeció, recordando lo que ocurrió después. La levantó, le dio la vuelta y metió la mano bajo su vestido negro para acariciar su pecho desnudo. Meg recobró el sentido común y se debatió. Steve se detuvo al instante y sonrió a la muchacha que jadeaba en sus brazos, ardiente por el primer deseo intenso que sentía en su vida.

—Eras muy inocente —recordó él—. No tenías ni idea de por qué yo reaccionaba con tanta violencia ante una caricia así. Fue como la primera vez que te dejé sentirme contra ti cuando estaba excitado. Te escandalizaste y asustaste.

—Mis padres no me habían dicho nada y mis amigas eran igual de ignorantes que yo —dijo ella, vacilante—. Todas las lecturas del mundo no te preparan para lo que sientes cuando un hombre te acaricia íntimamente.

La mano de él recorrió su hombro hasta llegar a la cremallera del vestido. La bajó lentamente, con gentileza, controlando con facilidad el movimiento asustado de ella.

—Han pasado cuatro años y lo deseas —le dijo—. Me deseas a mí.

Meg no podía creer que le estuviera permitiendo hacerle eso. Se sentía como un zombi mientras él bajaba el vestido hasta la raya del sujetador y la miraba. Su mano grande y morena le acarició el cuello y se posó después con ligereza sobre sus pechos sin que él dejara de mirarla.

Su boca tocó la frente de Meg. Su respiración era jadeante. La de ella también.

—Déjame desabrochártelo, Meg. Quiero sentirte en mi boca.

Aquella había sido siempre su mejor arma: ese modo de hablarle que hacía que su cuerpo ardiera de deseo. La joven apoyó la frente en la barbilla de él mientras los dedos de Steven desabrochaban con rapidez la prenda. Sintió el aire frío sobre su cuerpo y vio al hombre apartarse para mirarla.

—¡Dios mío! —dijo con reverencia. Sus manos se contrajeron sobre los hombros de ella, como si temiera que pudiera desvanecerse.

—Aquella última noche te dejé mirarme —susurró ella, temblorosa—. Y después te fuiste con ella.

—No. No —susurró él, inclinando la cabeza—. No, Meg.

Cerró su boca en torno al pezón de ella y comenzó a succionarlo en silencio.

Los dedos de ella se aterraron al pelo de él, donde se agarraron con gentileza al sentir el placer más intenso que había conocido nunca. Una noche, tiempo atrás, él intentó besarla de aquel modo y ella lo combatió. Fue demasiado para sus sentidos. Aquello, unido a la excitación de él y al peso de su cuerpo sobre ella, le provocaron una oleada de pánico. Pero en la actualidad era cuatro años más vieja y había vivido una larga abstinencia. Lo deseaba con fiereza.

La boca de él siguió alimentándose con ella mientras sus dedos recorrían la firme suavidad que paladeaba. Meg sintió su lengua, sus dientes, la lenta succión que parecía extraerle el corazón. Se estremeció angustiada, indefensa, a medida que la ardiente presión de la boca de él intensificaba aún más su deseo.

Steven la sintió temblar y levantó con lentitud la cabeza.

—¡No! —exclamó ella, tratando de devolver la boca de él a su cuerpo—. ¡Por favor, por favor!

El hombre la abrazó con fuerza, jadeante.

—Por favor —sollozó ella, aferrándose a él.

—Espera.

Abrió los botones de su camisa y la apretó con fuerza contra su pecho, de modo que los senos desnudos de ella frotaran el vello de su torso.

—Meg —musitó con ternura—. ¡Oh, Meg! ¡Meg!

Sus dedos acariciaron la espalda de ella mientras ella le besaba la garganta.

Steven le volvió la cabeza y la besó de nuevo, un beso profundo y largo que pareció que no iba a terminar nunca, mientras a su alrededor la noche se oscurecía y el viento soplaba.

En algún momento, la joven comenzó a llorar con sollozos que eran a la vez de pena y de deseo. Steven la abrazó con ojos angustiados. Y luego, lentamente, el deseo empezó a aplacarse en los dos.

—No llores —susurró él, besando sus lágrimas—. Era inevitable.

La joven volvió el rostro para que él pudiera besar el otro lado. Saboreó sus exquisita ternura con los ojos cerrados.

Cuando sintió que los labios de él se apartaban de mala gana, abrió los ojos para mirarlo. Los de él expresaban deseo y ternura.

—Sigues inmaculada —dijo él con voz ronca—. Ni siquiera te han tocado aquí —acarició con la mano sus senos desnudos antes de bajar la cabeza para besarlos.

—No puedo sentir esto con ningún otro hombre —confesó ella —. No puedo soportar que me toquen los ojos de otro hombre, y mucho menos sus manos.

Steven respiró hondo.

—¿Por qué diablos te marchaste, maldita sea?

—Tenía miedo.

—¡De esto?

Le rozó el pezón con los labios y Meg lanzó un grito de placer.

—Era virgen —susurró.

—Todavía lo eres —la sentó sobre él, sujetándole las caderas con fuerza—. Y todavía tienes miedo —prosiguió, al ver la aprensión que expresaban sus ojos—. Te aterroriza llegar al final conmigo.

La joven tragó saliva.

—No es eso —susurró.

—Entonces, ¿qué es?

Meg podía sentir el calor y la fuerza de su cuerpo y sabía que la deseaba desesperadamente.

—Steven, mi hermana murió al dar a luz —dijo.

—Lo sé. Me lo dijo tu padre, pero no me pareció oportuno hacer más preguntas. Sólo sé que era doce años mayor que tú.

Meg lo miró a los ojos.

—Era igual que yo —susurró—. Delgada y estrecha de caderas. Vivían en el norte. El invierno que tenía que dar a luz nevó mucho y su esposo no consiguió llevarla a tiempo al hospital. Murió y el niño también —vaciló y se mordió el labio inferior—. A las mujeres de mi familia no les resulta fácil dar a luz. A mi madre tuvieron que hacerle la cesárea cuando nací yo. Cuando murió mi hermana, mi madre me hizo creer que un embarazo sería también una condena a muerte para mí. Consiguió que llegara a sentir terror ante la mera idea de quedarme embarazada —añadió con tristeza, escondiendo el rostro en el cuello de él.

Steven la soltó un momento, sorprendido. Apoyó la mejilla de ella contra su pecho y la abrazó con ternura.

—Nunca habíamos hablado de esto. —Yo era muy joven — replicó ella, cerrando los ojos—. No podía decírtelo. Físicamente me

dabas miedo. Siempre que me tocabas, empezaba a temblar de pasión. Todavía me ocurre.

Los ojos de él acariciaron suavemente su cabello. —Si me lo hubieras dicho, podría haberte ayudado.

—Tal vez. Pero me aterrorizaba quedarme embarazada y tú te mostraste muy apasionado aquella noche. La discusión me asustó. Tú me dijiste que me marchara y luego te llevaste a Daphne a un lugar público para poder salir en lodos los periódicos. Me dije a mí misma que tenía más sentido elegir el ballet que elegirte a ti. Eso me ayudó a marcharme.

Steven levantó la cabeza y miró un momento por la ventanilla. Segundos después, volvió la vista hacia los pechos de ella.

Meg sonrió con tristeza.

—No me crees, ¿verdad? Sigues resentido, Steven. —¿No crees que tengo derecho a estarlo? La joven se removió contra él. —Creía que no me querías lo suficiente como para sufrir por ello.

—Así era —se apresuró a asentir él—. Pero mi orgullo se resintió.

—Nicole me dijo que te habías emborrachado.

Steven sonrió con crueldad.

—¿Y no te dijo que me emborraché con Daphne?

Meg se puso tensa; en aquel momento lo odiaba.

La mano de él cubrió sus senos. La miró a los ojos.

—Todavía te deseo —dijo—. Más que nunca. La joven lo sabía. El rostro de él no ocultaba su deseo.

—No sería buena idea —dijo—. Como has dicho tú, es mejor evitar las adicciones.

—Te sobrevaloras mucho si crees que estoy lo bastante loco como para volver a hacerme adicto a ti —dijo él con una sonrisa burlona, fruto de aquellos cuatro años de angustia.

Meg se quedó muy quieta al ver la expresión de su rostro. La mención del pasado parecía haberles devuelto toda la amargura y la rabia de antes. No supo qué decir. —Steven...

La mano de él le acarició el pecho. —Tu compañía de ballet necesita dinero. Yo os sacaré del lío —propuso. —¿Lo harás? —exclamó ella.

—Oh, sí. Seré el ángel de tu compañía. Pero hay un precio.

—¿Cuál es el precio? —preguntó ella, perpleja. —¿No te lo

imaginas? —sonrió él—. En ese caso, te lo diré. Acuéstate conmigo. Dame una noche, Meg. una sola noche para vencer mi obsesión por ti. Y a cambio, yo te devolveré tu precioso baile.

Capítulo 4

Meg pasó una larga noche sin dormir, debatiendo en su interior la proposición de Steven. No podía creer que le hubiera dicho una cosa así o que esperara que aceptara. ¿Cómo era posible que su ardor enfebrecido se hubiera convertido tan pronto en desprecio? No había duda; ella estaba en lo cierto y él buscaba vengarse de su abandono. Su explicación de lo ocurrido había caído en saco roto. O quizá no quería creerla. ¿Y no tenía él tanta culpa como ella? Fue él el que le pidió que se fuera; el que le dijo que saliera de su vida.

Deseó haberle recordado ese hecho con más fuerza. Pero el insulto de él la hizo olvidarse de todo. La joven se apartó de sus brazos y se arregló la ropa con manos temblorosas mientras él se reía de sus esfuerzos.

—Eso ha sido cruel, Steven —dijo con voz ronca, cuando al fin volvió a estar presentable.

—¿De verdad? Pues iba en serio —replicó él—, Y la oferta sigue en pie. Acuéstate conmigo y sacaré del lío a tu preciosa compañía. Y tampoco tendrás que preocuparle por quedarte embarazada —añadió al poner el coche en marcha—. Yo me ocuparé de eso. Mira, Meg, lo último que desearía en el mundo sería estar atado a ti por un hijo. Lo único que quiero es acabar con esta locura de una vez por todas.

Al quedarse sola en la puerta de su casa, la joven pensó que aquello no sería posible. La locura, como la llamaba él, sería permanente porque ella había tomado el camino fácil cuatro años atrás. No le confesó sus miedos ni dudas ni le pidió explicaciones sobre Daphne. Tuvo miedo de decir lo que pensaba y más miedo aún de luchar por su amor. En lugar de eso, hizo caso a otras personas como el padre de él y su madre, que deseaba que hiciera

carrera en el ballet y no se arriesgara nunca a un embarazo.

Pero los motivos de Steven eran menos claros. Meg había pensado a menudo en secreto que Steven era más bien frío en el sentido emocional, que quizá se sintió aliviado cuando terminó el compromiso. El modo en que la cortejó fue algo extraño, forzado, como si lo hiciera contra su voluntad. En aquel momento pensó que el amor era algo que él no comprendería nunca del lodo, ya que no lo había experimentado mucho en su vida. Su padre deseaba una marioneta a la que pudiera controlar. Su madre se apartó de él desde niño, incapaz de comprender su naturaleza tempestiva y mucho menos lidiar con su testarudez en todo los aspectos.

Steven creció solo. Y seguía estando solo. Tal vez utilizara a las mujeres para satisfacer sus necesidades masculinas, pero evitaba los sentimientos. En cierto modo, ella había huido de eso. Era lo bastante lista para saber que su amor por él y el deseo de él por ella no serían nunca la base de una buena relación. Y en su mente estaba presente además el miedo del embarazo. Se preguntó si su madre no habría cultivado deliberadamente ese miedo para obligarla a hacer lo que deseaba. Su madre resultó ser una manipuladora tan grande como el padre de Steven.

La noche anterior, Meg había entrado silenciosamente en la casa y dio las buenas noches a su hermano, que veía una película en la sala de estar. Se controló muy bien hasta que llegó a su cuarto, donde empezó a llorar de rabia.

Una noche de amor a cambio de dinero. ¿Por quién la tomaba? Nunca le pediría ayuda financiera a aquel hombre. La compañía de ballet sobreviviría sin él. Jamás aceptaría sus condiciones; ni siquiera para salvar su carrera.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, David se había ido ya a la oficina. A Meg le dolía la cabeza y el tobillo le molestaba mas que de costumbre por el esfuerzo de la noche anterior. Al mirarse al espejo, recordó la facilidad con la que cayera en brazos de Steve y se ruborizó. Nunca conseguía resistirse a aquel hombre en cuanto se acercaba a ella.

Se lavó la cara, se cepilló los dientes y desayunó. Fue al hospital a su sesión de fisioterapia y, cuando regresó a casa, hizo algunos ejercicios. Y no dejó de pensar en Steven y en lo explosiva que había sido su pasión.

David llegó a casa con aire sombrío.

—¿A qué viene ese humor? —le preguntó su hermana.

El joven la miró un momento.

—¿Qué? Oh, no es nada —dijo con rapidez. Sonrió—. Si no has preparado nada, ¿quieres que salgamos a tomar un bistec?

—¿Bistec? —preguntó ella, enarcando las cejas.

—Bistec. Me apetece comer algo que necesite masticar mucho.

—¡Vaya! ¿Has tenido un mal día?

—Terrible —se encogió de hombros—. A propósito, Ahmed ha dicho que le gustaría acompañarnos, si no te importa.

—Desde luego que no —sonrió ella—. Me cae bien.

—A mí también. Pero no te entusiasmes demasiado con él —le advirtió—. Hay ciertas cosas en marcha de las que tú no sabes nada y que es mejor que ignores. Baste con decir que Ahmed no es lo que parece.

—¿De verdad? —preguntó ella, intrigada—. Sé más explícito.

—Tendrás que conformarte con eso —repuso él—. No pienso arriesgarme a una reprimenda del jefe. Hoy estaba furioso. Una de las secretarias le ha lanzado una lámpara de mesa y ha salido del edificio sin el dinero del despido.

Meg enarcó las cejas.

—¿La secretaria de Steven? —preguntó.

—A decir verdad, sí —sonrió—. Todos los demás han corrido a ocultarse, pero Daphne no. Supongo que lo conoce desde hace tanto tiempo que ya sabe de qué pie cojea.

A Meg dejó de latirle el corazón.

—¿Daphne? ¿La misma Daphne que se acostaba con él cuando estaba prometido conmigo?

David entrecerró los ojos,

—No creo que su relación fuera tan íntima y, desde luego, después de comprometerse contigo, no se acostaba con ella. Pero sí, hace años que se conocen.

—Comprendo.

—Si no recuerdo mal, ella fue la razón de que discutieras con él. La razón de tu marcha.

Meg respiró hondo.

—En parte, sí —replicó. Se esforzó por sonreír—. En realidad, me hizo un favor. Si me hubiera casado con Steven, no podría haber

estudiado baile en Nueva York.

—No has dejado que se te acerque ningún hombre desde que saliste de Wichita —replicó su hermano—. Y no me digas que no tienes tiempo de hacer vida social.

Meg levantó la barbilla.

—A lo mejor Steve me enseñó una lección amarga sobre la fidelidad masculina —contestó.

—Steven no es lo que parece —dijo su hermano—. A pesar de su genio, es bastante sensible por dentro. Sufrió mucho cuando te marchaste. No creo que lo haya superado, Meg.

—Su orgullo, no. Lo ha admitido —asintió ella—. Pero a mí no me quiso nunca. Si me hubiera querido, ¿cómo podría haberse ido con Daphne?

—Los hombres hacen cosas raras cuando se sienten amenazados.

—Yo no lo amenacé nunca —murmuró ella.

—¿No? —David se metió las manos en los bolsillos y observó su rostro—. Meg, en todos los años que hace que lo conozco, Steve nunca ha salido con una mujer más de dos semanas. Siempre evitó comprometerse. Y luego empezó a salir contigo y te pidió matrimonio casi enseguida.

—Era una novedad —musitó ella.

—Desde luego que sí. Tú conseguiste derretir la pared de hielo que rodeaba su corazón y hacerle reír. Tú lo rejuveneciste. Si lo hubieras mirado bien, habrías visto lo mucho que cambiaba cuando estaba contigo. Steven Ryker se habría tirado entre las ruedas de un autobús si se lo hubieras pedido. Habría hecho cualquier cosa por ti. Su padre no quería que se casara contigo porque creía que Steven estaba lo bastante enamorado como para aliarse a tu lado en una lucha por el poder.

Sonrió al ver la expresión de sorpresa de ella.

—¿No comprendes que todo el mundo le manipuló a su modo? Steven y tú no teníais ninguna posibilidad, Meg. Tú hiciste caso a los demás e hiciste lo que ellos querían. Y el que pagó el pato fue el pobre Steven, que se había enamorado por primera vez en su vida.

—El no me amaba —protestó ella.

—Te adoraba. No podía apartar la vista de ti. Todo lo que hizo durante el mes que estuvisteis prometidos, lo hizo sólo por agradarte; sólo pensó en tu felicidad —movió la cabeza—. Pero tú

eras demasiado joven para darte cuenta, ¿verdad?

Meg sintió que le temblaban las piernas y se sentó.

—Nunca me dijo nada.

—¿Qué podía decirte? No es un hombre al que le guste suplicar. Tú te marchaste y él asumió que no lo querías. Se emborrachó durante tres días. Luego volvió al trabajo con furia y comenzó a hacer dinero. Entonces empezaron a rodearlo las mujeres. Ellas calmaron algo su dolor, pero no por completo. No había nada que pudiéramos hacer por él excepto verlo sufrir y fingir que no notábamos cómo reaccionaba cada vez que se mencionaba tu nombre.

Meg se cubrió el rostro con las manos. David le puso una mano consoladora en el hombro.

—No te tortures. Al final lo superó, Meg. Le costó un año y, cuando lo consiguió, era un hombre mejor. Pero no el mismo hombre. Había perdido y ganado algo en el proceso. Se había endurecido ante los sentimientos.

—Fui una tonta —dijo ella—. Lo quería mucho, pero tenía miedo de él. A veces parecía distante, como si no pudiera soportar hablarme de nada personal.

—Tú eras igual —musitó su hermano.

—Claro que sí. Era una chica reprimida e introvertida y no podía creer que un hombre como él quisiera casarse conmigo. Lo admiraba demasiado. Todavía lo admiro en cierto modo. Pero ahora lo comprendo mejor. Ahora que ya es demasiado larde.

—¿Estás segura de eso?

Meg pensó en la noche anterior, en su pasión y en el dolor y la pena que ¡e produjo su proposición. Asintió con la cabeza.

—Sí, David. Eso me temo.

—Lo siento.

La joven se puso en pie.

—¿No se dice siempre que casi lodo es para bien? —se alisó la falda—. ¿Dónde vamos a ir a comer?

—A Castello's. Y siento decirte que Steve también viene.

Meg odiaba la idea de enfrentarse a él, pero no era ninguna cobarde. Se encogió de hombros con fatalismo,

—Voy a vestirme.

David le dijo a qué hora tenían que salir y fue a llamar por

teléfono.

Meg subió a su cuarto.

—Creo que me pondré algo rojo —murmuró enfadada consigo misma—. Con un cuello en forma de V, largo hasta los tobillos y con aperturas a ambos lados.

No tenía nada tan revelador, pero consiguió encontrar un vestido rojo ceñido y seductor. Se soltó el cabello y utilizó mucho más maquillaje del que empleaba habitualmente. Sacó de la caja fuerte sus joyas de diamantes y se las puso también. Estaba dispuesta a provocar a Steven Ryker todo lo que pudiera.

Lo encontró en el restaurante, como le había dicho David, pero no estaba solo. A Meg le dio un vuelco el corazón al ver a la persona que lo acompañaba: una rubia platino muy bronceada que llevaba un vestido negro muy caro. Era Daphne, por supuesto, que se cogía del brazo de Sleve como si el hombre fuera de su exclusiva propiedad. Meg se esforzó por sonreír a Ahmed, ataviado con un distinguido traje oscuro, que se puso en pie y sonrió al verla.

—La señorita está maravillosa —dijo, besándole la mano. Meg sonrió encantada—. Me morderé la lengua para no decir las palabras que me sugiere su presencia.

—Si está pensando pedirme que me una a su harén, tendrá que esperar a que sea demasiado vieja para bailar —replicó.

—Eso me hace muy desgraciado —musitó el hombre.

Steven la miraba con ojos brillantes.

—Un color muy interesante, Meg —murmuró.

La joven le hizo una reverencia.

—Es mi favorito. ¿No crees que me sienta bien? —preguntó con aire retador.

El hombre apartó la mirada, como si sus palabras le hubieran avergonzado.

—No, no lo creo —dijo con un timbre extraño de voz—. Siéntate, David.

El aludido apartó una silla para Meg y saludó a Daphne.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó.

—Le gusta que le tiren cosas, ¿verdad, querido? —se rió Daphne —. Me ha vuelto a contratar con un sueldo más alto. Deberías probar el truco.

—No, gracias —suspiró David—. Prefiero no arriesgarme.

—Supongo que Meg no es la clase de mujer que tira cosas, ¿o si? —preguntó Daphne.

—¿Quieres que lo descubramos? —replicó la aludida, levantando su vaso de agua en dirección a la otra.

David, alarmado por su reacción, le puso una mano en la muñeca.

—Perdóname si te he ofendido —se apresuró a decir Daphne, que parecía sorprendida—. No sé lo que me pasa. Abro la boca y empiezan a ocurrir cosas —murmuró con aire de disculpa.

Steven miraba a Meg con el ceño fruncido.

—No necesitas disculparte —dijo la joven con rigidez—. Yo no me ofendo nunca; ni cuando la gente pretende insultarme.

Steven pareció incómodo y la atmósfera en la mesa se puso tensa.

Ahmed se puso en pie y le tendió la mano a Meg.

—¿Quiere nacerme el honor de bailar conmigo? —le preguntó.

—Será un placer.

Meg evitó la mirada de Steven y se dejó conducir a la pista por Ahmed.

El árabe la enlazó con mucha corrección. A Meg le gustaba su olor limpio y su rostro atractivo, que le sonreía. Pero cuando la tocaba, no se producían chispas, ningún deseo de poseer y ser poseída.

—Gracias —dijo—. Creo que ha salvado usted la velada.

—A pesar de lo que pueda usted pensar, Daphne carece de malicia —repuso él con gentileza—. Y lo que siente Steven por usted resulta bastante evidente.

Meg se ruborizó.

—¿En serio?

—¿Le molesta bailar? —preguntó el hombre, al ver que se apoyaba en él.

La joven tragó saliva.

—El tobillo me duele todavía —dijo con sinceridad—. No se está curando como yo esperaba —lo miró asustada—. Fue una lesión difícil.

—Y bailar es toda su vida.

Meg se mordió el labio inferior.

—Tiene que serlo —replicó.

—¿Me permite? —dijo una voz profunda y cortante.

—Por supuesto —Ahmed sonrió a Steven—. Gracias, señorita —añadió, antes de apartarse.

Steven apretó a Meg contra él y comenzó a moverse al ritmo de la música.

—Me duele el tobillo —dijo ella con frialdad—. Y no quiero bailar contigo.

—Lo sé —le levantó el rostro y examinó sus ojeras. Y también sé por qué te has puesto el vestido rojo.

Ha sido para vengarte por lo que te dije anoche, ¿verdad?

—Has acertado —repuso ella.

El hombre respiró hondo. Sus ojos plateados recorrieron el cabello de ella y sus hombros, antes de posarse en el escote. Apretó la mandíbula y la estrechó con más fuerza.

—Tienes la piel más suave que he tocado nunca —gruñó—. Suave y cálida. No necesitas este vestido para recordarme que, cuando estás cerca de mí, no puedo pensar con cordura.

—Pues no te acerques —replicó ella—. ¿Por qué no te llevas a Daphne a casa y la seduces? Si es que no lo has hecho de camino aquí.

Perdió el paso y el hombre la sujetó con fuerza.

—Te duele el tobillo. No deberías estar bailando —dijo con firmeza.

—La terapeuta recomienda que haga ejercicio —dijo ella entre dientes—. Y es normal que duela.

El hombre no dijo lo que estaba pensando. Si el tobillo seguía doliéndole después de cinco semanas, ¿cómo iba a poder bailar? ¿Soportaría su peso? No parecía probable.

Meg vio la expresión de su rostro.

—Volveré a bailar —le dijo—. Ya lo verás.

Steven le acarició la mejilla.

—¿Por ti misma, Meg, o porque eso es lo que siempre deseó tu madre?

—Fue lo único que hice en mi vida que le gustara —replicó la joven sin pensar.

—Sí. Creo que eso es posible —le acarició el labio inferior—, ¿Todavía tienes miedo de tener hijos? —susurró.

—¡Steven! —exclamó ella. Se ruborizó.

—Tú me has hecho pensar en lo que ocurrió aquella última noche que estuvimos juntos. Recuerdo lo que te dije cuando empezaste a debatirte.

—Esto no es necesario... —lo interrumpió ella.

—Te dije que, si llegábamos hasta el final, no importaba —susurró, mirándola a los ojos—, porque me habría encantado dejarte embarazada.

Meg se estremeció y su cuerpo tembló como si buscara la fuerza y el consuelo del de él.

Sleven la abrazó, moviéndose apenas, con su boca sobre la oreja de ella.

—Tú no creías que fuera a detenerme. Y tenías miedo de tener un hijo.

—Sí.

Los dedos de él acariciaron su cabello. Sus piernas temblaban contra las de ella y la atracción que ambos compartían lo hacía sentirse débil. Y luego, de repente, se excitó por completo y ella lo notó.

—No te apartes de mí —le dijo con voz ronca—. Ya sé que te da asco, pero no puedo evitarlo.

Meg se quedó inmóvil.

—No es eso —susurró, levantando la vista—. No quiero hacerle daño. Tú me decías que, cuando te ponías así, no me moviera, ¿recuerdas?

Steven dejó de bailar y sus ojos buscaron los de ella con tanta fiereza que ella apenas si pudo soportar la intensidad de su mirada.

El hombre entreabrió los labios para respirar mejor.

—Lo recuerdo todo —musitó—. Tú me atormentas, Meg. Noche tras noche.

La joven vio la tensión que expresaba su rostro y se sintió culpable de ser su causante.

—lo siento —dijo con ternura—. Lo siento mucho.

El hombre apartó la vista y luchó por controlarse. Meg se apartó un poco y comenzó a hablar con calma sobre la situación mundial y el tiempo mientras los dos se movían.

—Tengo que dejarlo ya, Steven —dijo al fin—. El tobillo me duele mucho.

El hombre se detuvo.

—Siento lo que te dije anoche —musitó—. Te deseaba con locura —se rió con amargura—. Eso, al menos, no ha cambiado nunca.

Los ojos de ella lo miraron con adoración. No podía evitarlo. Era para ella lo más perfecto del mundo y, cuando estaba a su lado, lo tenía todo. Pero lo que quería la destruiría.

—No puedo acostarme contigo y seguir luego con mi vida —dijo con suavidad—. Para ti sería sólo una noche más, un cuerpo más. Pero para mí sería terrible. No sólo sería mi primera vez, sino con alguien a quien —apartó los ojos—, alguien a quien una vez quise mucho.

—Mírame.

La joven obedeció.

—Meg —dijo él, cuando la música empezó de nuevo—. No sería sólo una noche más y un cuerpo más.

—Sería por venganza —argumentó ella—. Y tú lo sabes. No se trata de hacer el amor, sino de vengarse.

Yo salí de tu vida y te hice sufrir. Ahora quieres castigarme por ello, ¿y qué mejor modo que acostarte conmigo y marcharte luego?

—¿Crees que podría? —preguntó él con amargura.

—No lo sabríamos hasta que ocurriera —bajó la vista—. Sé que intentarías protegerme, pero tú no puedes controlarte cuando me abrazas. Anoche no podías —levantó el rostro—. ¿Y qué haríamos si me quedara embarazada?

Steven la observó un rato.

—Podrías casarte conmigo —dijo con suavidad—. Podríamos criar juntos a nuestro hijo.

Aquella idea la entusiasmó y asustó al mismo tiempo.

—¿Y mi carrera? —preguntó.

El rostro de él perdió su suavidad y sus ojos se volvieron fríos.

—Eso, por supuesto, se habría acabado. Y tú no podrías soportarlo. Después de lodo, llevas toda tu vida trabajando en esa dirección, ¿no? —la soltó—. Será mejor que volvamos a la mesa. Tienes que cuidarte el tobillo.

Volvieron a la mesa. Steven le cogió la mano a Daphne y no la soltó durante el resto de la velada. Y siempre que miraba a Meg, lo hacía con hostilidad, amargura y desprecio.

Capítulo 5

David y Meg, que habían cogido un taxi hasta el restaurante, volvieron a su casa en la limusina de Ahmed. Steven no se ofreció a acompañarlos. Meg pensó que tendría otros planes con Daphne.

—Ha sido una velada estupenda —señaló David—. ¿Cuánto tiempo más piensa quedarse en Wichita, Ahmed?

—Hasta que se firmen todos los permisos —replicó el otro hombre. Lanzó una mirada de apreciación a Meg—. Y luego el deber me obliga a volver a mi país. ¿Seguro que no quiere venir conmigo, señorita? —se burló—. Podría ponerse ese vestido y seducirme con su baile.

Meg se esforzó por sonreír, pero el futuro comenzaba a preocuparla. Su tobillo no estaba más fuerte que el día de la lesión y su preocupación creía día a día.

—Me siento halagada —dijo.

—Nuestras mujeres ya tienen más libertad que antes —musitó él —. Al menos ya no tienen que llevar velo de la cabeza a los pies ni cubrirse el rostro en público.

—¿Está casado? —preguntó ella con curiosidad—. Tengo entendido que los musulmanes pueden tener cuatro mujeres.

Ahmed se puso serio.

—No, no estoy casado. Pero es cierto que los musulmanes pueden tener hasta cuatro mujeres. Yo, sin embargo, aunque acepto muchas de las enseñanzas del profeta, no soy musulmán. Nací en una familia cristiana, lo que excluye la poligamia.

—Es esa calle de ahí—dijo David, señalando con la mano—. Usted no ha visto nuestra casa, ¿verdad, Ahmed?

—No.

—Venga —lo invitó Meg—. Podemos ofrecerles café a su chófer

y a usted.

—Quizá en otra ocasión —sonrió el árabe, mirando otro coche que los seguía de cerca—. Esta noche tengo una cita en mi hotel.

—Como quiera —replicó la joven.

—Gracias por traernos. Nos veremos mañana —musitó David, al bajar del vehículo.

Ahmed asintió con la cabeza.

—El viernes terminaremos nuestro negocio —señaló—. Me gustaría invitarlos a los dos y a su amigo Steven al teatro. Me he permitido comprar ya las entradas.

A Meg le entusiasmó la idea.

—Me encantaría. ¿David?

—Desde luego —asintió su hermano. Sonrió—. Gracias.

—Les enviaré un coche a las seis. Comeremos antes de que se levante el telón.

No salió a la acera, pero sonrió y saludó con la mano a los dos hermanos. La limusina se alejó, con el coche oscuro justo detrás.

—¿Lo siguen? —preguntó la joven a su hermano.

—Sí, así es —David evitó mirarla—. Tiene guardaespaldas propios.

—Me gusta —musitó ella, al entrar en la casa.

David la miró.

—Has estado muy callada desde que bailaste con Steve —observó—. ¿Más problemas?

Meg suspiró.

—No. Steven sólo quiere pasarme a Daphne por las narices. ¿Por qué iba a molestarme eso?

—A lo mejor intenta ponerte celosa.

—No me lo imagino recurriendo a esa clase de tácticas.

David comenzó a decir algo, pero se interrumpió. Sonrió.

—Ahmed es muy misterioso —comentó la joven—. A veces tengo la sensación de que no es lo que parece. Pero es un hombre muy amable, ¿verdad?

Su hermano la miró fijamente un instante.

—¿Ahmed? Ah, sí. Desde luego que lo es. Pero, a pesar de que sea cristiano, sus costumbres y creencias son también árabes. Y su país atraviesa un mal momento ahora —la observó con atención—. Tú no ves mucho la televisión, ¿verdad? Me refiero a las noticias.

—Me resultan demasiado perturbadoras —confesó ella—. No, no veo las noticias ni leo los periódicos a menos que no pueda evitarlo. Ya sé que eso es esconder la cabeza en la arena —prosiguió—. Pero, con sinceridad, ¿qué puedo hacer yo para cambiar todo eso? Elegimos a los políticos para que nos representen. No es el sistema ideal, pero no puedo ir a otros países y decirle a la gente lo que debería hacer, ¿verdad?

—No viene mal estar informado —repuso, su hermano—. Aunque, en este momento, quizá sea mejor así —añadió—. Te veré por la mañana.

—Sí.

Lo miró con el ceño fruncido. David podía ser muy misterioso a veces.

Aquella semana, David no invitó a Steve a su casa, ya que notaba que la sola mención de su nombre bastaba para perturbar a Meg. Pero aunque Wichita era una ciudad grande, no era imposible tropezarse con la gente que se movía en los mismos círculos sociales.

Meg lo descubrió un día en que acudió a unos almacenes que siempre había frecuentado su familia a comprar un regalo de cumpleaños para David. Allí se encontró con Steve.

Si se sorprendió y alarmó al verlo, a él le ocurrió lo mismo. La miró con hostilidad.

—¿Vas a comprar ropa? —le preguntó con sarcasmo—. No te resultará fácil encontrar aquí nada apropiado.

—Voy a comprarle un regalo a David —repuso ella, tensa.

—¡Qué coincidencia! Yo también.

—¿No se ocupa tu secretaria de esas cosas?

—Los regalos de mis amigos los elijo personalmente —replicó él —. Además, Daphne tiene otras tareas. No quiero que se canse mucho durante el día.

Meg tuvo que esforzarse mucho para no expresar la rabia que le produjeron aquellas palabras. Mantuvo los ojos fijos en las corbatas.

—Supongo que no —dijo.

—Mi padre tenía razón —prosiguió él, enfadado por la falta de reacción de ella—. Habría sido la esposa perfecta. No sé por qué he tardado cuatro años en darme cuenta.

A Meg se le paró el corazón. Tragó saliva.

—A veces no comprendemos el valor de las cosas hasta que es demasiado tarde.

—Muy cierto —replicó él.

La joven lo miró con ojos llenos de malicia.

—Yo no comprendí lo mucho que me importaba el ballet hasta que me prometí contigo -dijo con una sonrisa fría.

Steve apretó los puños, pero consiguió sonreír.

—Como ya dijimos, fue una suerte que rompiéramos —inclinó la cabeza para observarla—. ¿Cómo va la financiación de tu compañía de ballet?

Meg dio un respingo.

—Muy bien, gracias. Creo que no necesitaré ayuda.

—¡Qué lástima! —musitó él.

—¿De verdad? Estoy segura de que Daphne no estaría de acuerdo.

—Oh, ella no espera que sea fiel a estas alturas —replicó él—. Al menos, no hasta que el compromiso sea oficial.

Meg sintió que iba a desmayarse. Sabía que el color abandonaba lentamente su rostro, pero se mantuvo firme y no se agarró a ningún sitio en busca de apoyo.

—Ya veo.

—Todavía tengo tu anillo guardado en mi caja fuerte —le informó él.

Meg recordó que se lo había dado a su madre para que se lo entregara en su nombre.

—Lo guardo para no olvidar al tonto que fui al pensar que tú podías casarte conmigo —prosiguió él—. No volveré a cometer el mismo error. Daphne no quiere sólo una carrera; quiere también tener hijos conmigo —añadió con crueldad.

La joven bajó la vista, exhausta. Tocó una corbata de seda con mano temblorosa.

—Ahmed nos ha invitado a cenar y al teatro el viernes por la noche —comentó.

—Lo sé —repuso él. No parecía complacido.

Meg se esforzó por mirarlo.

—No es necesario que te muestres deliberadamente insultante, Steven —dijo con suavidad—. Ya sé que me odias. Todo esto es innecesario.

—¿De verdad? Pero tú no sabes lo que siento, Meg. No los ha sabido nunca y nunca te ha importado —se metió las manos en los bolsillos y la miró con rabia—. Ahmed se marchará pronto —prosiguió—. No te entusiasmes demasiado con él.

—Es un amigo; eso es todo.

Steven la observó un momento.

—¿Qué tal van tus ejercicios?

—Muy bien, gracias.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó él con brusquedad.

—A finales de mes.

El hombre suspiró.

—¡Gracias a Dios!

Meg cenó los ojos durante un segundo. Cogió la corbata que había estado examinando y se alejó sin mirarlo. Tenía un nudo en la garganta.

—Me llevo ésta —le dijo al dependiente.

Sacó su tarjeta de crédito, Su voz sonaba rara, Steven estaba de pie detrás de ella, intentando disculparse.

Eso de insultarla empezaba a convertirse en un hábito. Sólo podía pensar en lo mucho que la había querido y lo fácilmente que ella se había alejado de él. No confiaba en ella, pero seguía deseándola. Ella daba color a sus sueños. Sin ella, todo le parecía monótono. Sólo tenía que mirarla para sentirse bien. Era adorable: rubia, dulce y gentil. Una lástima que lo único que deseara fueran un par de zapatillas de baile y un escenario.

Gimió en su interior. ¿Cómo podría sobrevivir otra vez a su marcha? No debería haberla tocado. Lo único que había conseguido era que la partida resultara tan dura como la primera vez. La vería alejarse por segunda vez y una parte de él moriría.

Daphne iría con él aquella noche, porque, sin ella, no podría sobrevivir a la compañía de Meg. ¡Menos mal que tenía a Daphne! Ella era una amiga, y no buscaba otra cosa, pero era también una compañera de conspiración, ya que estaba enterada de todo lo concerniente a Ahmed. Sabía cosas que no conocía nadie más de la compañía y los ayudaba en todo. Tenía un novio, uno de los dos agentes del Gobierno que protegían a Ahmed. Pero afortunadamente, Meg no sabía nada de todo aquello.

Steven corría un cierto peligro. Casi tanto como Ahmed. No

podía contárselo a Meg sin tener que contarle otras cosas secretas. Daphne lo sabía, claro. Contaba con la misma protección con la que contaban Ahmed y él mismo. Pero a pesar de su amargura contra Meg, no quería involucrarla. Amarla era una enfermedad que no tenía cura. Estaba tan metida en él como la sangre en sus venas. Y él, sin embargo, no le importaba a ella, ya que lo único que necesitaba ella para vivir era bailar. Eso le partía el corazón, le hacía ser cruel. Pero hacerle daño no le causaba ningún placer. La miraba con ojos posesivos, muriéndose de ganas de abrazarla y disculparse por su crueldad.

Meg dejó el mostrador y comenzó a alejarse sin levantar la vista. Steven, impulsado por una fuerza que no podía controlar, la cogió del brazo y tiró de ella hasta un lugar recluido, detrás de algunos trajes.

Miró los ojos sorprendidos y heridos de ella.

—No dejo de hacerte daño, ¿verdad? —dijo con voz ronca—. No es mi intención. Te juro que no es mi intención, Meg.

—¿En serio? —preguntó ella, con una sonrisa de tristeza—. No te preocupes. Dios sabe que tienes derecho después de lo que te hice.

Se alejó de él y salió con rapidez de la tienda.

Steve se maldijo y la observó hasta perderla de vista. No se había sentido tan mal en toda su vida.

Meg pasó el resto de la semana tratando de practicar sus ejercicios y de no pensar en Steve y Daphne. David no le había dicho nada, pero lo oyó hablar con Steve una noche y captó lo bastante como para saber que Daphne lo acompañaría al teatro.

El jueves telefoneó a Tolbert Morse, el director de su compañía de ballet.

—Me alegro de que hayas llamado —dijo él—. Creo que quizá hayamos encontrado la solución a nuestros problemas. ¿Puedes volver a Nueva York la semana que viene para ensayar?

Meg se puso tensa. Sólo un milagro podía curar su tobillo en tan poco tiempo. Vaciló. No quería admitir que sus progresos eran muy lentos. En su interior sabía que no estaría en condiciones de bailar tan pronto, pero no podía decirlo en voz alta. El baile era lo único que tenía. Steven había dejado claro que no quería un futuro con ella. Cualquier esperanza en ese terreno carecía de fundamento.

Su sueño de abrir una escuela de ballet para niñas crecía lentamente, pero tendría que abrirla en Wichita. ¿Y podría soportar tener que ver a Steven a menudo? Su amistad con David implicaba que se lo encontraría constantemente en la casa. No. Su tobillo tenía que curarse. Tenía que bailar. Era lo único que le quedaba. La crueldad de Steven había servido para reafirmar el hecho de que ya no tenía un lugar en su vida.

—¿Que si puedo estar lista en una semana? —preguntó con una risa forzada—. Allí estaré.

—Buena chica. Le diré a Henrietta que reserve tu antigua habitación. ¿El tobillo va bien?

—Muy bien —mintió.

—Entonces nos veremos la semana que viene.

Meg colgó el teléfono y se quedó mirándolo largo rato antes de decidirse a moverse. Una mentira conducía a otra, pero, ¿acaso era mentir? ¿No estaba en ese momento haciendo ejercicios de ballet?

Volvió a la barra de prácticas. Si se concentraba, era muy posible que pudiera lograr lo que se proponía.

El viernes por la tarde, al volver a casa, David se quedó mirándola desde el umbral. Tenía el ceño fruncido y, cuando ella detuvo para descansar, no pudo evitar notar la preocupación que expresaban sus ojos.

—¿Qué tal vas? —preguntó él.

Meg sonrió, decidida a no mostrar sus miedos.

—Lenta pero segura —repuso.

David apretó los labios.

—¿Qué dice la terapeuta?

Su hermana evitó su mirada.

—Oh, que es cuestión de tiempo.

—Pero tienes que empezar a ensayar dentro de un mes —insistió él—. ¿Crees que estarás lista?

—A decir verdad, será dentro de una semana —dijo ella. Le habló de la llamada de teléfono y David protestó con vehemencia.

—No te preocupes, estaré bien —repuso ella, exasperada.

Su hermano se metió las manos en los bolsillos con un suspiro.

—Vale. Me callaré. Ahmed llegará a las seis.

—Sí, ya lo recuerdo. Y deja de preocuparte. Ya sé que ha invitado también a Steve y Daphne.

David respiró hondo. Sabía lo que ocurría, pero no podía contárselo a Meg.

—Lo siento —dijo.

La joven se esforzó por olvidar las cosas dolorosas que le dijera Steve en su último encuentro.

—¿Por qué? —preguntó, aparentando calma—. A mí no me importa.

—¿Seguro?

Meg lo miró a los ojos.

—¿Y qué pasaría si me importara? ¿De qué serviría? Yo me fui hace cuatro años. Pude haberme quedado aquí y afrontar la situación. Pero dejé que me manipularan y lo tiré todo por la borda. ¿No lo comprendes? No me di cuenta del daño que le hacía —se volvió, esforzándose por controlar las lágrimas—. Además, él ya ha tomado una decisión y le deseo suerte. Estoy segura de que Daphne hará todo lo posible por hacerlo feliz. Hace mucho tiempo que lo quiere.

—Eso es cierto —asintió su hermano—. Pero él no la ama. No la ha amado nunca. Si la hubiera amado, se habría casado con ella hace tiempo.

—A lo mejor sí. Pero también pueden haber cambiado ahora sus sentimientos hacía ella.

—Si vieras cómo la- trata en la oficina, no dirías eso. La relación entre ellos es estrictamente laboral. Jamás he sorprendido una mirada amorosa entre ellos.

—Sí, pero tú dijiste que algo había cambiado cuando la despidió.

David sonrió.

—Es cierto.

Meg se volvió hacia las escaleras.

—No importa; pronto me iré a Nueva York.

—Hermanita —susurró él con suavidad—. ¿Puedo ayudarte de algún modo?

La joven negó con la cabeza.

—Gracias de todos modos. Muchas gracias, David.

—Yo creía que con el tiempo podrías olvidarte de él.

Meg observó su mano, apoyada sobre la barandilla.

—Lo he intentado —dijo temblorosa. Respiró hondo—. Me

queda el baile, David. Eso me compensará.

El joven la observó subir las escaleras con la terrible certeza de que el ballet no la compensaría por una vida sin Steve. Su tobillo no mejoraba y ella debía saberlo. Pero también debía saber que Steve no iba a admitir lo que sentía por ella. Había sufrido demasiado. David movió la cabeza y subió a vestirse a su cuarto.

La limusina llegó puntual. Meg no tenía muchos vestidos elegantes, pero en una ocasión había comprado uno para un banquete. Se lo puso aquel día. Era un vestido de cóctel de crepé negro sin mangas, con falda de vuelo y cuerpo de encaje. David la miró con extrañeza cuando la vio bajar.

—Ahmed se va a desmayar -dijo.

Meg se echó a reír. Se tocó el peinado que le había costado media hora arreglar. Pequeños mechones rubios rozaban su cuello largo y elegante.

—Espero que no —murmuró—. No es muy descocado, sólo lo parece. Cuando lo llevé en Nueva York, causó sensación.

—Esto no es Nueva York y Steven se va a subir por las paredes.

—Pues que haga lo que quiera —musitó ella.

David dejó de intentar razonar con ella. Pero sí la convenció de que añadiera una mantilla de encaje negro al traje, con el argumento de que Steve podía descargar su rabia con él en lugar de con ella.

La limusina era muy cómoda, pero Meg tenía la extraña sensación de que alguien la observaba. Miró por la ventanilla de atrás y vio que los seguía no un coche, sino dos.

—¿Quién hay en el segundo coche? —murmuró.

—No hagas preguntas —sonrió David—, A lo mejor es la Mafia.

—Eres insoportable, David.

—Tú eres mi hermana —replicó él—, ¿Qué eres tú, en ese caso?

La joven levantó los brazos en ademán de rendición y reclinó la cabeza contra el asiento.

Llevaba toda la semana temiendo aquella velada. Pero, cuando Ahmed se marchara, ya no tendría que volver a salir con Steve. Podía evitarlo hasta que regresara a Nueva York. Mientras tanto, si el verlo con Daphne le arrancaba el corazón, nadie lo sabría aparte de ella.

Capítulo 6

La reacción de Steven al vestido negro fue peor todavía que la que tuvo ante el rojo. Meg recordó demasiado tarde que el vestido que llevaba la noche en que se separaron era también negro.

Después de una cena deliciosa pero tensa, la joven salió hacia el vestíbulo de entrada mientras los hombres pagaban la cuenta.

Daphne, que parecía incómoda, se excusó. Meg asintió con la cabeza y se quedó donde estaba. No tenía intención de acompañar al lavabo a su rival. Desgraciadamente, Ahmed y David se excusaron también y ella se quedó a solas con Steve, que estaba que echaba humo.

—¿Lo has hecho deliberadamente? —le preguntó, indicando el vestido.

La joven no se molestó en fingir ignorancia. Se apretó más la mantilla en torno a los hombros.

—No —replicó—. En absoluto.

Steven se apoyó contra la pared y la miró, ignorando las idas y venidas de otros clientes. El rumor de conversaciones era elevado, pero ninguno de los dos se dio cuenta.

—La noche que nos peleamos también vestías de negro —la miró a los ojos—. Tú me dejaste desnudarle y tocarte —su rostro se endureció—. ¡Dios mío! Te gusta torturarme, ¿verdad?

—No lo he hecho a propósito —dijo ella con tristeza—. ¿Por que siempre piensas lo peor de mi?

—Porque casi siempre tengo razón al hacerlo —repuso él entre dientes. Apartó los ojos para mirar la puerta por la que habían desaparecido los demás—, ¡Malditos sean por dejarnos solos!

Su rabia resultaba muy expresiva. Meg se acercó a él, incapaz de resistir el magnetismo de su poder. Seguía llevando la misma

colonia que en el pasado. La joven inhaló y lo miró a los ojos.

Los ojos de él se oscurecieron obligándola a detenerse. Meg no se había dado cuenta de lo que hacía.

—¿Te sientes aventurera? —preguntó con una sonrisa fría—. No te atrevas.

La joven apretó su bolso con fuerza. —No hago nada. Sólo quería apartarme del paso de los demás.

—¿En serio? —tendió una mano y la cogió por el brazo—. Mírame.

Meg tiró para soltarse, pero no lo consiguió. La fuerza de él la asustó.

—¡Steven, por favor! —susurró. —En otro tiempo estabas deseando quedarte a solas conmigo —dijo él entre dientes—. Entonces te temblaban las manos al desabrocharme la camisa. ¿Bailar te hace igual de feliz, Meg? —preguntó—. ¿Te hace llorar de deseo?

La joven gimió contra su voluntad. Apartó el brazo y echó a andar deprisa en busca de su hermano. Lo encontró ya en la puerta. —¿Nos vamos? —preguntó él. —¿Dónde está Ahmed? —Ahora mismo sale.

Mientras hablaba, salió Ahmed por otra puerta. Lo acompañaba otro hombre, más pequeño y que parecía nervioso. Gesticulaba al hablar con Ahmed en un idioma que la joven no comprendió.

El más pequeño parecía estar aplacándolo. Hizo un gesto con el que quería abarcar toda la estancia y se alejó con rapidez.

Ahmed murmuró algo y sus ojos negros adoptaron un momento una expresión de crueldad. Se volvió hacia ellos y su expresión desapareció al ver el rostro de Meg. Volvía a ser el hombre que ella conocía: sonriente, seductor, impertérrito.

Se acercó a ella y le besó la mano.

—Ah, mi encantadora bailarina. ¿Lista para el teatro?

—Desde luego —sonrió la joven.

—Llamaré al chófer.

—Yo lo ayudaré —dijo David, nervioso, mirando a Steven por encima de la cabeza de su hermana.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Meg con curiosidad.

—Un problema con el coche —dijo Steven con suavidad, sonriendo a Daphne, que se cogió de su brazo—. ¿Vamos, señoras?

Estaban ya en la acera cuando ocurrió todo. Cuando Steven se alejaba de las mujeres para seguir a Ahmed y a David al otro lado de la calle, donde estaba aparcada la limusina, un coche pasó a su lado y varios disparos rompieron el silencio de la noche.

Pareció que lodo ocurría a cámara lenta. El coche aceleró y Steve cayó al suelo. Ahmed se arrodilló a su lado e indicó a los demás que volvieran al restaurante.

Daphne lanzó un grito. David la cogió del brazo y corrió con ella hacia el edificio, gritándole a Meg que los siguiera. Pero la joven no tenía esa intención; el terror le daba fuerzas que no sabía que tuviera. Corrió hacia Steve, ignorando las maldiciones que el hombre le lanzó al verla acercarse.

—Vuelve dentro, idiota —gritó con furia—, ¡Meg, por el amor de Dios!

La joven no percibió el terror que expresaban las palabras de él.

—Te han herido —sollozó. Le tocó el brazo, del que brotaba sangre—. ¡Steven!

—¡Oh, Dios mío, llévesela de aquí! —le gritó él a Ahmed—. ¡Cúbranse los dos! ¡Deprisa!

Pero Ahmed no se movió y Meg tampoco.

—¡No! —susurró—. Si vuelven, tendrán que matarnos a los dos —exclamó, temblorosa.

El ruido de las sirenas apagó la respuesta de él. La miró atónito mientras Ahmed se ponía en pie de un salto y observaba la zona que los rodeaba. Convencido de que no había otros asesinos a la vista, murmuró algo a Steve y se acercó hacia dos hombres, un moreno y uno rubio, que avanzaban hacia él entre la multitud que empezaba a concentrarse. A Meg le dio un vuelco el corazón al ver que los dos hombres llevaban una pistola en la mano, pero Ahmed parecía conocerlos y se dejó acompañar por ellos.

La joven se sentó en la acera al lado de Steve y le cogió la mano mientras el personal de la ambulancia le vendaba el brazo, cuya herida era sólo superficial. El rostro pálido y los ojos asustados de la joven le dijeron cosas que su boca no habría podido pronunciar nunca. El nombre le apretó la mano y la observó fascinado mientras le curaban la herida.

—Estoy bien —dijo con suavidad.

—Lo sé.

—Será mejor sacarlo de aquí—dijo el oficial—. No se preocupe. Lo seguiremos —le dijo a Steve—. Señorita, venga conmigo.

—No —movió la cabeza con energía—. Donde él vaya, voy yo.

El policía sonrió y se apartó.

—No te vuelvas posesiva, señorita Shannon —comentó Steven sin sonreír—. No te pertenezco.

Meg comenzó a darse cuenta de su modo posesivo de actuar y se ruborizó.

—Lo siento. Olvidaba que Daphne...

Steven apartó la vista.

—Ha sido todo muy imprevisto. No pasa nada —se puso en pie tambaleante—. Vete con los demás —le dijo. Al ver que vacilaba, la miró con ojos chispeantes—. ¿Quieres hacer el favor de decirle a Daphne que venga?

—Desde luego —musitó ella—. Lo haré.

Se sentía muy desgraciada. Acababa de revelar lo que sentía y a él no le importaba nada. Todavía seguía guardándole rencor por las viejas heridas. ¿Cómo podía ella haberlo olvidado?

Steven fue a decir algo, pero ella se alejaba ya. El hombre sintió que el corazón le iba a estallar en el pecho. No podía contarle lo que ocurría. Estaría más segura si no lo sabía.

—Steven quiere que vayas con él —dijo Meg a Daphne sin mirarla—. Está en la ambulancia.

—¿Pero no deberías ir tú? —preguntó la otra, vacilante.

Meg la miró.

—Ha pedido que vayas tú —musitó temblorosa—. Ve, por favor.

Daphne hizo una mueca y se alejó, pero había una expresión nueva en su rostro, y no era de alegría. Pasó al lado de uno de los dos hombres que se habían llevado a Ahmed y le lanzó una sonrisa misteriosa. El policía la miró un momento; su compañero hizo entonces un comentario y apartó la vista.

Meg los observó con curiosidad hasta que su hermano interrumpió sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó David.

—Sí —se acercó al árabe—. ¿Está usted bien, Ahmed? Con la confusión, supongo que me he portado como una tonta.

—No. Sólo como una mujer enamorada —repuso él con gentileza. Sonrió—. Estoy bien. Parece que Alá me protege. No

tengo ni un rasguño. Pero no me gustaría que hubieran matado a mi amigo Steve por mi causa.

—Se pondrá bien —intervino David—, Nos están esperando.

—Supongo que ninguno de los dos querrá explicarme lo que ocurre, ¿verdad? —preguntó Meg cuando estuvieron instalados en el coche policial que seguía a la ambulancia.

David se quedó un momento pensativo.

—Hemos vendido unos aviones muy sofisticados al país de Ahmed. Tienen un vecino hostil menos rico y ha habido algunas amenazas. Hay agentes del Gobierno vigilándolos, pero esta noche han decidido actuar. Quieren dejar claras sus protestas.

—¿Quiere decir que han intentado matar a Steve porque usted ha comprado un avión? —preguntó la joven, volviéndose hacia Ahmed.

El árabe hizo una mueca. Intercambió una mirada con David y se encogió de hombros.

—Ah, más o menos. Es más complejo que todo eso, claro, pero es así.

—Han intentado matar a Steve. ¡Oh, Dios mío! —exclamó ella.

—Así es —comentó David, con una mueca. No era la verdad completa, pero no podía contárselo todo.

—¿Steve tiene protección del Gobierno? —preguntó ella.

—Por supuesto.

Ahmed señaló sobre su hombro y Meg vio un coche negro que los seguía a ellos y a la ambulancia donde iban Steven y Daphne.

—¿Quiénes son? —preguntó nerviosa.

—La C.I.A. —dijo David—, Nos están vigilando, pero nadie podía haber previsto lo de esta noche.

Aunque a partir de ahora, incrementarán la vigilancia. Sus cámaras captarán hasta el menor estornudo.

—¡Bromeas! —musitó la joven.

—¡Jesús! —exclamó una voz en la radio del coche policial.

Examinaron a Steven, le pusieron la inyección del tétanos y le dieron el alta. Luego llevaron a todos a una comisaría de policía, donde dos hombres altos, los mismos que habían rodeado a Ahmed después del tiroteo, comenzaron a hacerles preguntas a todos menos a Ahmed. Este había sido recibido por otro grupo de árabes que lo rodearon con grandes muestras de respeto y entraron con él en otra

habitación, y a Meg no se le ocurrió preguntarse por qué si la víctima había sido Steve, los agentes del Gobierno habían corrido a proteger a Ahmed.

Mientras hablaba con su gente, el árabe parecía de nuevo alguien más importante que un simple enviado de un pequeño país del Oriente Medio. Su expresión cambió cuando se acercaron a él los otros y no sólo pareció más solemne, sino casi implacable. Sus ojos negros, que Meg siempre había visto sonrientes, adoptaron una expresión helada y amenazadora. Hablaba con frases breves y sucintas que los demás árabes recibían con muecas y algo parecido al miedo.

Meg frunció el ceño al verlos, pero un miembro de la C.I.A. la distrajo de su contemplación.

—¿Es usted residente permanente de Wichita? —le preguntó el agente rubio.

La joven negó con la cabeza.

—No. Vivo y trabajo en Nueva York. He tenido una lesión...

—Tobillo izquierdo, problemas de ligamentos, fisioterapia y descanso durante una semana más —terminó en su lugar el agente moreno y alto.

Meg abrió la boca y se inclinó hacia adelante.

—¡Jesús! —dijo él con un guiño de malicia.

David se echó a reír.

—Meg, espero que no tengas nada que ocultar.

La joven recordó la noche en el coche de Steve y se ruborizó. No se atrevió a mirarlo, pero el agente moreno apretó los labios y apartó la cabeza con deliberación. Meg creyó que iba a desmayarse.

Les hicieron algunas preguntas más, les dieron unas cuantas instrucciones y después les permitieron marcharse.

Cuando salieron, Ahmed estaba en el vestíbulo con los demás árabes. Los agentes del Gobierno lo saludaron con respeto y todos empezaron a conversar juntos. Ahmed asintió, dijo algo en árabe a sus compañeros y se acercó a despedirse de sus amigos.

Dejó a Meg para el final. Le cogió la mano entre las suyas y la tranquila autoridad de sus facciones la sobresaltó. Aquél no era el hombre encantador y amistoso que conocía. Había un cambio en él que no podía definir.

—Espero que la velada no haya sido demasiado tensa para

usted, señorita. Confío en volver a verla pronto y en circunstancias distintas. Adiós.

Le besó la mano, saludó con la cabeza a Steve y David y volvió con sus hombres. Estos lo rodearon y salieron con él al exterior seguidos por el agente moreno.

Meg no sabía qué pensar. Tuvo que morderse la lengua para no hacer preguntas. Pero no tardó en concentrar su preocupación en Steve. Sus ojos se posaron en el grupo que formaba con Daphne y el agente rubio.

—Cogerán a los hombres que han intentado matarlo, ¿verdad? —le preguntó a David.

—Claro que sí. No te preocupes —vio que iba a hacer más preguntas y levantó una mano para detenerla—. Ha sido una herida superficial. Todo va bien.

—¿Qué es lo que le ha vendido a Ahmed? —preguntó ella.

—Un avión de combate muy moderno. Lo último en tecnología. El Gobierno lo aprueba porque somos aliados de la nación de Ahmed, que tiene una situación muy estratégica.

—Pero, si querían impedir la venta, ¿por qué han disparado contra Steve?

—Probablemente han disparado contra los dos, pero le han dado a él.

La joven se relajó un poco.

—¿Pero y si vuelven a intentarlo? —preguntó.

—Ya te he dicho que los dos estarán rodeados por agentes del Gobierno.

—¿Y no intentarán sacar ahora a Ahmed del país?

David hizo una mueca.

—No lo sé. Tranquilízate, Meg. Trata de no preocuparte demasiado. Todo está controlado, créeme.

Meg se rindió al fin. Su hermano parecía ya menos preocupado y no tenía más remedio que aceptar que Steve estaría protegido de futuros ataques.

David, sin embargo, temblaba por dentro. Lo que les había dicho la C.I.A. a Steve y a él era suficiente para aterrorizar a cualquiera. Ahmed no podía irse a su país todavía y, mientras estuviera en Wichita, correría un peligro mortal. El asunto era mucho más serio que una simple protesta por una venta de armas. En el país de

Ahmed había un golpe militar en marcha y sus dirigentes lo habían condenado a muerte.

Su posición era alto secreto, así que Meg no podía enterarse. Sólo lo sabía Daphne a causa de su relación con Wayne Hicks, el agente rubio de la C.I.A. La secretaria hacía en realidad de vínculo entre los agentes y Ahmed. Era una situación comprometida, llena de secretos. Meg miró a Steven. —¿Te pondrás bien? —le preguntó. —Soy indestructible —dijo él—. Sólo necesitaba una venda. Creo que será mejor que acompañe a Daphne a casa —añadió.

—Gracias —musitó la aludida, sonriéndole.

Meg apartó la vista para no tener que ver la expresión de los otros dos. Sentía que se le rompía el corazón.

Sonrió con esfuerzo y cogió a David del brazo.

—En ese caso, nosotros también nos iremos a casa. Buenas noches.

David cogió un taxi en la puerta. Al parecer, Daphne iría en el Jaguar de Steve.

Meg se sentó en silencio en el taxi, tratando de asimilar todavía los violentos sucesos de aquella noche. Los disparos, la herida de Steve, la increíble transformación de Ahmed, la policía, los agentes del Gobierno, el hospital... Todo se fundía en una mezcla borrosa. Cerró los ojos. Daphne había ganado la partida y lo único que le quedaba por hacer era cederle el campo una vez más. Si Steve la hubiera amado, se habría quedado a luchar. Pero no era así. ¿Acaso no había dejado claro que prefería a Daphne?

Antes siempre había contado con el santuario de su apartamento de Nueva York para esconderse. Pero con el tobillo en aquellas condiciones, sabía que pasaría mucho tiempo antes de que estuviera en condiciones de volver a bailar. Tenía que empezar a pensar en una profesión nueva. Si no podía bailar, no le quedaba más remedio que encontrar otro modo de ganarse la vida. Una escuela de ballet sería el modo ideal. Había estudiado ballet durante toda su vida. Sabía que podía enseñarlo. Lo único que necesitaba era un préstamo pequeño, un estudio y la voluntad de tener éxito.

El problema era que tendría que ser en Wichita. Nueva York estaba llena de escuelas de ballet y alquilar allí una propiedad costaba una fortuna. Nunca podría pagar un estudio allí. En Wichita, por otra parle, era conocida en ciertos círculos aunque la

familia ya no fuera rica. Sus raíces se remontaban a cuatro generaciones atrás. Lo malo era que tendría que ver a Steven de vez en cuando, pero quizá consiguiera endurecer su corazón.

Mientras tanto, Steven y David estarían a salvo con la vigilancia de los hombres de la C.I.A. Y, por supuesto, sacarían a Ahmed del país.

¿Pero y ella? Sería como volver a perder a Steven de nuevo y no sabía si podría soportarlo.

Meg se acostó, pero no consiguió dormir. Steve había acompañado a Daphne a su casa. Se vio atormentada por imágenes íntimas de los dos. No podía soportarlo.

El viernes por la noche no durmió nada y el sábado estuvo triste y ausente. Trabajó en sus ejercicios, pero su falta de progreso sólo consiguió deprimirla más. El sábado por la noche, al ver que no podía dormir tampoco, se levantó y decidió bajar a la cocina a tomar una taza de cacao caliente. Tal vez eso la ayudara a conciliar el sueño.

Abrió la puerta y oyó un ruido abajo. Su primera idea fue que podía tratarse de un ladrón, pero las luces estaban encendidas.

Se acercó a la barandilla y se inclinó. David, en el vestíbulo, se estaba poniendo una gabardina.

—¿David? —lo llamó, sorprendida.

El joven levantó la vista hacia ella. Tenía un maletín en la mano.

—Creí que estabas dormida.

—No puedo dormir.

—Lo sé. Bueno, tengo que llevarle esto a Ahmed.

—¡Pero es medianoche!

—Ahmed no se fija en pequeñeces como la hora. Y antes de que empieces a preocuparte, te recuerdo que tengo guardaespaldas fuera. Intenta dormir, ¿vale?

Meg suspiró.

—Vale. Ten cuidado.

—Lo tendré.

La joven regresó a su cuarto. Oyó la puerta cerrarse dos veces y el coche de David alejarse. Le pareció extraño que se cerrara dos veces la puerta, pero estaba adormilada y no le dio demasiada importancia.

Se miró en el espejo, ataviada con el ligero camisón que le

llegaba sólo hasta los muslos. Decidió que estaba muy seductora con el cabello suelto. Suspiró.

—Una lástima que tu pelo no sea rubio platino —le dijo a su imagen—. Y tus piernas son demasiado largas.

Se hizo una mueca en el espejo; abrió la puerta y bajó las escaleras. Una taza de cacao caliente la ayudaría a dormir.

Al entrar en la cocina, bostezaba. Pero se quedó inmóvil al ver al hombre que estaba allí de pie, mirándola como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—¡Steven! —exclamó.

El hombre iba vestido con una chaqueta azul de sport y pantalones oscuros, camisa blanca y corbata azul de rayas. En su brazo izquierdo no se apreciaba ningún bulto. Ya no llevaba venda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Miró a su alrededor—, Y recuerda que no debes estornudar. Probablemente han puesto cámaras por todas partes. ¡Oh, Dios mío! —añadió al comprender que iba en camisón y recordar la sonrisa de malicia del agente moreno.

—Aquí no hay cámaras ocultas —replicó él—, ¿Por qué iba a haberlas? —entrecerró los ojos—, Y menos mal, porque no quiero que nadie más te vea así.

—¿Sólo tú? —se burló ella—. Guárdate eso para Daphne, querido. ¿Qué buscas aquí? David ha salido.

—Lo sé. Tengo que cuidar de ti mientras está fuera. Estás pensando acortar tu visita y volver pronto a Nueva York, ¿verdad? —preguntó con brusquedad.

Meg no quería responder a aquello. Aquella mañana el tobillo le había dolido más a causa del ejercicio de la noche anterior. Apenas si podía andar y la sola idea de bailar le daba náuseas.

—¿Me estás pidiendo que me marche? —preguntó a su vez.

—No. Al contrario —se metió las manos en los bolsillos—. Creo que sería mejor que te quedaras en Wichita. Pero no salgas sin David, por favor.

—Te dispararon a ti, no a mí —le recordó ella.

Tuvo que reprimir la oleada de miedo que la embargó al pronunciar aquellas palabras. ¡Podían haberlo matado! No se atrevía a pensar demasiado en aquello.

—Estás bien, ¿verdad? —preguntó de mala gana.

—Sí, estoy bien.

Percibió la preocupación de Meg, pero no quiso profundizar mucho en ella. La joven lo había amado una vez, o había creído amarlo, antes de decidir que el baile era más importante para ella. La miró con un deseo creciente. Vestida de aquel modo, lo excitaba casi más de lo que podía soportar. No sabía si podría controlar su deseo. Aquel camisón era demasiado revelador.

La joven se miró los pies descalzos. —Me alegro de que no Le pasara nada. Steven no replicó. Cuando ella levantó la vista, se encontró los ojos de él clavados en su pecho. Su mirada expresaba deseo, necesidad. Casi podía sentir cómo se aceleraban los latidos de su corazón. —No, Steve —dijo con calma.

—Si yo no, entonces, ¿quién? —preguntó él, avanzando hacia ella—. Tú no te entregarás a nadie más. Tienes veintitrés años y sigues virgen. Meg se mordió el labio inferior. —Me gusta seguir así —dijo con voz temblorosa. El hombre estaba ya muy cerca. Podía sentir el calor de su cuerpo, oler la colonia que usaba. Era una fragancia que siempre había relacionado con él y que la excitaba por sí sola.

—Tonterías. Me esperabas a mí. Todavía me esperas —bajó los ojos hasta el escote de ella y vio que estaba excitada—. Ni siquiera puedes ocultarlo —se burló con voz ronca—. Sólo tengo que mirarte o ponerme a tu lado y tu cuerpo empieza a hincharse de deseo.

Meg tragó saliva.

—No me humilles —susurró.

—No era eso lo que pretendía.

Sacó las manos de los bolsillos y le acarició con lentitud la curva de los hombros. Le besó la sien, la nariz, la boca. La joven lo deseaba con todas las células de su cuerpo.

—Steve -musitó-. Steve, ¿qué hay de Daphne?

—¿Qué Daphne? —susurró él.

La besó en la boca y movió las manos con brusquedad, bajándole el camisón hasta los pies con un solo movimiento.

Capítulo 7

El bien y el mal no existían ya por separado en la mente atormentada de Steve. Meg lo deseaba y él la deseaba a ella. Todo el dolor y la angustia de los últimos cuatro años se fundieron en ese único pensamiento. La besó hasta que ella quedó inerme en sus brazos, hasta que su cuerpo entero se puso rígido de deseo. Y sólo entonces levantó la cabeza para ver lo que sus manos habían dejado al descubierto.

Meg sintió el impacto de los ojos de Steve sobre sus senos desnudos como una caricia ardiente. Se quedó de pie delante de él, ataviada sólo con unas braguitas minúsculas e insegura en su desnudez. Pero cuando levantó las manos en un movimiento automático, él le cogió las muñecas y las llevó hasta su pecho.

—No te escondas de mí —dijo con suavidad. Sus ojos cayeron sobre el cuerpo de ella—. Eres más hermosa que un desnudo de Boticelli —murmuró.

—Te olvidas de Daphne —musitó ella.

—No hables, Meg —replicó él con voz profunda—. Hablar no conduce a ninguna parte.

—Steven, no debes...

—Oh, sí debo —abrió la boca justo encima del pezón erecto de ella—. Sí debo.

Meg sintió el contacto de su lengua un segundo antes de la suave succión que introdujo su seno derecho en la oscura cavidad de la boca de él.

Steve la oyó dar un respingo y sintió que todo su cuerpo se ponía rígido, pero no se detuvo. La acarició con gentileza e incrementó la presión. Un ligero sonido brotó de los labios de ella y luego se acercó más a él. El hombre gimió mientras sus manos le

acariciaban la espalda y la atraían contra su cuerpo excitado.

Meg había dejado de pensar por completo. El ansia insistente de la boca de él hacía temblar su cuerpo de un modo increíble. Aplastó la cabeza morena del hombre contra su cuerpo, recreándose en su abrazo. Sentía como si estuviera flotando.

Steve se arrodilló y se sentó en el suelo sin soltar su pecho. La sentó sobre él, separando sus piernas de modo que quedaran cadera contra cadera. Su boca se movió al otro pecho y finalmente a la garganta antes de llegar a sus labios. La besó con pasión, sin dejar de explorar su cuerpo con manos firmes. Susurró cosas que ella no podía oír. Y luego la movió ligeramente y ella sintió su cuerpo empezar a balancearse sensualmente contra el de ella.

Dio un respingo y se puso tensa, porque ni siquiera sus momentos más íntimos habían alcanzado nunca aquella intimidad.

Steven levantó la cabeza. Sus ojos plateados estaban húmedos de deseo. Se movió despacio, de modo que ella lo sintiera íntimamente y una ola de placer recorrió el cuerpo de la joven, cuyos ojos no pudieron ver la sorpresa maravillada de él. El hombre sonrió despacio y volvió a moverse. Aquella vez, las manos de ella se aferraron a sus hombros y se relajó.

La mano de él resbaló por su muslo, recorriendo su curva. Meg vio su boca un segundo antes de que se posara de nuevo sobre la de ella. La tocó como no la había tocado nunca y unas oleadas de placer recorrieron su cuerpo. Trató de protestar, pero era demasiado tarde. Comenzó a gemir.

La lengua de él se mezcló con la de ella. Meg sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se arqueó desesperadamente hacia él. Sintió la boca de él en sus pechos, poseyéndola. La acarició hasta que lloró de deseo impotente y empezó a suplicarle.

Sus súplicas roncas, combinadas con el movimiento sensual de su cuerpo sobre el de él, le hicieron olvidar la realidad lo suficiente para que le resultara imposible volverse atrás. La besó. Le mordió el labio inferior y la sintió moverse; oyó rasgarse sus braguitas y sintió el aire en el cuerpo de ella. Meg oyó el ruido de una cremallera, el sonido metálico de un cinturón.

Steven la colocó de modo que quedara sentada con las piernas a ambos lados de él. La joven oyó su respiración jadeante mientras las manos de él le cogían los muslos desnudos para incorporarla.

—Despacio —susurró, al bajarla sobre él.

Meg dispuso de un segundo para maravillarse de la tuerza de su abrazo y luego la boca de él se abrió sobre la suya y sintió la primera embestida del hombre contra el velo de su inocencia.

Abrió los ojos. Sintió un dolor agudo y dio un grito. Steve la sujetó con firmeza, jadeante. Su rostro estaba rígido, tenía los dientes apretados y respiraba por la nariz de modo audible. Miró los ojos asustados de ella y volvió a bajarla sobre él.

—No tengas miedo —susurró—. Sólo te dolerá unos segundos.

—Pero... —musitó ella, buscando palabras para protestar por lo que estaba ocurriendo.

—Déjame amarte —dijo él. tembloroso. Su rostro estaba atormentado y sus ojos brillaban como ascuas—. ¡Déjame! ¡Déjame!

La joven sabía que le habría sido imposible detenerse. Ella lo amaba y eso era lo único que importaba en aquel momento. Cedió y soportó el dolor con las manos fijas en los hombros de él.

—Sólo un poco más, Meg —gimió él.

Cerró los ojos y se estremeció. Luego volvió a abrirlos y repitió el movimiento lento y deliberado de sus caderas hasta que su posesión de la joven fue completa y unas gotas de sudor cubrieron su frente. Entonces descansó, con su cuerpo unido íntimamente al de ella, y apartó con gentileza el pelo de su rostro.

Meg tragó saliva. Sus ojos expresaban una mezcla de admiración, dolor y duda.

—He esperado mucho tiempo —dijo él, tembloroso—. Llevo toda mi vida esperando esto. A ti.

Los dedos de ella temblaron sobre su camisa.

—Steve, eres parte de mí—musitó.

El hombre se ruborizó.

—Sí. Ábreme la camisa, Meg. Déjame sentir tus pechos sobre mi piel mientras nos amamos.

Meg pensó que debía estar loca. Pero había ido demasiado lejos para detenerse. Sus manos se debatieron con la corbata de él, con su chaqueta y su camisa. Le costó trabajo, pero al fin consiguió quitárselo todo.

Acarició la espesa mata de vello que lo cubría desde el cuello hasta la cintura. Bajó la vista y lo miró temblando. Las manos fuertes de él la izaron un poco, sonriendo al ver la expresión de su

rostro.

—Steve...

La besó en los labios con exquisita ternura y comenzó a mover de nuevo sus caderas. Aquella vez no sintió ningún dolor, sino un placer débil que comenzó a crecer, a envolverla. Día un respingo y le clavó las uñas en los hombros.

—¿Así? —susurró él. Volvió a moverse.

Meg sollozó en su hombro, abriendo la boca contra su cuello, abrazándose a él a medida que él aumentaba el ritmo y la presión de su cuerpo.

—Tranquila —dijo él—. Así.

La imagen de él se hizo borrosa a medida que el placer se volvía violento, insistente. Steve la levantó una vez más y los dos se movieron juntos buscando algo que ella no podía definir. Su fuerza la abandonó, pero él siguió imperturbable.

—Ayúdame —susurró ella.

—Dime lo que sientes —susurró él a su vez—. Dímelo.

—Es tan maravilloso que no puedo soportarlo.

—Yo tampoco —apretó los muslos de ella casi hasta hacerle daño y se dejó ir—. ¡Meg! ¡Meg!

La joven lo notó ponerse rígido justo antes de que su mente se viera inundada por una ola de placer desconocido. Pensó con extrañe/a que se parecía al dolor. Un dolor dulce e insoportable que la golpeaba como un rayo, haciéndola gritar. No sabía si podría soportarlo y seguir con vida.

A Steven le latía con fuerza el corazón. La joven sentía los latidos contra su pecho, percibía su pulso al depositarla hacia atrás, unido todavía a ella. Se relajó y se esforzó por respirar con normalidad. La intimidad de su postura iba más allá de sus sueños más locos. Cerró los ojos para experimentarla en todas las células de su cuerpo.

A Steven le costaba trabajo creer lo que había hecho. La oleada de placer casi lo había dejado sin sentido. La deseaba tanto, que ni siquiera se había desnudado por completo. La había poseído sentado sobre la alfombra cuando su primera vez juntos debería haber sido en la cama, en su noche de bodas, con todo arreglado entre ellos. Peor aún, ni siquiera se había molestado en utilizar ningún tipo de protección. Lanzó un gemido. —¡Oh, diablos!

Se apartó de ella y se incorporó tembloroso. Se abrochó los pantalones con un movimiento de rabia antes de sacar un cigarrillo del bolsillo de su camisa y encenderlo. Se puso la camisa. No miró a Meg, que había conseguido volver a ponerse el camisón con manos temblorosas.

Steve se fumó la mitad del cigarrillo antes de apagarlo en un cenicero que había en la mesa. Antes de hablar, se abrochó la camisa y se puso la corbata y la chaqueta.

Para entonces, Meg estaba sentada en el borde del sofá; se sentía incómoda y avergonzada.

Steve se acercó a ella, buscando las palabras adecuadas. Una tarea imposible. No había ninguna que pudiera excusar lo que acababa de hacer.

—Te dolerá un rato —dijo con voz tensa—. Siento no haber podido ahorrarte el dolor.

La joven se estremeció, pero no dijo nada. El hombre se arrodilló delante de ella, con la manos en el sofá, a su lado.

—Meg —dijo con voz ronca—. No pasa nada. No tienes nada de lo que avergonzarle.

—¿En serio? —unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Oh, cariño —gimió él.

La cogió en sus brazos y se sentó sobre la alfombra, apretándola contra sí.

—No llores.

—Soy una mujer fácil.

—No es cierto —levantó la cabeza y la miró a los ojos—. Hemos hecho el amor, ¿tan terrible es eso? Si no me hubiera vuelto loco ni te hubiera espantado hace cuatro años, esto habría ocurrido hace mucho tiempo y tú lo sabes.

Meg no podía negar aquello. Sólo decía la verdad.

—¡Se lo dirás a Daphne? —preguntó.

—No, no se lo diré a Daphne —replicó él—. No es asunto suyo. No le importa a nadie, excepto a nosotros dos.

La joven seguía sintiéndose desgraciada, pero parte del dolor empezaba a desaparecer. Cerró los ojos y deseó no tener que volver a moverse nunca. Steve era cálido y fuerte y le parecía maravilloso estar allí abrazada a él. Lo que había ocurrido estaba bien.

La mano de él acarició el vientre plano de ella. Se apartó un

poco y lo miró con rostro preocupado.

Meg sabía lo que estaba pensando. A ella también se le había ocurrido.

—No has usado nada —susurró.

—Lo sé. Soy un estúpido; te deseaba demasiado para, preocuparme por eso —la miró e hizo una mueca—Lo siento. He sido un irresponsable. Perdóname.

Los ojos azules de ella observaron su rostro moreno.

—¿En qué piensas? —preguntó él con curiosidad.

—Tú eres hijo único —dijo ella—. ¿Tu padre tuvo hermanas?

El hombre negó con la cabeza. Sonrió.

—Somos una familia de varones. ¿Es eso lo que querías saber?

La joven asintió con la cabeza.

La mano de él apretó un segundo su vientre.

—Un niño te costaría tu carrera —dijo.

Meg lo miró.

—¿Y no crees que mi tobillo también me la costará?

Steven la miró sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

Meg decidió olvidar toda cautela. Había llegado el momento de ser sincera costara lo que costara.

—Me duele con sólo andar. Está hinchado. Han pasado semanas y no mejora. Los ensayos empiezan la semana que viene, pero yo no seré capaz de bailar. No por mucho tiempo. A lo mejor nunca más.

Steve no se movió. Sus ojos recorrieron el rostro de ella, pero no dijo nada.

La joven lo miró con tristeza.

—¿Qué pasará con tu relación con Daphne si me quedo embarazada? Arruinaría tu futuro —suspiró—. Oh, Steve, ¿por qué tiene que ser la vida tan complicada?

—Normalmente no lo es.

—Pues ahora sí—se mordió el labio inferior—, ¿Tú querrías un niño?

A Steve le dio un vuelco el corazón. Un niño. Un vínculo con Meg que nada podría romper. La idea le encantó.

Pero no respondió de inmediato y ella temió lo peor. Tuvo que reprimir unas lágrimas.

—Comprendo —musitó—. Supongo que querrías que fuera a una

clínica y...

—No.

—¿No querrías eso?

—Claro que no —repuso él cortante. La miró a los ojos—. ¡Ni lo pienses siquiera! Te juro que si haces algo así...

—No lo haría nunca —replicó ella—. Eso es lo que iba a decirte. Que no podría.

Steven se relajó. Le acarició la mejilla y apartó el pelo de su rostro.

—Vale. No lo hagas jamás. La gente que no quiere niños debería pensarlo antes de hacerlos. —Como nosotros ahora. El hombre enarcó una ceja. —Exacto.

Meg se relajó más. Steve parecía menos rígido y austero.

—Yo podría haber dicho algo. —Claro que sí. ¿Y cuándo has pensado exactamente en decirlo?

La joven se ruborizó y bajó la vista.

—A mí también se me ha ocurrido tarde —musitó él—. Ha sido muy intenso, ¿verdad? Para ti también.

—Hacía mucho tiempo que te deseaba —confesó ella.

—Y yo a ti —respiró hondo—. Bueno, ya está hecho. Ahora tenemos que vivir con ello. Sacaré tu anillo de la caja fuerte y te lo traeré. Estamos oficialmente prometidos.

—¿Pero y Daphne? —exclamó ella.

—Si vuelves a nombrarla una vez más, no sé lo que haré —murmuró él—. Lo comprenderá.

—No me has preguntado si quiero prometerme contigo —protestó ella.

El hombre la apretó contra sí.

—Si llevas un niño ahí, no tienes elección. Mi madre cogería una escopeta y nos perseguiría a los dos antes de permitir que su nieto naciera fuera del matrimonio.

Meg sonrió al imaginarse a su madre tambaleándose bajo el peso de uno de los rifles de caza de Steven.

—Supongo que lo haría —lo miró con timidez—. Y yo me sentaría en la puerta de tu casa con una pancarta y ropa de maternidad para que todo el mundo supiera quién era el culpable de mi embarazo.

Steven sintió que el mundo giraba a su alrededor. Se dijo que no

debía entusiasmarse demasiado. Después de todo, con su tobillo en aquellas condiciones, la carrera de ella estaba acabada. Sólo era la segunda opción en su vida. Pero al menos querría al niño si habían hecho uno.

Meg levantó la vista, vio la frialdad que cubría su rostro y comprendió que, a pesar de su deseo por ella, la amargura seguía todavía presente.

El hombre se encogió de hombros. Le removió el pelo.

—Yo te deseo y tú me deseas. Pase lo que pase, al menos tendremos eso —suspiró con gentileza—. Además, si la atracción que sentimos sigue así de fuerte cuatro años después, no es probable que disminuya, ¿verdad?

—¡Por el amor de Dios, Steve! —exclamó ella, escandalizada.

—Eres una reprimida, Meg —movió la cabeza—, ¿Qué voy a hacer contigo?

—Podrías dejar de avergonzarme —musitó ella.

Steven frunció el ceño.

—Mi hermosa Mary Margaret —dijo con suavidad—. Cuando me despierte por la mañana, creeré que lo he soñado.

—¿Sueñas conmigo? —preguntó ella involuntariamente.

—Oh, sí. Desde hace años —buscó los ojos de la joven—, «No hay ninguna de las hijas de la Belleza que posea una magia como la tuya» —citó de memoria—. ¿Te gusta Lord Byron, Meg?

—A mí nunca me leíste poesía —dijo ella con una sonrisa triste.

—Quería hacerlo, pero tú eras muy joven y temía que te burlaras —se echó a reír—. ¡Menos mal que no lo hice! De todas formas te fuiste —terminó con amargura.

—Tú me forzaste a hacerlo —replicó ella. Vio el dolor que expresaba el rostro de él y se enterneció—. Tú no has tenido mucho amor, Steven. Creo que nunca has confiado mucho en nadie. Ni en Daphne ni en mí. Te gusta mi cuerpo, pero no quieres mi corazón.

El hombre se escandalizó. La miró sin saber qué decir.

—Yo te amaría si tú me dejaras —prosiguió ella con gentileza.

Steven apretó la mandíbula.

—Acabas de amarme en el suelo —dijo con frialdad.

Una multitud de ideas inundaba su mente. Se sentía vulnerable y no le gustaba. La miró con rabia.

—Ni siquiera has intentado detenerme. Ya que no puedes bailar

más, te casarías muy a gusto conmigo por interés.

Meg lo miró, pero pudo percibir algo distinto en las palabras de él. Se dio cuenta de que seguía combatiéndola y eso sólo podía deberse a que le importaba. Quizá no lo sabía. A lo mejor se había convencido a sí mismo de que amaba a Daphne, pero no era así. Aunque era bastante inocente, la joven sabía que los hombres no perdían el control como lo perdía Steven con ella a menos que su deseo estuviera teñido también por emociones más poderosas. Luchaba contra ella por la misma razón que siempre, por mantener a raya sus emociones. Tenía miedo de arriesgar su corazón con ella. ¿Por qué no había sabido verlo así años atrás?

—¿No dices nada? —preguntó él furioso.

Meg sonrió de nuevo, con cierta malicia.

—¿Me vas a devolver mi anillo esta noche? —preguntó.

El hombre vaciló.

—Meg...

—Lo sé. Es más de medianoche y supongo que David volverá pronto. Pero puedes venir a cenar mañana por la noche. Y tráeme el anillo —repitió—. Espero que no lo hayas perdido.

Steven la miró con fijeza.

—No, no lo he perdido. No podré traértelo mañana. Tengo una cena con Ahmed y Daphne también viene.

Meg perdió cierta seguridad, pero algo le hizo seguir adelante.

Se acercó a él y observó cómo cambiaba la expresión de su rostro. Lo cogió por las solapas y se puso de puntillas, frotando su cuerpo contra el de él antes de besarlo en los labios. Sentía los latidos de su corazón y percibía su respiración jadeante. Pero él no se movió, así que Meg le mordió con gentileza el labio inferior y se apartó.

—¿A qué viene eso? —gruñó el hombre.

—¿No te ha gustado? —preguntó ella.

Steven apretó los dientes.

—Tengo que irme.

—A cenar quizá. Pero no a la cama de Daphne. Ahora no vas allí.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó él con una sonrisa de burla.

Meg lo miró a los ojos.

—Porque sería un sacrilegio hacer con otra persona lo que acabamos de hacer nosotros dos.

A Steve le hubiera gustado negarlo. Quería hacerlo. Pero no consiguió pronunciar las palabras. Se volvió y avanzó hacia la puerta. Una vez allí, se volvió.

—Compra un vestido de novia —dijo, cortante—. Y si esta vez intentas volver a escaparte, te seguiré aunque sea hasta el infierno.

Cerró la puerta a sus espaldas y Meg lo miró con una mezcla de emociones, entre las que resaltaba una alegría incontrolable.

Steve no estaba tan contento. Tenía a Meg, pero la victoria no era completa. A pesar del placer que le había dado, no estaba más cerca que antes de capturar su corazón. Y lo deseaba más de lo que habría creído posible.

A ella le importaba. De no ser así, no se habría entregado de un modo tan generoso. Meg no habría hecho jamás aquel sacrificio sólo por necesidad física. Pero no debía olvidar que su carrera ya no era una barrera entre ellos. Su carrera había pasado a la historia. Aunque le importara, de haber existido la opción del ballet, habría sido lo primero. Lo sabía y saberlo le causaba una gran amargura.

Capítulo 8

Aquella misma noche, Meg se acostó después de una ducha refrescante. Pero apenas si consiguió dormir pensando en los cambios que se habían producido en su vida.

David la miró con curiosidad en la mesa del desayuno.

—Parece que no hayas dormido nada —comentó.

—Y es cierto —confesó ella, sonriente—. Steven y yo volvimos a prometernos anoche.

Su hermano contuvo el aliento. La alegría de sus ojos lo expresaba todo.

—Así que al fin se ha rendido.

—No perceptiblemente —murmuró ella.

—Pero ha dado el primer paso. No puedes esperar que un pez combativo y lleno de vida muerda el anzuelo sin debatirse.

—Este pez combativo es una piraña. Siente mucha amargura, David —comentó ella. Tomó un sorbo de café—. Nunca me ha perdonado el que le dejara, a pesar de que fue él el que me obligó a hacerlo.

David sonrió.

—¿Vendrá esta noche? —preguntó.

—Probablemente no. Dudo mucho que Daphne lo deje. Va a cenar con ella.

Dayid hizo una mueca al ver la expresión del rostro de su hermana. Sabía lo que ocurría y sabía también que ni Steven ni él podían contárselo a ella.

—Las cosas no son lo que parecen —musitó.

—No importa —dijo ella, con resignación—. Yo lo quiero. Nunca he dejado de quererlo. Los últimos cuatro años han sido muy vacíos, David. Estoy cansada de huir de mis sentimientos. Al menos, sí me

desea. Puede que no gane por completo, pero le presentaré batalla a Daphne.

—Así me gusta. Aunque debes pensar que, si no te quisiera, ¿por qué iba a querer casarse contigo?

Meg no podía contestar a aquella pregunta. Cambió, pues, de tema, y lo impulsó a hablarle de política.

Pero anduvo el resto del día como entre nubes. Le hubiera costado trabajo creer lo ocurrido de no ser por la evidencia que sentía en todo su cuerpo. Sus recuerdos eran dulces. Ni siquiera podía molestarse en preocuparse por Daphne. Se preocupaba por Steven. Sí lo perseguían unos terroristas fanáticos, ¿podría protegerlo el Gobierno? ¿Y a Ahmed?

Aquellas preguntas la asustaban, así que buscó consuelo en sus ejercicios. Aun así, sólo se concentró a medias. El ballet había sido su vida durante años, pero en aquel momento pensaba en su amor por Steven y en tener un hijo propio. De repente, su miedo al parto pareció disminuir y su dolor por la lesión del tobillo también. Se dedicó a soñar despierta; imaginó ropa pequeña de bebé y juguetes esparcidos por un cuarto en el que se hallaban Steven y ella acompañados por una versión en miniatura de los dos. Todo parecía posible. La vida era maravillosa.

Steven dio vueltas en la cama hasta el amanecer y fue al despacho con los ojos rojos. Su vida había cambiado sin previo aviso. Había hecho el amor con Meg y nada volvería a ser igual. Si ya antes estaba encaprichado de ella, no era nada comparado con lo que sentía después de haberla conocido íntimamente. No estaba seguro de poder trabajar siquiera.

Daphne le llevó el correo. Vio su expresión preocupada y se detuvo delante de la mesa.

—Ocurre algo, ¿verdad? —preguntó—. ¿Puedo ayudarte?

—Desde luego. Dime cómo puedo explicarle a Meg, con la que acabo de prometerme, por qué voy a salir esta noche contigo.

La joven lanzó un silbido.

—Buena pregunta.

—¿Verdad que sí?

—¿No puedes pedir que te autoricen a decirle la verdad?

Steven negó con la cabeza.

—Tu prometido me dijo que no lo hiciera. Cree que ya lo saben

demasiadas personas —cerró los ojos con un suspiro.

—¿No se irá temporalmente a Nueva York? —preguntó Daphne.

—Tengo miedo de dejar que se marche. Al menos aquí podemos protegerla también. Pero no puedo contarle lo que ocurre. Tendré que pedirle que confíe en mí cuando yo nunca he confiado en ella.

—Si te quiere lo suficiente, lo hará —repuso la joven, con seguridad—, Y en cualquier caso, todo esto acabará pronto. —Eso espero. —¿Qué tal el brazo?

—No fue nada grave. La bala rompió una vena pequeña. ¿Has tenido noticias de Ahmed? Daphne hizo una mueca.

—Desde luego. Ha venido rodeado de guardaespaldas y agentes del Gobierno y se ha puesto a gritarle a una de las mecanógrafas por una bobada y ella le ha lanzado un pisapapeles cuando salía. —¿Cómo?

—Tranquilo. Era un pisapapeles pequeño, mucho más pequeño que la lámpara que te tiré yo. Y además, ha fallado a propósito —sonrió—. Pero Ahmed se ha quedado muy sorprendido. En su país las mujeres no reaccionan así.

—ˆSupongo que no. ¡Y desde luego, no con él!

—Pero Brianna no sabía quién era —le recordó Daphne—. Y sigue sin saberlo. Me ha dicho que, si

vuelve a poner el píe aquí, ella dimite —añadió—. Es una joven muy temperamental.

—Tengo que hablar con tu prometido —dijo Steve—. Sólo para saber qué podemos hacer para acabar con este lío.

—Ahmed tiene protección las veinticuatro horas del día. Está acostumbrado a ello, claro. Tengo entendido que anoche tuvo un pequeño altercado con sus guardaespaldas por no haber detectado al asesino.

—No me extraña nada.

—Siento lo de Meg —Daphne hizo una mueca—. Parece que le estoy complicando la vida.

—Pero esta vez no es culpa tuya —repuso él—. La última vez tampoco. Fue mi orgullo lo que la hizo salir corriendo. Espero tener ahora más suerte.

—Yo también lo espero —dijo la joven con sinceridad—. Somos buenos amigos, Steve. Siempre lo hemos sido. Me alegro mucho por ti. Espero que seáis muy felices.

Steven asintió con la cabeza.

—Será mejor que nos concentremos en el trabajo.

—Sí señor —sonrió ella—. Te enviaré a Wayne.

El prometido de Daphne era un rubio de ojos azules, un contraste completo con su compañero, que era alto, muy moreno y tenía un sentido del humor que conseguía que Steven se subiera por las paredes.

El moreno miró cuidadosamente a su alrededor; hasta se asomó debajo de la mesa.

—¿Busca micrófonos? —preguntó Steve.

—No —replicó—. Pisapapeles y secretarias morenas de ojos azules —sonrió—. Es un encanto.

—Sí, pero tú estás de servicio —le dijo Wayne.

—Cierto —se enderezó y miró a Steven con seriedad—. Señor, ¿ha notado usted si alguna bomba o misiles enemigos han estallado en su oficina?

Wayne le metió el codo en las costillas.

—Si sigues así, te voy a echar a los tiburones.

El más alto enarcó las cejas.

—Eso es plagio. James Bond ya le hizo eso a un agente enemigo en una de sus películas.

—¿Seguro que estás preparado para este trabajo? —preguntó Wayne.

—Muchos agentes tienen sentido del humor —miró a su amigo —. Aunque muchos otros no tienen, claro.

—Vamos a lo que importa —lo interrumpió Wayne—. Necesitamos su itinerario para el resto de la semana. Y si piensa volver a salir por la noche...

—No —Steven indicó su brazo—. No pienso volver a salir por ahí sin la protección adecuada.

—Muy bien. Ahora estamos poniendo micrófonos en sus coches, casas, aviones, así como en la casa del señor Shannon —prosiguió Wayne—. Lo habríamos hecho antes, pero hasta esta mañana no hemos decidido qué tipo de vigilancia íbamos a adoptar. Sería una estupidez no proteger del mismo modo al señor Shannon, su ejecutivo jefe, y a su hermana, especialmente teniendo en cuenta que han sido vistos en compañía de Ahmed. Esa gente hará todo lo posible para presionarlos y la simpatía de Ahmed por la señorita

Shannon resulta evidente.

A Steven no le gustaba recordar eso. Tenía celos de Ahmed; estaba celoso de cualquier hombre que mirara a Meg.

—¿No es peligroso políticamente dejar que Ahmed permanezca en los Estados Unidos? —preguntó.

—Desde luego —repuso Lang—. Es un suicidio —sonrió—. Pero nosotros somos responsables de él, así que, si lo enviamos a casa y alguien lo vuela en pedazos, adivine quién se llevará las culpas.

—Estamos entre la espada y la pared —asintió Wayne—. Por eso mantendremos a Ahmed aquí hasta ver si podemos volver a sacar a la luz a los demás agentes.

—Ya resultaron bien visibles anoche. —Ah —dijo Lang—, pero eso fue una vigilancia de rutina hasta las diez. No nos avisaron del peligro de asesinato hasta que no se produjo el intento del golpe de estado en el país de Ahmed. Y para entonces los terroristas habían tomado ya posiciones aquí.

Ahora que sabemos lo que se cuece, ya estamos preparados.

—Nosotros nos ocuparemos de todo. ¿Qué me dice de la señorita Shannon? —preguntó Wayne a Steven—. ¿No puede sacarla de la ciudad?

—Sí puedo. ¿Pero y si descubren que está prometida conmigo e intentan hacerle algo en un lugar donde no cuente con protección?

La sonrisa desapareció del rostro de Lang.

—-¿Están prometidos? —preguntó.

Sleven asintió con la cabeza.

Lang intercambió una mirada con Wayne.

—Eso lo cambia todo. Será mejor que se quede aquí. Pero no puede saber por qué.

Steven asintió, porque Wayne le había dicho ya lo mismo. Podía ignorar su advertencia, claro, pero con micrófonos en el coche y en casa, le resultaría muy difícil contárselo sin que se enteraran. Y lo peor no era sólo que no podía contárselo, sino que no podría tocarla sin que los oyeran. Sintió deseos de gemir.

Aquella tarde, antes de que David volviera del trabajo, Meg estaba sola en casa cuando llegó Steven, vestido con vaqueros y suéter, complementados con una chaqueta de ante.

Sonrió a Meg al entrar y miró con aire aprobador su vestido azul y el cabello rubio, que se había dejado suelto.

—Dame la mano —dijo sin preámbulos.

La joven le tendió la izquierda y él le colocó el anillo de diamantes que le había regalado cuatro años atrás y le quedaba todavía perfectamente. Se llevó luego la mano a los labios y lo besó.

—¡Oh, Steve! —susurró ella, acercándose a abrazarlo.

El hombre le cogió las muñecas y se apartó, muy consciente de los micrófonos que captarían cualquier ruido. Se echó a reír y procuró ignorar la expresión sorprendida de ella.

—¿Me invitas a café? —preguntó.

—Por supuesto —vaciló ella—. Voy a prepararlo.

Estaba a punto de llorar. Habían hecho el amor, estaban prometidos de nuevo y Steve, de repente, no podía soportar tocarla.

El hombre la siguió a la cocina, sonriendo ante su expresión. No podía contárselo todo, pero sí podía, al menos, aclarar ese punto.

Cuando ella abrió el grifo, le quitó la cafetera de las manos y dejó que el agua corriera. Se inclinó a besarla.

—Estamos rodeados de cámaras —murmuró.

Meg dejó que la besara, pero abrió mucho los ojos. Steve se apartó y cerró el grifo.

La joven miró a su alrededor.

—¿Achís? —dijo.

—¡Jesús! —contestó una voz profunda.

Meg se ruborizó y miró horrorizada a Steven.

—No pasa nada —se apresuró a tranquilizarla él—. Acaban de hacerlo.

La joven se relajó.

—¡Gracias a Dios!

Se abrió la puerta de atrás y entró el agente moreno, con un dedo en los labios. Sacó una libreta y un papel y escribió algo que enseñó a Meg y Steve.

«Nuestro equipo no ha sido el único que ha colocado micrófonos aquí esta tarde. Cuidado con lo que dicen».

«¿Tienen cámaras?» escribió Steven a su vez.

El agente negó con la cabeza, sonriente. Guardó la libreta y el lápiz y miró la cafetera con ansia.

Meg levantó la mano, con los cinco dedos extendidos y el hombre sonrió y comenzó a alejarse. Los miró a los dos e hizo señal de que se besaran. Meg le sacó la lengua y el agente suprimió una

carcajada y salió por la puerta de atrás.

La joven se dispuso a preparar café, con la sensación de estar viviendo en una pecera. Estaba segura de que tendrían que soportar aquello hasta que capturaran a los responsables del tiroteo.

—¿Leche? —preguntó Steven, cuando ella sirvió el café.

—Ya la cojo yo.

Se la tendió y acercó una laza de café solo a la puerta de atrás. Una mano asomó por ella y cogió la taza. La joven se asomó al exterior. El agente le hizo una señal de victoria con la mano y se alejó con su taza hacia el lateral de la casa.

Meg cerró la puerta y siguió a Steve a la sala de estar.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Tengo una cita —dijo el hombre.

—Con Daphne —musitó ella.

—Y con Ahmed —replicó él—. En el Sheraton. Asuntos de negocios.

—Y supongo que no puedo ir, ¿verdad? —preguntó ella.

—No.

—Me gusta Ahmed. A él también le gusto.

—Claro que le gustas. Eres rubia.

La joven lo miró.

—Y guapa.

—Y muy guapa —repuso él.

Meg sonrió. Steven tomó un sorbo de café.

—¿Dónde vamos a vivir cuando nos casemos? —preguntó.

—Me gusta Alaska.

El hombre la miró con fijeza.

—En Wichita, Meg. Yo no trabajo en Alaska.

—¿Y qué tiene de malo tu casa? —preguntó ella.

—Tiene un jardín muy pequeño. Necesitaremos sitio para instalar columpios y un lugar donde los niños puedan jugar fuera.

Meg se ruborizó. Apartó los ojos.

—Es cierto.

Steven la miró hasta que levantó el rostro. Le sonrió y señaló el sofá a su lado.

Meg dejó el café sobre la mesa y se acercó a él.

Steven le rozó los labios con el pulgar y la cogió en sus brazos. La besó con pasión. Su mano encontró el pecho de ella y le acarició

el pezón hasta conseguir que se endureciera.

Cuando levantó la cabeza, la miró largo rato. —Tengo que irme —dijo.

Meg empezó a protestar, pero sabía que no serviría de nada.

—¿Te veré mañana? —preguntó con tristeza. —Probablemente. Cierra la puerta. David llegará pronto.

—Mi hermano ya no puede sustituir a mi prometido —murmuró ella.

—No será siempre así —repuso él con solemnidad—. Te lo prometo.

Meg asintió con la cabeza.

—Ten cuidado. No conduzcas demasiado deprisa.

Steven enarcó una ceja.

—¿Te preocupas por mí?

—A todas horas —contestó ella con sinceridad.

El hombre la miró, la atrajo hacia sí y rozó la boca de ella con sus labios. Meg se acercó más y él la abrazó.

Steven sintió que las cosas se le iban de las manos. La cogió por las caderas y la apartó, luchando por dominar su pasión.

—Vuelve dentro —dijo con voz ronca—. Te llamaré por la mañana.

—¿Por qué te molestas en prometerte conmigo si piensas pasar las noches con otra mujer? —preguntó ella con tristeza.

—Ya sabes por qué —musitó él con ojos brillantes.

Porque habían hecho el amor y ella podía estar embarazada, claro. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Se alejó de él y apartó la vista.

—Sí—contestó.

Había intentado olvidarlo, pero él no se lo permitiría. Sus sueños eran sólo eso: sueños. La realidad era que había perdido la cabeza en una ocasión y se casaba con ella porque debía hacerlo.

—Claro que lo sé, Steve. He sido una tonta al olvidarlo, ¿verdad?

El hombre hizo una mueca. Ella había vuelto a equivocarse, pero no podía, no se atrevía a aclarar las cosas.

—David llegará en cualquier momento —dijo—. No salgas y cierra la puerta.

—Lo haré.

Steven miró a su alrededor. No vio nada, pero estaba seguro de que uno de los agentes que protegían a Meg andaba cerca. Se había asegurado de ello antes de salir de su despacho.

—Te llamaré mañana. A lo mejor podemos salir por ahí,

—¡Qué emocionante! —exclamó ella, sarcástica.

El hombre la miró con furia.

—No te burles.

—Lo intento, de verdad.

Steven hizo una mueca de exasperación, se metió las manos en los bolsillos y avanzó hacia su Jaguar.

Cuando se hubo alejado, Meg cerró la puerta y volvió a la sala de estar.

David entró en la casa el tiempo suficiente para cambiarse de ropa y volver a salir. Se disculpó con su hermana y le dijo que tenía que acompañar a Daphne y Steven.

—¿Es que va todo el mundo menos yo? —preguntó ella, exasperada.

Su hermano sonrió.

—Probablemente. Qué lo pases bien, preciosa.

Meg lo miró con rabia. Cuando se quedó sola, se ocupó en regar las plantas. La casa parecía más silenciosa que de costumbre y no dejaba de imaginar ruidos raros. En aquellas circunstancias, eso la ponía nerviosa. Oyó un movimiento en la sala de estar y se asomó con el corazón golpeándole con violencia en el pecho.

El agente moreno le sonreía de pie en el centro de la estancia. Se llevó un dedo a los labios, apretó un botón del aparato electrónico que llevaba en la mano e hizo una mueca al oír unos ruidos roncos.

—Esta noche habrá muchos dolores de cabeza —murmuró.

—¿Qué ha hecho? —preguntó ella. En cuanto terminó de hablar, se llevó una mano a la boca.

—Puede hablar. He producido interferencias en su comunicación —la examinó con atención—. Tengo que hablar con usted.

—¿Sobre qué? —preguntó ella.

El hombre se puso muy serio; todo rastro de humor desapareció de sus ojos oscuros. Se acercó a ella y su altura resultó casi amenazadora. Apretó el botón del aparato para acabar con la interferencia.

—Voy a sacarla de aquí ahora mismo. Esta misma noche. Quiero

que venga conmigo sin protestar.

Meg vaciló.

—¿No deberíamos llamar a Steve o a su compañero?

—No debe saberlo nadie. Ni siquiera mi compañero.

A la joven no le gustaba nada todo aquello. Le caía bien aquel hombre, pero no se fiaba completamente de él.

—¿Por qué no puede saberlo su compañero? —preguntó con curiosidad.

El agente musitó algo en voz baja. Luego sacó su pistola automática y la apuntó al estómago de ella.

Levantó un poco la voz.

—Porque intentaría detenerme —replicó—. Voy a entregarla a los compatriotas de Ahmed. Será usted una baza importante en sus manos.

Capítulo 9

Meg miró aturdida el cañón de la pistola. Docenas de pensamientos cruzaron por su mente, pero sólo uno consiguió captar su atención: no volvería a ver a Steve.

Miró a Lang a los ojos. Aquel hombre no tenía aspecto de querer matarla.

El agente señaló la puerta de la casa con la cabeza.

—He dicho que nos vamos —murmuró—. Salga ya.

Meg vaciló.

—¿No podemos...?

Lang le cogió un brazo con firmeza y la empujó hacia adelante. Meg sintió la presencia del arma, aunque no se clavara contra su espalda. Notó que el hombre miraba a uno y otro lado, como si esperara compañía.

Tal vez los agentes enemigos dispararan contra él. Pero no era problable. Si habían oído lo que acababa de decir, esperarían que les entregara a la joven. Se preguntó si le pagarían algo a cambio y llegó a la conclusión de que sí. La cogerían como rehén y la utilizarían para cambiarla por Ahmed. Sintió náuseas.

—¡Eh! —gritó Lang desde el porche—. Hagamos un trato, muchachos. Tengo algo que ofrecer.

—¡Traidor! —exclamó Meg con furia.

—Deje de protestar —dijo él con calma—. ¿Qué me dicen? —gritó en voz alta.

—Ya le hemos oído —dijo una voz con acento extranjero—. ¿Cuánto quiere por la mujer?

Lang se volvió hacia la voz.

—Déjeme acercarme y hablaremos de ello. No disparen.

—Muy bien.

Apareció una figura. Lang midió la distancia que había desde donde estaba el coche hasta donde estaba el hombre y empezó a caminar con Meg hacia el punto medio.

—No pierda la calma —dijo inesperadamente—. Por el amor de Dios, no tenga ahora un ataque de nervios.

—No soy esa clase de mujer —murmuró ella—. Pero no voy a permitir que me entregue a esa gente sin luchar.

—Muy bien. Pero no empiece a luchar hasta que yo se lo diga, ¿vale? Respiro mejor si no tengo agujeros en el pecho.

Levantó la cabeza y la empujó hacia adelante. Cuando estaban más cerca del coche, comenzó a cambiar de dirección casi imperceptiblemente.

—¡Espere! ¡Alto ahí! —gritó la voz.

Lang echó a correr, arrastrando a Meg consigo. Lo repentino de su movimiento sorprendió a los dos hombres que había ya a la vista. Levantaron sus armas y Lang lanzó un gemido.

—¡Alto! —advirtió la voz con acento extranjero—. No intenten entrar en el coche.

Lang se detuvo en la puerta de su coche azul y levantó la cabeza. El viento movía su cabello oscuro en torno a su rostro.

—¿Por qué no? —preguntó—. Hace una noche fantástica para dar un paseo. —¿Qué hace?

—Yo creía que era evidente —replicó—. Me marcho.

—¡Usted ha dicho que quería hacer un trato! Suelte a la chica y puede marcharse.

—¡Oblíguéme usted!

Empujó a Meg al interior del coche y cerró la puerta. Saltó al otro lado y puso el motor en marcha. Miró un segundo por el espejo retrovisor y arrancó a toda velocidad. Se oyeron unos disparos, pero no se detuvo.

Meg sentía náuseas. Acurrucada contra la puerta, se preguntaba si podría saltar del coche sin matarse. Las acciones de Lang le resultaban cada vez más confusas. ¿Quería conseguir un precio mejor?

—No sea tonta —dijo el agente, cortante. No la miró, pero era evidente que adivinaba lo que pensaba—. Se mataría.

—¿Por qué? —gimió ella—. ¿Por qué?

—Ya lo descubrirá. Sea buena chica y quédese quieta. No le

pasará nada; se lo prometo.

—Steve le matará —dijo ella con frialdad.

El hombre enarcó las cejas.

—Probablemente. Pero tendrá que ponerse a la cola —murmuró —. Ha sido lo único que se me ha ocurrido en el calor del momento.

Miró por el espejo retrovisor y musitó algo sobre que una fuerza de agentes internacionales los seguían.

—¿Lo persiguen? —sonrió ella—. Espero que le rompan los neumáticos, lo secuestren y lo vendan corno esclavo.

Lang sonrió encantado.

—¿Seguro que quiere prometerse con Ryker? —preguntó—. Yo soy dos años más joven que él y tengo una tía que la mimaría como a una niña pequeña.

—Se avergonzará de usted cuando acabe en la cárcel por traidor.

Lang movió la cabeza. —Agáchese, preciosa. -¿Qué?

El hombre la empujó hacia abajo un segundo antes de que una bala se estrellara contra el parabrisas, lanzando cristales rotos por todas partes, incluido el cuerpo de Meg.

—¡Oh, Dios mío! gritó ella.

—Mantenga la calma —dijo él con sequedad—. No se deje llevar por el pánico.

Otra bala pasó entre ellos. Meg mantuvo la cabeza baja.

—Es emocionante, ¿verdad? —gritó el hombre. Sus ojos azules brillaban al entrar en la autopista justo delante de sus perseguidores —, ¡Me encanta ser un agente secreto.!

Meg, en el sucio del coche, lo miró como si estuviera loco.

El agente empezó a cantar una canción popular mientras hacía eses con el coche en un esfuerzo por evitar las balas.

—¡Agárrese! ¡Allá vamos!

Giró el coche y éste dio media vuelta, colocándose en el otro lado. Cerca se veían luces azules y se oían sirenas.

—¡La policía! —exclamó ella—. Espero que lo llenen de plomo. Espero que coloquen su cabeza encima de un poste y tiren su cuerpo a los tiburones.

Lang cogió el micrófono de su radio.

—¿Habéis recibido la señal? —preguntó—. Ahí están, muchachos. Cogedlos.

Detuvo el coche y Meg se asomó por el cristal roto. Los coches

de la policía pasaron con rapidez a su lado, en persecución de los dos coches que seguían antes a Lang y a ella.

—Vamos, diga la verdad —comentó el hombre, sonriéndole—. ¿No ha sido más emocionante que verlo en la tele?

Meg sintió náuseas. Comenzó a hablar, pero de repente, llevó la mano a la cerradura de la puerta. Consiguió abrirla justo a tiempo y vomitó todo lo que había comido aquel día.

Lang le pasó un pañuelo y la miró con lástima. Los dos iban sentados en el asiento de atrás de uno de los coches de la policía.

—Deberían encerrarte y tirar la llave —le dijo el lugarteniente de policía a Lang—. ¡Pobrecita!

—Ya te he dicho que no se me ocurrió otra cosa —replicó el agente—. Los oí hablar. Sabía que iban a secuestrarla. Así que causé algunas interferencias para llamar su atención y dejé que me oyeran decirle que iba a venderla. Os avisé desde el coche para que supierais que algo iba mal. No tuve tiempo de pensar en otra cosa. Ellos iban ya hacia la casa cuando la saqué de allí.

—¡Pero no era necesario que le apuntaras con un arma! protestó el policía.

—Claro que sí —replicó Lang—. Si no lo hago, habría empezado a luchar conmigo. Pero al ver la pistola, salió sin protestar. Y como ellos creían que iba a entregársela, no empezaron a disparar hasta que era demasiado tarde.

—Sigo pensando...

Lang suspiró, sacó su automática y la depositó en la mano del policía.

El hombre la miró confuso.

—Examínala.

El policía le dio la vuelta y suspiró, moviendo la cabeza.

Lang tendió la mano. Cuando le devolvieron el arma, sacó la parte que faltaba de su bolsillo y la colocó en su sitio. Luego metió el revólver en su funda.

—¿No estaba cargada? —preguntó Meg.

—No. ¡Y usted pensaba que iba a venderla! Me ha llamado de todo —le dijo al policía—. Traidor. Ha dicho que esperaba que colgaran mi cabeza de un poste.

El policía reprimió una carcajada.

—No sabía que trataba usted de protegerme —se defendió Meg.

—La próxima vez, dejaré que se la lleven —dijo Lang—. Pueden meterla en un harén y espero que la vistan de plástico transparente.

El policía no pudo reprimirse más y soltó una carcajada.

—Eso me gustaría —repuso Meg con altanería—. Al menos me quedaría mejor que a usted.

—Yo tengo unas piernas que vuelven locas a las mujeres —le informó él—. Las revistas de mujeres me piden fotos continuamente.

—¿con o sin su pistola? —preguntó ella.

Lang sonrió.

—¿Le da rabia no tener usted una? ¿Tiene envidia de mi pistola?

Meg se echó a reír. Aquel hombre era incorregible.

—Muy bien, le pido disculpas por haber pensado que me había traicionado —le dijo— Pero estuvo usted muy convincente. No sabía que fuera tan buen actor.

—No soy el único —musitó él con sequedad.

Levantó la cabeza al ver acercarse un coche.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Meg siguió la mirada de sus ojos. Era una limusina negra. El corazón se le paró en el pecho al ver a Steven saltar al suelo y dirigirse hacia ella.

Al acercarse, lanzó un puñetazo a Lang, que éste evitó sin dificultad.

—Se encuentra bien —dijo, apartándose—. Se lo explicaré cuando se calme.

—Será mejor que me lo explique desde un lugar donde no pueda alcanzarlo —replicó Steve.

—¡Te lo dije! —exclamó Wayne, apareciendo detrás de Steve—. Eres un idiota. Te dije que no hicieras nada por tu cuenta.

—Si no lo hago, se la habrían llevado ellos -contestó Lang, exasperado— ¿Qué querías que hiciera? ¿Pedir refuerzos desde el maletero del coche de los terroristas de camino al río?

—No te tirarían al río; contaminarías y matarías a todos los peces.

Se alejaron discutiendo. Steven se detuvo delante de Meg y la miró un momento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, gracias a Lang —replicó ella—. Aunque en aquel momento,

no le daba las gracias precisamente —añadió; señaló los restos del coche en el que huyeran los dos.

Steve no los miró mucho rato. No podía. Cogió a Meg en sus brazos y la estrechó con fuerza mientras pensaba en todo lo que podía haberle ocurido.

—Supongo que te han estropeado la velada con Daphne —musitó ella.

—Si te hubiera pasado algo, no sé lo que habría hecho —gimió él.

Meg le pasó los brazos bajo la chaqueta. Era un placer estar tan cerca de él mientras a su alrededor brillaban luces azules y rojas y unas voces murmuraban en la distancia.

—Será mejor que la lleve a casa, señor —dijo el lugarteniente de policía—. Ya está todo en orden.

—Lo haré. Gracias.

La condujo hacia la limusina.

—¿Qué hay de Lang? —preguntó ella—. ¿Wayne y él no van contigo?

—Pueden ir con la policía o hacer autostop —musitó Steve—. En especial Lang.

—¿Y qué hay de Daphne?

—Te voy a llevar a casa, Meg—. En este momento, no importa nadie más.

—¿Está David en casa?

Steven asintió.

—No sabe nada de esto. No he querido preocuparlo.

Para sorpresa del hombre, Meg se subió a sus rodillas en cuanto el chófer puso el vehículo en marcha.

—Aquí no puedes ponerte el cinturón —protestó.

—No creo que pueda pasarme nada más esta noche. Déjame quedarme.

Steven la abrazó todo el camino hasta la casa.

David se puso pálido al enterarse de lo ocurrido.

—¿Pero cómo lo sabían? —gruñó.

—La casa tiene micrófonos —dijo Meg, sentada en el sofá—. Lang tenía un aparato para producir interferencias.

—Sí, uno de los agentes me explicó cómo se hace, pero no había visto un aparato de esos hasta que llegué a casa. Al entrar y ver uno

en el suelo y descubrir que no estabas, comprendí que había ocurrido algo. Pero no sabía el qué.

—Lo siento —dijo Steven—. En cuanto Wayne me informó de la persecución, salí por la puerta. No quería preocuparte —hizo una mueca—. Tengo que llamar a Daphne y decirle dónde estamos.

Meg no quiso mirarlo mientras marcaba el número.

—Voy a cambiarme —le dijo a David—. Ha sido una noche muy dura.

—Ya me imagino. ¡Estás cojeando!

—Siempre cojeo —musitó ella—. Hoy está peor porque he abusado —se rió sin humor—. No creo que vaya a curarse, David. No creo que se cure nunca.

Su hermano la observó alejarse preocupado. Steven, después de explicarle lo ocurrido a Daphne, colgó el teléfono y se volvió hacia David.

—Todo esto se está yendo de las manos —musitó— No podré soportarlo mucho más. Meg está pálida como un fantasma y ese maldito agente podía haberla matado conduciendo de ese modo.

—¿y si no la hubiera sacado de la casa, Steve? —intentó razonar David con él—. ¿Qué habría pasado entonces?

Steve se metió las manos en los bolsillos. Aquello era algo en lo que no soportaba pensar.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Quieres café? —preguntó David—. Estaba a punto de hacerlo.

—Está bien. Tomaré uno. A partir de ahora, Ahmed estará más protegido que Fort Knox. Subiré a ver a Meg. Tenía nauseas.

—Eso no me sorprende. El tobillo también le molesta —se volvió hacia el otro— No podrá volver a bailar. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. ¿Por qué otra cosa crees que está dispuesta a casarse conmigo? —preguntó con cinismo —Los dos sabemos que si tuviera elección, optaría por su carrera.

—Procura recordar que ni tu padre ni nuestra madre querían que se casara contigo.

—Ya lo sé.

—Y Meg era muy joven y tenía miedo —miró un momento al otro—. ¿Te ha explicado por qué?

—Me dijo algo de que tenía miedo de quedarse embarazada.

—Miedo, no. Terror. Estaba con nuestra hermana cuando murió de parto. Había ido a visitarlos y se quedó encerrada por la nieve. Lo vio todo sin poder hacer nada por ayudar.

Steve se volvió con rostro atormentado.

—¿Meg estaba presente? No me dijo nada de eso.

—Todavía no puede hablar de ello. La afectó mucho. Meg tenía sólo diez años. Era, y sigue siendo, un tema doloroso. No lo menciona nunca.

—Comprendo.

¡Pobre Meg! No era de extrañar que hubiera tenido miedo. Se sintió culpable por no haber hecho más preguntas y haberse enterado antes. Se preguntó si seguiría igual de aterrorizada, pero lo ocultaba.

—Sube a verla; yo prepararé el cafe —dijo David, dándole un golpecito en el hombro.

Meg acababa de salir de la ducha cuando entró Steve en el cuarto de baño.

La joven dio un respingo y apretó la toalla contra ella.

—Tienes un bonito color cuando te ruborizas —sonrió él—. Pero ya conozco tu cuerpo, Meg. Hemos hecho el amor.

—Lo sé, pero...

El hombre le quitó la toalla y la miró.

—Eres muy hermosa —musitó—. Podría emborracharme con tu belleza.

—David está abajo —le recordó ella, cogiendo la toalla—. Y los espías nos tienen bien controlados. Probablemente nos estarán mirando ahora.

—No se atreverían a poner cámaras en el baño —murmuró él.

—¿Estás seguro?

Steven la cogió en sus brazos.

—Sí —susurró—. ¿No es mejor así? Yo te ocultaré de cualquier mirada que no sea la mía.

Meg sintió los labios de él contra los suyos.

—Sabes a menta —susurró el hombre.

—Es la pasta de dientes —dijo la joven.

—Abre la boca —susurró él—. Me gustaría besarte mejor.

Meg se estremeció, pero obedeció. Las manos de él acariciaron sus pechos firmes al tiempo que la besaba con pasión.

—Te deseo —susurró contra la boca de ella—. Podríamos tumbarnos en esa alfombra y hacer el amor.

La joven sintió los labios de él en su garganta antes de que llegaran a sus pechos.

—David está abajo —protestó.

—Y nosotros estamos prometidos —susurró él—. No pasa nada si hacemos el amor. Hasta los Puritanos lo hacían cuando ya estaban prometidos.

—Steve —gimió ella.

El hombre la besó con lentitud, con ansia, moviendo sus labios sobre ella hasta que se dejó embargar por el placer.

—Pensándolo mejor —dijo, levantándola en el aire—, la alfombra no me bastará esta vez. Quiero poseerte en sábanas limpias.

Meg lo miró a los ojos.

—Tú también me deseas, ¿verdad? —preguntó él, con suavidad.

—Te he deseado siempre —contestó ella—. Pero Daphne...

—Yo no me acuesto con Daphne.

La joven pensó con tristeza que quizá era ésa la razón de que la deseara a ella. Pero aquello no tenía sentido, ni explicaba lo acuciante de su necesidad. Perdía el control sólo con tocarla y ella era impotente para detenerlo.

—No puedo —gimió.

—¿Por qué no?

—¡David está abajo! —exclamó ella.

Steve se esforzaba por no olvidarlo. Pero el hecho de verla desnuda hacía que no le resultara fácil.

—¿Por qué no me has dicho nunca que estabas con tu hermana cuando murió? —preguntó con suavidad.

Meg se puso tensa. Steve sonrió con ternura y la tapó con la toalla. La llevó al dormitorio y se sentó a su lado, esforzándose por controlar su pasión. La joven acababa de pasar un mal trago y aquél no era el momento idóneo.

—¿Creías que no lo comprendería? —insistió.

—Tú me deseabas mucho —musitó ella—, pero estabas muy distante emocionalmente. La única vez que estuvimos a punto de llegar a un contacto íntimo, te portaste como si no importara tomar precauciones. Yo era joven y me avergonzaba mucho todo lo que

tuviera que ver con el sexo. No sabía cómo decírtelo, así que me puse tensa. Y tú estallaste y me dijiste que saliera de tu vida.

—Llevaba un mes deseando acariciarte de aquel modo —le recordó él—. Perdí el control, lo sé. Pero tú me obsesionabas. Todavía me obsesionas, ¿no lo has notado? Te toco y pierdo el control. Eso no ha cambiado.

—Y no te gusta perder el control.

Steve negó con la cabeza.

—Ni siquiera contigo, pequeña.

Meg levantó una mano y le tocó la barbilla.

—Yo también pierdo el control cuando tú me tocas —le recordó.

—Y ahora ya puedes permitirte perderlo. El ballet no se interpondrá ya entre nosotros.

—No hables así. No seas tan cínico —le suplicó ella—. Te inventas muchas razones por las que quiero casarme contigo y ninguna de ellas tiene nada que ver con la auténtica.

—¿Y cuál es la auténtica? ¿Mi dinero? ¿Mi cuerpo? —preguntó él, sonriendo con frialdad.

—No puedes creer que te quiero de verdad? —preguntó ella, con tristeza—. Es demasiado sentimental para ti.

—El único sentimiento que me interesa es el que experimento cuando te tengo debajo de mí.

Meg se ruborizó.

—Eso es sexo.

—Eso es lo que tenemos —asintió él—. Bien mirado, es lo único que leñemos. Y probablemente sea suficiente, Meg. Puedes encontrar un modo de ocupar tu tiempo en Wichita y gastar mi dinero y yo llegaré a casa todas las noches muriéndome de ganas de meterme en la cama contigo. ¿Qué más necesitamos?

Hablaba con mucha amargura. Y Meg no sabía qué podía hacer para llegar hasta él.

—Tú dijiste que querías un hijo —le recordó.

—Y hablaba en serio —frunció el ceño al recordar lo que le había contado David—. ¿Tú también hablabas en serio?

—Sí —sonrió—. Me gustan los niños.

—Yo no he conocido a muchos —confesó él—. Pero supongo que se puede aprender a ser padre —le apartó la toalla con lentitud y la miró con curiosidad—. La primera vez no pensé en nada. Y

desde luego, no en dejarte embarazada —le tocó el vientre, vacilante—. ¿Qué te parece si haceros el amor y los dos pensamos al mismo tiempo en hacer un hijo?

La joven sintió que el corazón le latía con fuerza. Lo miró con adoración.

—Sería muy excitante —susurró con voz ronca.

Steven acercó la mano de ella a su cuerpo para que percibiera el efecto violento que habían producido en él sus palabras.

—Maldito sea tu hermano —musitó—. Quiero desnudarme y hacer el amor contigo ahora mismo.

La besó con angustia mientras sus manos exploraban el cuerpo de ella. Meg gimió y el hombre apretó los dientes.

—No podemos —murmuró ella.

—Lo sé. Lo sé —la abrazó con violencia—. Meg, le necesito.

—Yo también te necesito —musitó ella—. Te necesito mucho.

—¿No quieres que lo hagamos? —le susurró él al oído—. Tendría que ser rápido. Sin ternura ni dilaciones —lanzó una maldición al darse cuenta de lo que le ofrecía—. ¡No! ¡Oh, Dios! Así no.

Se obligó a separarse de ella. Meg vio, atónita, que estaba temblando.

—Me voy para dejar que te vistas —dijo el hombre, de espaldas a ella—. Lo siento —se volvió a mirarla—. Quiero hacer el amor, no sólo sexo. Y tenemos que pensar en esto. Si no estás ya embarazada, tenemos que pensar en si queremos que lo estés.

Meg sonrió con gentileza. Steve hablaba de un modo distinto.

—Yo no necesito pensar en ello —musitó—. Pero si tú sí, puedes tomarte todo el tiempo del mundo.

Steven se ruborizó. La miró con ojos hambrientos, se estremeció y se volvió.

—Te veré abajo —dijo con voz estrangulada.

Salió sin mirar atrás y cerró la puerta con firmeza.

Meg creyó haber visto algo nuevo en su rostro. Algo que bastó para que olvidara todo el terror vivido aquella noche y le diera por primera vez esperanzas de llegar a encontrar la felicidad con él.

Capítulo 10

Pero si Meg esperaba que aquello hubiera cambiado algo, se equivocó. Steve había tenido tiempo de recobrarse y, mientras tomaba café con David y ella, se mostró distante. Cuando insistió en marcharse, la joven lo acompañó a la puerta. David se alejó discretamente a la cocina para dejarlos solos.

—Cuando termine todo esto —dijo Steve—, te casarás conmigo en cuanto arregle los papeles.

—Muy bien —replicó ella.

El hombre jugó con un mechón de su pelo, pero no la miró a los ojos.

—Daphne no es lo que tú te crees —dijo—. No puedo decirte más. Pero muchas personas no son lo que tú crees. Te lo contaré todo en cuanto me sea posible.

La joven lo miró a los ojos.

—Te quiero mucho —dijo con sencillez—. Estoy cansada de luchar contra mi amor. Me conformaré con lo que puedas darme.

El hombre apretó los dientes.

—No me merezco tanto.

Meg sonrió.

—Probablemente no, pero es cierto —lo besó con ternura—. Siento que David no se haya marchado para que pudiéramos hacer el amor —susurró—. Porque yo lo deseo mucho.

—Yo también, pequeña. Cada día me resulta más difícil estar lejos de ti.

—¿Pero no lo bastante difícil para que renuncies a Daphne? —preguntó ella.

—Dame tiempo —repuso él.

Meg se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —musitó con tristeza—. Yo te quiero.

Steve la abrazó con una mezcla de emociones. La joven no confiaba en él, pero esperaba que dijera la verdad respecto a sus sentimientos. Aquella vez había ido ya demasiado lejos para poder retroceder.

—Te veré mañana —dijo—. Y espero no encontrarme con Lang —añadió irritado.

—No le hagas nada —replicó ella con suavidad—. Hoy me ha salvado.

—Lo sé —murmuró él—. A lo mejor se lo entregan a Ahmed como regalo de despedida.

—Ahmed no se irá, ¿verdad? Yo creía que estaba desuñado en Washington.

Steve fue a decir algo, pero cambió de idea.

—Dentro de uno o dos días, lo comprenderás todo. Ahora que Lang ha precipitado las cosas, sólo quedan algunos cabos sueltos. No te preocupes. Ya no corres peligro.

—Sólo me preocupa estar a tu lado. Es lo único que deseo.

—¿De verdad? —preguntó él, con sequedad—. No estoy tan seguro.

Meg se apartó un poco y le sonrió. —Buenas noches, Steve.

El hombre se metió las manos en los bolsillos con un suspiro.

—En otras circunstancias, habría sido una noche fantástica —comentó. La observó en silencio—. Eres adorable, Meg, y mucho más que sólo físicamente hermosa. No sé cómo pude dejarte marchar.

—No te sentías seguro conmigo. Todavía te ocurre, ¿verdad?

—Eras una bailarina profesional —le recordó él.

—Era una tonta —replicó ella—. No te conocía en absoluto, Steven. Era joven y tonta y sólo veía la superficie de las cosas, sin profundizar en ellas. A ti te asustaban los compromisos y quizá a mí también. Salí corriendo.

—Tú no fuiste la única. Pero me vuelvo loco cuando algo te amenaza y tú te pones histérica cuando algo me amenaza a mí. ¿No crees que es un poco tarde para temer a los compromisos?

Meg sonrió.

—Ya estamos comprometidos.

—Desde luego —asintió él. Respiró hondo—. En más de un modo —añadió con una mirada rápida al vientre de ella.

La joven se echó a reír.

—Hace cuatro años, eso me daba mucho miedo. Y ahora, me acuesto y sueño con ello.

Steve apretó las manos en los bolsillos.

—Significaría decir adiós a tu carrera aun en el caso de que se curara el tobillo —dijo—. No podrías llevarte un niño contigo a Nueva York a los ensayos y bailes. Ni podrías criarlo a larga distancia.

—He pensado dar clases de ballet aquí en Wichita —dijo ella con lentitud—. Es algo que conozco bien y aquí hay otras dos bailarinas retiradas que trabajaron conmigo cuando era más joven. Puedo pedirle un crédito al banco y buscar un estudio vacío.

A Steven le brillaron los ojos.

—¡Meg! —exclamó. Se inclinó a besarla con ternura.

La joven se quedó atónita. El hecho de que a él no le importara la hacía muy feliz.

—Yo puedo ayudarte a buscar el estudio —musitó él—. Y en cuanto al dinero, te lo prestaré a un interés más bajo que el banco. El resto del proyecto será sólo tuyo.

—¡Oh, Steven!

El hombre la abrazó.

—¡No echarás de menos los escenarios de Broadway?

—Si puedo trabajar en algo que amo y vivir contigo, no. Creí que no lo aceptarías.

—¿De verdad?

Meg lo besó con pasión. Steve intentó apartarse, pero ella se lo impidió.

—Bésame —susurró; abrió la boca.

El hombre gimió y obedeció. Un sonido ronco se oyó en la estancia, pero los dos estaban demasiado ocupados para oírlo.

Un momento después, alguien tosió discretamente a su lado. Steve se apartó y miró por encima del hombro de Meg.

—Ese era Lang —dijo David, divertido—. Ha dicho que os recuerde que hay una cámara en el vestíbulo y que los demás agentes se están repartiendo los derechos de grabación.

Steve soltó a Meg y miró al techo con fiereza.

—¡Maldito seas, Lang!

Meg se apoyó riendo contra él.

—Es incorregible. Uno de estos días, nos enteraremos de que alguien lo ha metido en un estanque de pirañas.

—Por favor, sigue dándoles ideas —le suplicó Steve.

—¿Crees que no se les ha ocurrido ya a ellos? Después de todo, han sido bien entrenados, ¿verdad, Lang?

Steve murmuró algo, le dio un beso rápido en los labios y salió de la casa.

A la mañana siguiente, en el trabajo, la persecución y captura de los agentes enemigos estaba en boca de todos. Al parecer, Daphne se lo había contado a medio edificio, ya que todo el mundo sonreía a Steve.

Ahmed llegó a media mañana rodeado de guardaespaldas. Parecía algo pálido, pero sonreía.

Daphne comenzó a decirle algo, pero cambió de idea y lo acompañó al despacho de Steve.

—¿Meg se encuentra bien? —preguntó el árabe. —Sí, está bien. Y todavía no sabe nada —replicó Steve—. Pero pienso hablar con los superiores de Lang sobre sus métodos. Con suerte, lo enviarán a Alaska a vigilar a los osos polares. Ahmed sonrió.

—Tengo entendido que anoche hubo algunas bromas entre el personal de vigilancia. Algo sobre peces que comen hombres...

—Eso no tiene importancia —se apresuró a decir Steve—. ¿Se sabe algo sobre el golpe de Estado en su país?

Ahmed se sentó en un sillón de cuero y cruzó las piernas.

—Ah, amigo mío, eso sí que es una historia. Para ser breves, los asesinos capturados anoche por los agentes del Gobierno eran el vínculo débil de la cadena. Ellos nos dirán muchas cosas —musitó con dureza.

Steve sintió un escalofrío en la espina dorsal. Hacía tiempo que Ahmed era amigo suyo, pero había cosas en él que lo ponían nervioso. Tal vez no fuera musulmán, pero sí árabe. Cuando lo provocaban, su sed de venganza no conocía límites.

—¿Cuándo se marchará a casa? —preguntó. —Hoy, si puedo arreglarlo. Cuanto antes, mejor —entrecerró los ojos—. Jamás hubiera puesto intencionadamente en peligro a Meg y a David. Espero que lo sepa y comprenda que no ha sido mi intención.

—Claro que lo sé. —¿Se lo ha contado a Meg?

—No. Cuanto menos sepa, más segura estará. Al menos por el momento.

Ahmed sonrió.

—Estoy de acuerdo. Es una chica única. Si no le perteneciera a usted, amigo mío, creo que podría perder el corazón por ella.

—Queda invitado a la boda —replicó Steve.

—Es un honor. Pero el riesgo de volver tan pronto a su país sería demasiado grande.

—Lo comprendo.

—Le deseo todo lo mejor, Steve. Gracias por todo lo que ha hecho por mi pueblo y por mí. Me gustaría que tuviéramos proyectos comunes en el futuro. Con su ayuda, mi país se introducirá en el siglo veinte y disminuirá el peligro de invasión por parte de oirás naciones.

—Cuídese. Aunque hayan detenido a los culpables, todavía puede correr peligro.

—Ya me doy cuenta —Ahmed se puso en pie y le tendió la mano —. Cuídese usted también y salude de mi parte a David y a la hermosa Meg.

—Lamentará no haber podido despedirse —dijo Steve.

—Volveremos a vernos, amigo mío —dijo el árabe con certeza.

Steven lo acompañó a la oficina exterior, donde una muchacha morena miró un segundo al árabe con fijeza desde detrás de su ordenador. Luego apartó los ojos con rapidez.

Daphne hizo una señal a Steve indicando el teléfono.

—Tengo que irme —anunció éste—. Estaremos en contacto.

—Sí.

Se estrecharon de nuevo las manos y Steve entró en su despacho para coger la llamada de teléfono.

Daphne vaciló; no le gustaba la mirada de enfado de Ahmed ni la expresión de desafío del rostro de Brianna. Pero Steve la llamó y no tuvo más remedio que acudir a su despacho.

El árabe se acercó a la mecanógrafa joven y la miró con fijeza.

—Carece usted de disciplina —dijo—. No tiene modales ni educación.

La joven le devolvió la mirada.

—¿No se marchaba ya, señor? —preguntó.

—Claro que sí. Será un placer volver a mi país, donde las mujeres saben cuál es su sitio.

Brianna se levantó y dio la vuelta a la mesa. Su hermoso cuerpo iba cubierto por un traje azul oscuro de seda y una blusa blanca que realzaba el tono cremoso de su piel y sus ojos grandes. Se puso de rodillas y comenzó a adorarlo para diversión de las demás mecanógrafas.

—¡Cómo se atreve! —la amenazó Ahmed.

Brianna lo miró a los ojos.

—Pero, señor, ¿no es ese el trato que pide a las mujeres de su país? —preguntó con suavidad—. No quisiera ofenderlo más de lo que lo he ofendido ya. Oh, mire eso, ¡un mosquito acaba de aterrizar en su brillante zapato! Permítame, señor.

Cogió una revista de su mesa y la aplastó con todas sus fuerzas sobre el zapato de él.

Ahmed, con la cara roja por la rabia, maldijo largo rato en árabe.

Daphne se acercó corriendo.

—¡Brianna, no! —gritó.

Ahmed seguía mirándola con furia. Daphne hizo señas a la otra, quien decidió seguir sus indicaciones y desapareció en el servicio de mujeres.

—En mi país... —comenzó a decir Ahmed, señalando la figura de la mujer que se alejaba.

—Sí, lo sé, pero ella es insignificante —le recordó Daphne—. Una pequeña molestia, nada más. No es nadie.

—Se comporta como una salvaje -gritó él con rabia.

Daphne se mordió la lengua para no reír.

—Va a perder su vuelo —le recordó.

Ahmed respiró hondo hasta que el color comenzó a abandonar sus mejillas y fue capaz de abrir los puños que tenía apretados a los costados.

—Será castigada —musitó.

—Oh, sí, por supuesto que sí —le juró Daphne, con los dedos cruzados a la espalda— Puede contar con ello, señor.

Ahmed comenzó a relajarse. Apretó los labios.

—Un mes en reclusión solitaria. Sólo pan y agua. Sí. Eso ayudaría -se quedó pensativo—, pero sería una tragedia domar un

espíritu tan salvaje. ¿No cree?

—Desde luego —asintió Daphne.

—En su país hay personas muy raras, señorita —dijo él, ausente —- Agentes secretos con sentido del humor, secretarias con mucho temperamento.

—Es un país muy interesante.

Ahmed se encogió de hombros.

—Sorprendente —corrigió. La miró y señaló la puerta por la que había desaparecido Brianna—. ¿Está casada? —preguntó.

—No. Tiene un hermano menor en coma. Está en una clínica. No tiene más familia.

Ahmed enarcó las cejas.

—¿Ninguna en absoluto?

—Sólo Tad.

—¿Cuántos años tiene ese Tad?

—Diez —replicó Daphne con tristeza—. Tuvo un accidente de automóvil. Sus padres murieron y Tad quedó malherido. Los médicos dicen que no se recuperará, pero Brianna va todos los días a sentarse a su lado y hablar con él. No quiere perder la esperanza.

El rostro de Ahmed cambió.

—Una mujer que sabe lo que es la compasión y la lealtad. Una perla.

Dahpne oyó el teléfono y fue a cogerlo, dejando que Ahmed se reuniera con Steve.

Dos horas después, Steve acompañaba al árabe a su avión. Los seguían Daphne y dos agentes americanos taciturnos.

—Buen viaje.

Ahmed miró los guardas armados con uniforme de su país que protegían el camino hasta el avión privado.

—Muchas gracias por su ayuda, les dijo a los agentes americanos y a Daphne.

—Ha sido un placer —replicó Wayne. Lang sonrió.

—Si alguna vez nos necesita, avísenos e iremos volando —dijo.

Steve lo miró con rabia.

—Y observarán todos sus movimientos con sus cámaras ocultas —añadió.

—¿Qué puedo decirle? —suspiró Lang—. Después de todo, soy espía. Me pagan para espiar a la gente. Es lo que mejor sé hacer —

miró a Ahmed con seriedad— Se sorprendería de las cosas que se pueden ver con una cámara oculta, señor. Anoche, por ejemplo... Steve avanzó hacia él con aire amenanazador. Lang hizo una mueca.

—Iba a decir que estábamos vigilando a un hombre muy rico al que le gusta jugar a vídeojuegos y cuando gana, se desnuda y se rocía el cuerpo con nata. —¡Qué Dios me dé paciencia! —exclamó Steve. Lang levantó los brazos al cielo. —Me reformaré. De verdad. Voy a invitar a salir a una morena muy guapa a ver si me quiere aceptar. Es fantástica, ¿verdad? Me han dicho que le gusta lanzar objetos a hombres extranjeros. Menos mal que yo soy de aquí.

Ahmed lo miró con enojo y Steve se apresuró a intervenir.

—Será mejor que suba a bordo. Estaremos en contacto.

El árabe pareció darse cuenta de dónde estaba y con quién hablaba. Se encogió de hombros.

—Por supuesto. Adiós, amigo mío.

Saludó con la mano y entró en el avión seguido por su escolta, que guardaba una distancia respetuosa.

—Es un verdadero soberano —musitó Lang con involuntaria admiración—. Lamento verlo partir —sonrió a Steve—. Ahora que todo ha terminado, ¿se va a casar con su chica? Me gusta esa muchacha.

—A mí también —replicó Steve—. Sí, me casaré con ella. Y la próxima vez que nos apunte con una cámara, asegúrese de que la lente está tapada.

—Sí, señor. Se alegrará de saber que ya no están bajo observación. Pero si quiere saber los resultados de nuestra encuesta de anoche, todos pensamos que es usted mucho mejor que Valentino.

Levantó una mano y se alejó. Wayne lo siguió y Daphne se quedó atrás con sujete.

—¿Te vas a casar con Wayne? —preguntó Steve, mientras andaban en dirección al vestíbulo del aeropuerto.

—En cuanto arreglemos lo de la ceremonia. ¿Y Meg y tú?

—Tengo muchas cosas que explicarle —replicó él, seco—, pero creo que lo comprenderá. Al menos,es-pero que así sea.

—Es una mujer encantadora, Steven. Tienes mucha suerte,

—Lo sé —musitó el.

Dejó a Daphne en la oficina y se tomó el resto del día libre. Lo más prioritario en su agenda era contarle la verdad a Meg.

La encontró sentada en el sofá, revisando la información que había pedido al banco sobre el modo de iniciar un negocio propio. Steve entró por la puerta de atrás y se detuvo a su lado.

—Se acabó —le dijo—. Ahmed va de camino a su casa y los agentes secretos se han ido a perseguir espías a otra parte. Somos libres.

Meg dejó los papeles sobre la mesa y le sonrió.

—¿Y bien?

El hombre se sentó a su lado.

—Ahora que todo ha terminado y ya no hay micrófonos, puedo decirte que Daphne está prometida con ese agente rubio que acompaña a Lang.

—¿Qué?

—Hacía de vínculo entre nosotros. Tenía que ir adonde íbamos los demás.

—Pero tú dijiste...

—No me permitían decirte lo que ocurría. Ahora que Ahmed ya no corre peligro, puedo hacerlo.

Meg frunció el ceño.

—Yo creía que te perseguían a ti.

—Sólo como un modo de atacarlo a él.

Se puso en pie, sirvió una copa de brandy y se la tendió.

—¿Necesito una copa? —preguntó ella.

—Puede que sí.

—¿Por qué?

Steven sonrió.

—Ahmed no es un ministro. Es el soberano de su país. Es un rey.

Capítulo 11

Meg tomó un buen sorbo de brandy y tosió un poco.

—Eso explica muchas cosas —dijo—. Su aspecto era más imponente de lo que podría esperarse de un político. ¿Está ya fuera de peligro?

—Sí. El golpe de Estado no ha dado resultado. La C.I.A. creyó que estaría más seguro aquí hasta que todo pasara. El Gobierno de Ahmed es amigo nuestro y, cuando hay problemas en Oriente Medio, tenemos la suerte de contar con la situación estratégica de su país. El Gobierno se esfuerza por ayudarlo. Por eso apoyaron a nuestra compañía cuando decidimos venderles el nuevo bombardero. Por eso lo protegieron cuando estaba en peligro.

—Todavía no puedo creerlo.

—Pero no debes contarle a nadie su identidad —le advirtió él—. Porque volverá a ver el avión cuando esté casi terminado. Su vida puede depender del secreto. En este país hay compatriotas suyos que lo odian.

—¡Pobre Ahmed! —frunció el ceño—. No creo que le guste ser constantemente protegido —otra idea cruza por su mente—. Es rey, lo que significa que tendrá que casarse con alguna princesa, ¿no? No puede casarse por amor, ¿verdad?

—No lo sé —dijo él—. Me alegro de que yo pueda elegir a mi esposa —añadió con voz ronca—. Ahora que te he esperado cuatro años, no tengo intención de seguir esperando.

—Eres muy impulsivo.

—Yo te demostraré lo impulsivo que soy —replicó él.

La puso en pie y salió con ella por la puerta. Varias horas después, habían completado sus análisis de sangre, el papeleo estaba en marcha y la boda había sido fijada para finales de esa

semana.

—No volverás a escaparte —se rió él cuando entraron en su casa —. Mi madre estará encantada. Tendremos que llamarla esta noche. A propósito, he encontrado tres estudios posibles. He pensado que podías querer ir a verlos mañana.

—Me encantaría.

Lo abrazó con fuerza y cerró los ojos con un suspiro. Estaban solos en la casa. El ama de llaves de Steve hacía horas que se había marchado hasta el día siguiente.

—¿Me quedaré a cenar? —preguntó Meg.

—Te quedarás para siempre —musitó él—. Esta noche y todas las demás noches de tu vida.

La joven vaciló.

—Pero David esperará que...

Steven se inclinó a besarla, con suavidad al principio y luego con una intensidad cada vez mayor. Pero los dos estuvieron de acuerdo en que con una vez antes de casarse bastaba. Y aunque Meg durmió aquella noche en sus brazos, dormir fue lo único que hicieron. Tal y como dijo Steve, tenían el resto de su vida para hacer el amor.

A la mañana siguiente, la llevó a ver los estudios que había encontrado. Meg se decidió por uno que estaba bien situado y contaba con un aparcamiento amplio.

—Ahora lo único que tengo que hacer es convencer al banco de que seré una buena inversión —sonrió la joven.

Steven frunció el ceño.

—Ya te he dicho que yo te lo pagaré.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero esto es algo que debo hacer sola —vaciló—. ¿Lo comprendes?

—Oh, sí —sonrió él—. Hablas igual que yo a tu edad.

La joven se echó a reír.

—¿de verdad?

Steven se metió las manos en los bolsillos y miró a su alrededor.

—Necesitarás mucha pintura.

—Eso, algo de equipo y unas empleadas que estén dispuestas a trabajar por poco dinero hasta que tenga una clientela establecida —añadió—. Eso sin mencionar un presupuesto para publicidad.

Apretó los dientes. ¿Se habría metido en más de lo que podía

abarcar?

—Empieza tú sola —le aconsejó él—. Mira a ver si puedes compartir el estudio con alguien que lo necesite por la noche. Tal vez un instructor de kárate. Pon carteles por la ciudad y los centros comerciales y las escuelas —sonrió al ver la sorpresa de ella—. ¿No te he dicho nunca que soy más un hombre de ideas que un ejecutivo? ¿Quién crees tú que revisa nuestras campañas publicitarias?

—¡Eres increíble! —exclamó ella.

—Sólo tengo facilidad para hacer muchas cosas por poco dinero —repuso él.

La joven sonrió.

—Sólo hay un problema. ¿Como voy a dar clases si apenas puedo andar?

—Escucha, cariño, cuando hayas conseguido el dinero, preparado el equipo y hecho la publicidad, ese tobillo estará mejor de lo que tú te crees.

—¿En serio?

—En serio. Y ahora vámonos. Tenemos que planear la boda.

Meg se preguntó si se podría ser más feliz que en aquel momento. Le parecía imposible.

Se casaron en un juzgado pequeño, con David, Daphne y Wayne de testigos. Brianna espera fuera con una cámara de fotos.

—He olvidado contratar a un fotógrafo —gimió Steve al salir del juzgado.

Llevaba un traje azul y Meg uno blanco hasta media pierna con sombrero y velo. En la mano, un ramo de lilas.

—No importa —le dijo Brianna—. Yo ayudaba a mi padre en el laboratorio. Decía que era muy buena. Ahora poneos juntos y sonreid.

Comenzaban a posar cuando una enorme limusina negra se detuvo a su lado y un hombre alto saltó del asiento de atrás.

—¿Llego a tiempo? —preguntó Lang, enderezándose la corbata —. He volado desde Langley, Virginia, para la ocasión.

—¡Lang! —exclamó Meg, sonriente.

—El mismo, amiga. ¿Puedo besar a la novia?

Steve se acercó a su nueva esposa y le pasó un brazo protector por los hombros.

—Inténtalo —dijo.

Lang enarcó las cejas.

—¿Usted también quiere que lo bese?

—¡No! —aulló Steve.

—Vaya un modo de tratar a un hombre que ha volado cientos de millas para estar en su boda. ¡Pero si hasta he traído un regalo!

El novio inclinó la cabeza y lo miró dudoso.

—¿Un regalo? ¿Qué clase de regalo?

—Algo que les gustará mucho a los dos.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete de fotografías.

Steven las cogió con tanto cuidado como si fueran serpientes vivas. Abrió el sobre y miró en su interior. Pero no encontró lo que esperaba, sino unas fotos de Meg tomadas desde todos los ángulos posibles: sonriendo, riendo, pensativa.

—Bueno, ¿qué son? —preguntó la joven—. ¡Déjame verlas!

Steve cerró el sobre y sonrió a Lang.

—Gracias —dijo.

El agente se encogió de hombros.

—Era lo menos que podía hacer —vaciló—. Ah, también está esto.

Le tendió una cinta de vídeo al novio.

—De la cámara del vestíbulo —aclaró.

Steven lo miró con sospecha.

—¿Cuántas copias han hecho?

—Sólo una —le juró Lang, con la mano en el corazón—. Y no hay negativos.

—Lang, es usted un buen hombre —le dijo Meg.

—Claro que lo soy -se volvió hacia Brianna—. Hola, hola, hola. ¿Quiere cenar conmigo? La llevaré a un restaurante estupendo y le compraré una langosta.

—¿Una langosta? —dudó ella.

Lang se metió la mano en el bolsillo y contó unas monedas.

—Dos langostas —anunció.

Brianna sonrió con ojos brillantes.

—Me encantaría -dijo-. De verdad. Pero tengo que ir a ver a alguien. Tal vez en otra ocasión.

El agente adoptó una expresión de profundo abatimiento.

—Comprendo. Es porque sólo puedo pagar dos langostas, ¿verdad? Suponga que me ofrezco a lavar los platos y la invito a media docena.

Brianna se echó a reír.

—No serviría de nada. Pero le agradezco la intención.

Pensó que era un hombre bueno, que ocultaba cierta tristeza bajo aquel exterior de payaso. Pero ella tenía muchos problemas y su testaruda mente no dejaba de pensar en un hombre alto con bigote. No sería justo dar esperanzas a Lang cuando no tenía nada que ofrecerle.

—Ah, bueno —musitó éste—. Es que soy tan atractivo que asusto a las mujeres.

—Eso es cierto —asintió Meg—. Es usted fantástico, Lang. Algún día, una chica estupenda lo llevará a su castillo para alimentarlo con helados y pasteles de ron.

—Sádica —gruñó él—. Adelante, siga atormentándome.

—Tenemos que irnos —dijo Steve—. Gracias a todos por venir. Os lo agradecemos mucho.

—De nada —sonrió David; se inclinó a besar a su hermana—. ¿A dónde os vais de luna de miel?

—A ninguna parte —repuso ella—. Nos encerraremos en casa de Steve y nos quedaremos allí hasta que se estropee toda la comida del frigorífico. Y después de eso, tengo que ocuparme de poner un negocio en marcha.

—¿Ves lo que has hecho? —gimió David—. Ahora se ha convertido en empresaria,

—Yo siempre digo que, si no puedes vencerlos, únete a ellos —sonrió Steve.

—Eso es justo lo que digo yo —replicó Meg.

Cogió la mano de su esposo y miró con arrobo el anillo de su dedo índice.

Cuando llegaron a casa, Steve la cogió en brazos con gentileza y comenzó a subir la escalera que llevaba al dormitorio principal. Los dos estaban algo nerviosos. Pero, cuando la besó, el nerviosismo desapareció para siempre.

Acarició con la lengua el interior de la boca de ella sin dejar de andar.

Meg no fue consciente de nada hasta que él la depositó en la

cama y comenzó a desnudarla. Después se desnudó a su vez y la joven contempló con admiración su cuerpo fuerte. Era el hombre más seductor que había visto nunca. La primera vez no había tenido tiempo de mirarlo, pero en aquel momento dejó que sus ojos se regodearan en él.

Steven sonrió con gentileza y se inclinó sobre ella.

—Ya sé que la otra vez no fue así —dijo—. Pero ahora tenemos tiempo de sobra para aprender a conocernos

—Toda una vida.

La besó en la boca con lentitud.

—Ahora que ya sabes lo que ocurre, no te asusta tanto, ¿verdad? —preguntó con ternura.

Le acarició los pechos y disfrutó de la respuesta inmediata que provocó su caricia.

—Eres muy hermosa —susurró, acariciándola íntimamente. Aquel contacto la sorprendió. Le cogió la muñeca y dio un respingo —. No, pequeña —dijo él—. No te avergüences ni tengas miedo de esto. Forma parte del modo en que vamos a hacer el amor. Relájate. Intenta vencer esas inhibiciones, por favor. Eres mi esposa y estamos casados.

—Lo sé. Lo intentaré —susurró ella.

Los labios de él rozaron sus ojos, sus mejillas, su garganta, hasta llegar a la suavidad de sus senos.

El contacto de su boca en los senos la hizo estremecerse. La succión de sus labios resultaba tan excitante como sus caricias, que le producían pequeñas oleadas de placer a lo largo de la espina dorsal. Se olvidó de su nerviosismo y su cuerpo respondió a él, arqueándose para recibir sus caricias. Abrió los ojos porque quería ver cómo lo afectaba aquello a él.

Los ojos de Steve brillaban y la joven sintió la tensión de su cuerpo al curvarse sobre el de ella.

El hombre asintió con la cabeza. Buscó los ojos de ella y sus caricias se hicieron más suaves, más lentas y concienzudas. Meg lanzó un gemido. —No debes mirarme —murmuró. —Voy a hacerlo —replicó él—. Te miraré mientras procuro subirte hasta la luna. Esta será nuestra primera noche de amor. Aquí y ahora, Meg. Ahora, ahora, ahora...

Su tono profundo era como el estallido de la olas, las mismas

olas que se estrellaban con placer en el interior de su cuerpo. Meg se aferró a él y gimió una y otra vez a medida que el placer aumentaba con cada caricia, con cada susurro.

Steven comenzó a moverse. Estaba sobre ella, contra ella. El placer era como una avalancha que se hiciera más y más intensa por segundos.

Sintió a Steven en su interior, percibió la lenta invasión, la tensión que daba paso a una oleada de placer tan insoportable que la hizo gritar.

Las manos de él sujetaban sus muñecas; su cuerpo estaba sobre ella, empujando, exigiendo, invadiendo. Meg oyó su respiración jadeante, su súbita exclamación, el grito ronco que salió de su garganta. En ese instante, ella comenzó a bajar también de la altura a la que la había elevado, cayendo en una semioscuridad plagada de fragmentos de luz, cada uno de los cuales resultaba más dulce y cálido que el anterior.

Steven gritó de nuevo, con los ojos muy abiertos y el rostro contraído por la tensión.

—¡Oh, oh!

Se dejó caer sobre ella y la joven lo abrazó sintiéndose una con él, parte de él, en una unidad que era todavía mayor que la primera vez que hicieron el amor.

Le tocó el rostro vacilante.

—¡Oh, Steve! —susurró, contenta de pertenecerle,

El hombre sonrió mientras se esforzaba por respirar.

—¡Oh, Meg! —replicó con una pequeña carcajada.

La joven se ruborizó y ocultó el rostro en la garganta de él.

—No ha sido como la otra vez.

—Antes eras virgen —sonrió él. Se colocó de espaldas y apoyó la mejilla de ella contra su pecho—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Soy feliz, —repuso ella—. Y estoy un poco cansada.

—Me pregunto por qué.

La joven se echó a reír.

—Te quiero mucho, Steven —dijo con voz emocionada—. Más que a mi vida.

—¿En serio? —la abrazó con fuerza—. Yo también te quiero, amor mío. Nunca debí dejarte marchar. Pero lo que sentía por ti era tan fuerte que me asustaba.

Le acarició la frente, apartando un mechón de pelo.

—Meg, no soportaría perderte -dijo, confesando sus miedos más secretos—. No podría seguir viviendo. Esos cuatro años sin ti fueron un infierno. Hice muchas locuras para llenar el vacío que habías dejado en mí, pero nada dio resultado —respiró hondo—. No podría dejarte marchar de nuevo.

—¡Oh, Steve! No tendrás que hacerlo —lo besó con suavidad—. Yo no querré marcharme nunca. Hace cuatro años, creía que no me amabas. Me fui porque creía que no podría retenerte. Era muy joven y tenía un miedo irracional a quedarme embarazada a causa de la muerte de mi hermana. Pero ya no soy aquella niña asustada. Me quedaré a tu lado y lucharé hasta la muerte con cualquier mujer, con tal de conservarte —susurró con fiereza.

Steven se echó a reír. Los dos se parecían mucho.

—Sí, yo siento lo mismo. Es irónico, ¿verdad? Estábamos enamorados y teníamos miedo de creer que algo tan intenso pudiera durar. Pero ha durado.

—Sí. Creí que nunca te conformarías sólo conmigo —susurró ella.

—Idiota. Nadie más podría llenarme.

La joven lo miró a los ojos sonriente.

—Ya está todo aclarado?

—Sí.

—¿Y no apretarás los dientes por la noche pensando que estoy planeando modos de salir huyendo?

Steven negó con la cabeza.

—Te vas a convertir en una mujer de negocios responsable. ¿Cómo vas a huir de los créditos y los impuestos?

Meg sonrió.

—Buena pregunta.

El hombre cerró los ojos.

—Nunca soñé que pudiera ser tan feliz.

—Yo tampoco. Apenas si puedo creer que estemos casados —suspiró—. Adoraba bailar, Steven. Pero bailar habría sido lo segundo en mi vida. Tú estabas por delante incluso entonces. Siempre lo estarás.

Steve la colocó de espaldas y se inclinó para besarla con ternura.

—Moriría por ti —susurró—. Odiaba al mundo entero porque tú

habías preferido ser bailarina a estar conmigo.

—Te mentí. Nunca he deseado nada con tanta fuerza como estar contigo.

Steven cerró los ojos y Meg sintió que los suyos se llenaban de lágrimas. Hasta entonces no había comprendido del todo su miedo a perderla. Y eso la hacía temblar, Le asustaba la responsabilidad de ser amada de aquel modo.

—No te decepcionaré nunca más —le prometió—. Nunca. No te dejaré ni aunque tú me lo pidas. Esto es para siempre, Steve.

El hombre la creyó. Tenia que hacerlo. Si eso no era amor, es que el amor no existía. Cedió al fin y olvidó sus miedos.

—Yo nunca te pediré que me dejes —la besó con pasión; luego la miró con malicia—. A lo mejor estoy soñando otra vez.

Meg sonrió.

—¿Eso crees? Déjame ver.

Lo empujó encima de ella y pocos minutos después, él estaba convencido de que no era así. Aunque, como le dijo más tarde, desde su punto de vista, la vida iba a ser un sueño a partir de entonces; un sentimiento que Meg compartió por entero.

Meg abrió la escuela de ballet y se convirtió en un centro famoso y respetado, que atrajo a muchas futuras bailarinas. Su tobillo se curó; no lo suficiente como para volver a los escenarios, pero sí para permitirle enseñar. Era feliz con Steve y su trabajo la llenaba. Lo tenía lodo.

Las zapatillas de raso rosa y cintas del mismo color descansaron durante años en una funda de plástico sobre el piano de la sala de estar. Pero a su tiempo salieron de allí para calzar los pies temblorosos de la primera hija de Meg y Steven, quien un día consiguió bailar en la Compañía del Ballet Americano de Nueva York, en calidad de primera bailarina.



DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.